

EL LIBRO de ORO
de JUAN JACOBO
De LARA



UNIVERSIDAD NACIONAL
PEDRO
HENRÍQUEZ UREÑA
SANTO DOMINGO, R.D.
1988

EL LIBRO DE ORO
DE
JUAN JACOBO DE LARA

BIBLIOTECA UNPHU

EL LIBRO DE ORO
DE
JUAN JACOBO DE LARA

Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña
Santo Domingo, R.D.
1988

BIBLIOTECA UNI

EL LIBRO DE ORO
DE
JUAN JACOBO DE LARA

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

CONTENIDO

Jaime A. Viñas Román - Palabras liminares	7
Mariano Lebrón Saviñón - Juan Jacobo de Lara y Pedro Henríquez Ureña: dos grandes domi- nicanos	9

A JUAN JACOBO DE LARA

José Henríquez Almánzar - J.J. Lara al recibir el diploma de Doctor Honoris Causa	17
Carlos Federico Pérez - J.J. de Lara y su obra "Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra"	19
Mariano Lebrón Saviñón - Prólogo	23
Carlos Federico Pérez - 1er. Tomo "Obras completas PHU"	29
Carlos Federico Pérez - 3er. Tomo "Obras Completas PHU"	33
Jaime A. Viñas Román - Entrega título Dr. Honoris Causa	35
Manuel de Jesús Goico Castro - Discurso en Homenaje	37
Manuel de Jesús Goico Castro - Presentación	43

DISCURSOS DE JUAN JACOBO DE LARA

Circulación Tercer Tomo de Obras Completas PHU	51
Agradecimiento en su homenaje	55

UNA CONFERENCIA DE J.J. DE LARA

Sobre Pedro Henríquez Ureña	61
-----------------------------------	----

TRES ENSAYOS DE J.J. DE LARA

Bosquejos Históricos	73
Santo Domingo colonial	73
Los primeros treinta años de Rep. Dom.	83
Tabaré, el gran poema épico de América	113
Acerca de Sarmiento y su Facundo	123

ACERCA DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

J.J. de Lara - Sobre PHU *	133
J.J. de Lara - PHU: apóstol de América	145

OPINIONES Y CARTAS

Opiniones	157
Carta de Viñas Román a J.J. de Lara	159
Carta de Viñas Román a J.J. de Lara	160
Carta de J.J. de Lara al Rector y respuesta	161

CRONICAS

Derecho de autor	165
UNPHU inviste honoris causa	167
Puesta en circulación obra de J.J. de Lara	169
UNPHU circula libro escritores	171

BIBLIOGRAFIA DE J.J. DE LARA

Labor bibliográfica de J.J. de Lara	177
---	-----

FOTOGRAFIAS	185
-------------------	-----

PALABRAS LIMINARES

El jueves, 3 de marzo del presente año, el Consejo Académico de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, acogiendo una sugerencia de su Presidente, el Rector, aprobó, por unanimidad, instituir una cátedra anual con el nombre de "Juan Jacobo de Lara", en el ámbito de Humanidades.

Motivó esta resolución el premiar una vida ejemplar dedicada a la cultura, con los ímprobos sacrificios y relativos placeres que esto conlleva, sin escatimar aportes económicos ni tiempo, en lo que primordialmente lleva la palma la exaltación de la figura universal y casi señera del gran humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña. En este sentido sus vinculaciones con nuestra Universidad se hicieron cada día más estrechas, hasta el punto de que nos es dable decir que sin su ayuda no habiéramos podido proyectar la obra monumental y excepcionalmente valiosa de quien el consenso acepta que fue, en su tiempo, el primer humanista hispanoamericano.

El Sr. de Lara, por esta labor, generosa y desinteresada, se ha ganado el aplauso y la gratitud del pueblo dominicano que por él ha llegado a conocer la plenitud de uno de los hombres que más lo honra.

La UNPHU tiene, fuerza es decirlo, la primacía en la creación de cátedras especiales y ya son cuatro, a saber: la de Juan Pablo Duarte, de Historia, que se inició en 1976; la del Dr. Nicolás Pichardo, de Medicina; la de Pedro Henríquez Ureña y la de Juan Jacobo de Lara, de Humanidades.

Con ocasión de inaugurarse esta última, ponemos en circulación la presente obra de homenaje a quien ha impreso su nombre en la UNPHU, de la que es su apreciado Doctor Honoris Causa, con letras de oro.

Dr. Jaime A. Viñas Román
Rector

JUAN JACOBO DE LARA Y PEDRO HENRIQUEZ UREÑA:
DOS GRANDES DOMINICANOS

Por: Mariano Lebrón Saviñón

El día 20 de marzo del año que discurre, la Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores, en acto solemne celebrado en el Museo Nacional de Geografía e Historia, rindió un cálido homenaje de reconocimiento al distinguido intelectual dominicano don Juan Jacobo de Lara. Días después, el 24 de abril, esta vez en la Biblioteca Nacional, con ocasión de celebrarse la Feria Nacional del Libro, el Comité Organizador de la misma le rindió otro homenaje singular y sentido al señor de Lara.

¿Cuáles son los méritos atesorados por este hombre de nuestra patria para hacerse digno de tales reconocimientos? Para dar una idea pálida de la trayectoria de un ser paradigmático, diremos que a los dones de hombría que Dios regó generosamente en su alma une una vida dedicada a las letras, con desprendimiento increíble, horro de egoísmos y vehemencias soberbias.

Pero, para su dicha, como recompensa a esa labor y a esa actitud, la admiración le ha rodeado como rara odoración de jardín, para halago de su alma.

Como prueba de lo afirmado, y en pago a su consagración a las cosas de nuestra Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU), ésta lo honró en el 1976 con el título de Profesor Honoris Causa; el Ateneo Dominicano le otorgó el

Premio Ateneo Dominicano "como reconocimiento a su patriótica labor en favor de nuestro crecimiento humanístico"; en el 1980, lo declararon Múncipe Distinguido de San Francisco de Macorís; en el 1982; en ese mismo año fue ganador del Caonabo de Oro de la Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores y, por último, la Universidad de Columbia, en Nueva York, le concedió el galardón "OWL", para el distinguido "alumnus" del año.

Allí, en aquella ilustre entidad de altos estudios empezó a conocer la obra monumental de un compatriota admirable que concitaba gran admiración entre sus profesores de humanidades: Pedro Henríquez Ureña. Enamorado de esa obra y de esa vida ejemplar, le fue dable a de Lara estudiar la calidad humanística universal y fecunda de su compatriota, fruto de lo cual es su exhaustivo ensayo *Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra*, que presentó como trabajo de grado para optar al título de Doctor en Filosofía de aquella egregia Universidad.

Su obra, con todo y ser tan fecunda, no supera, ni con mucho, a la ejemplaridad de su vida. Porque es raro encontrar —a menos que nos detengamos en la trayectoria de ese Pedro Henríquez Ureña, a quien tanto admira— mayor caudal de humildad, casi ingenua, casi pueril, (puericia de hombre grande, pues sólo llega al entendimiento de la filosofía, en su ámbito profundo, y gana el cielo, quien se aniña), como la que es capaz de albergar Juan Jacobo en su corazón. Esa labor, casi colosal, de encimar los valores patrios en sus más acendradas esencias, no va tras la búsqueda de prebendas ni el oropel del halago huero que incendia el alma con efímeras pasiones. El, antes que nada, rinde culto a la amistad, así, Amistad, con letras mayúsculas, y en el agro de su alma, en el huerto feraz de su vida sólo florecen rosas de amor y flores blancas de cordiales entregas, que tornan a él como fruto amoroso de gratitud.

Buen hijo, buen padre, gran hermano, patriota con la rai-grambre aferrada de su orgullo terral.

Como a Pedro Henríquez Ureña, le ha tocado el sino de pasar largas temporadas fuera de su patria, pero soñando con ella, pensándola con saudades temblorosas y desgarrantes, en cada hora de amor y hastío, en los aspavientos de sus expansio-

nes lúbricas y hasta en los prados inconscientes de sus vivencias oníricas.

De ahí sus estadas frecuentes en su patria, donde le aguardan, con ansias cordiales, sus amigos que reciben, como refacción amable, su presencia siempre noble y enriquecedora.

Por veintisiete años fue profesor de la Universidad de Columbia (Estados Unidos), donde sirvió docencia de español y literatura española e hispanoamericana y donde mostró preocupaciones filológicas, resabio de la dulcedumbre de su castellano que domeñó a su paso por los países sajones.

Su labor en lo que se refiere a nuestro primer humanista es titánica. No solamente los diez tomos que componen las "Obras Completas" y los tres volúmenes del "Epistolario Intimo" no le han aportado beneficios pecuniarios, sino que a la par que angustias, preocupaciones, tártagos y prolijas acciones, le han ocasionado gastos cuantiosos en su afán de difundirlas y llevar a todos los ámbitos el nombre y la obra del hijo de la eximia Salomé.

También hubo en Pedro Henríquez Ureña, como en Jacobo, el insólito impacto de dardos de incomprensión y dolor de exilio forzado. Por eso hay en sus escritos efluvios de dulce melancolía por la ausencia pesarosa, nostalgia dolorosa por el terrón amado con su rico venero de pasiones, orgullo terrenal inconcebible para quien tiene ante sus ojos la magnitud de mundos dilatados.

Yerran quienes afirman que Pedro Henríquez Ureña es un escritor en quien la patria no vibra con nostalgias dolorosas. "Nadie en el extranjero —dice Américo Lugo— ha suspirado tanto por su patria como Pedro Henríquez Ureña". Frente a todas sus luchas en el inevitable tránsito de la vida, a través de la luminosidad de sus ojos, en ese prado de ternura y quietud que era su alma, estaba Santo Domingo como una dolorosa obsesión de su vida, con estremeciente evocación, tal un delirio en el panorama de su sueño.

"Yo vivo pensando —le escribe a Alfonso Reyes en 1925— en cómo podré regresar a vivir en Santo Domingo."

A Pedro Henríquez Ureña le tocó ser uno de los expatriados a quien le retozaba la tristeza en el alma, rota en luces multicolores, como fuegos de artificios que se derraman en el espacio gris donde florecen las nostalgias.

En carta que escribe a Alfonso Reyes en el 1908, madrugada inquietante de sus vagares, le escribe:

“...yo que siempre fui apegadísimo a la familia y a la patria, emprendí el viaje a los Estados Unidos con gran animadversión”

y al eminente polígrafo hispano Menéndez y Pelayo escribe esta justificación:

“Comprenderá usted que, aunque vivo en México, soy dominicano. El malestar crónico de mi país me obliga a buscar aires más puros en éste, aunque, desde lejos, sigo trabajando por el mío...”

Pedro Troncoso Sánchez humanista también de pensar profundo y vida austera, que fue su amigo confidente y casi conviviente en un fecundo lapso de amistad bonaerense, cuando éste ostentaba la representación diplomática de su patria en la tierra de San Martín, escribe:

“Cuando me enteré por él mismo de que en las universidades donde trabajaba no era catedrático titular sino auxiliar, me quedé atónico: ¿Cómo? ¿Qué Ud. no es profesor titular con los méritos que tiene? Me contestó con sencillez: “No, porque nunca he querido renunciar a mi nacionalidad dominicana.”

Por esa razón, en parte, Juan Jacobo de Lara que es también dominicano de corazón y de conciencia —haciendo, desde luego, abstracciones del deslumbrante ingenio de don Pedro— exalta con tanta pasión a su magnífico compatriota. El ha ensanchado el círculo de admiradores de este humanista hasta hace poco casi desconocido en su propia patria. Por esta sola razón —si no existieran múltiples otras que lo justificara— es digno de admiración.

Pero si AULA exalta de Juan Jacobo de Lara sus virtudes de alto intelectual, el pertinaz fervor y dedicación a este menester tan soslayado en el campanil estallante de los que glorifican una conquista atlética o la gloria de una canción triunfante, que son, desde luego, parte esencial de un acervo entrañable, nosotros celebramos también la realidad de un alma pura y praderal, donde nunca se ha empozado el agua turbia del rencor o la maldad.

Editorial del No. 57 de la revista "Aula"

A JUAN JACOBO DE LARA

Palabras del doctor José Henríquez Almánzar,
Decano de la Facultad de Humanidades
de la

UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Al entregar el diploma de

PROFESOR HONORIS CAUSA

al señor

Juan Jacobo de Lara

Con la venia del Señor Rector, Ilustre invitado disertante, Distinguido auditorio:

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, que por disposición de sus autoridades se ha unido a la celebración oficial del Año de Duarte, coincidente con la llegada de su primera década de vida institucional, ha preparado una serie de actos para exaltar la figura del ilustre Fundador de la República y para conmemorar el jubiloso acontecimiento de sus diez años de exitosa labor académica.

Este acto de hoy es uno de esos. Y yo diría que dos circunstancias de alta significación se han juntado para darle un interés especial y hacer relevante: el tema que ha agotado con enjundia y brillantez nuestro invitado disertante, y los reconocidos méritos intelectuales que adornan la persona que nos acaba de deleitar con sus palabras.

En efecto, hablar de Pedro Henríquez Ureña en nuestra Universidad, sería como hablar de Platón en aquel acogedor y docto "Jardín de Academus", pues aunque, claro está, Pedro no

nos dio el oro de sus eneñanzas de viva voz, como lo hacía todos los días el sabio filósofo griego en la famosa Academia de Atenas, sí nos dejó sus preclaras ideas pedagógicas y el ejemplo de su limpia vida de maestro, para que nos podamos sentir orgullosos de ostentar su ilustre nombre.

Por otra parte, el huésped de hoy, Don Juan Jacobo de Lara es un dominicano de méritos intelectuales suficientes como para honrar nuestra cátedra y dar lustre a nuestro quehacer cultural.

Veintisiete años como profesor de la Universidad de Columbia, en los Estados Unidos de Norteamérica, dictando cátedra de Español y de Literatura Española e Hispanoamericana, amén de sus incursiones en el escabroso campo de la filología, son credenciales de mérito para escucharle con respeto e interés; y si a esto agregamos su manifiesta pasión por la vida y obra de nuestro Pedro Henríquez Ureña, habría que agregar a ese respeto e interés debidos, la simpatía, admiración y reconocimiento que nos han ganado todos los que, como él, se han interesado por el insigne Maestro con devota admiración.

Por eso las autoridades de la UNPHU, recogiendo el sincero sentir de toda la comunidad universitaria y en fiel interpretación de esa admiración y reconocimiento que Don Juan Jacobo de Lara merece, en mérito a sus dotes de intelectual, a su larga labor docente y a su acendrado interés por todo lo que se refiere a la vida y obra de Pedro Henríquez Ureña, han querido honrarle incorporándolo a su seno con la calidad de Profesor Honoris Causa, conscientes de que, al extenderle este honor, se honran ellas mismas.

Señor Profesor de Lara: este Diploma en que consta vuestra incorporación ad—honorem al personal docente de la UNPHU, se lo entrego complacido en mi calidad de Decano de la Facultad de Humanidades y por mandato del Señor Rector. Estoy seguro de que al aceptarlo lo haréis, más que como un reconocimiento merecido, como un acicate para continuar vuestra meritoria labor de investigación en torno a la vida y obra de nuestro inolvidable Pedro Henríquez Ureña.

Permitidme, ahora, leer el texto del Diploma que recoge vuestra designación como Profesor Honoris Causa.

Discurso del Doctor Carlos Federico Pérez,
Director del Departamento de Publicaciones de la
UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
al ponerse en circulación el libro
"PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, SU VIDA Y SU OBRA"
por Juan Jacobo de Lara
el 20 de abril de 1976
Santo Domingo, D.N.

Estoy seguro de que ustedes convendrán conmigo en que este acto, que sencillamente calificamos como el de poner en circulación un nuevo aporte a la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña a la bibliografía nacional, reviste un significado mucho mayor que el que habitualmente asignamos a los acontecimientos similares. Contribuyen a darle esa proyección coincidencias de suyo elocuentes, que no pueden menos que animar y cimentar el optimismo de quienes, vinculados al nacimiento y al desarrollo de nuestra Casa de Estudios, avizoran entre las brumas de lo porvenir el mejor de los destinos para ella.

Desde luego que ustedes han advertido las coincidencias a que aludimos. Es este un año conmemorativo de la memoria de Juan Pablo Duarte, el Padre de la Patria, cuyo espíritu, faro de luz inextinguible, trascenderá a través de las edades mientras subsista la República Dominicana, y aun más allá, porque individualidades selectas como la suya son simientes de eternidad plantadas por Dios en la conciencia de los hombres. La primera de las coincidencias a que nos estamos refiriendo es la que se denuncia porque este año de 1976, consagrado al más grande de nuestros patricios, es también el del cumplimiento

de la primera década de nuestra Universidad, la cual es fruto del esfuerzo denodado de más de un centenar de obreros de la enseñanza, que afortunadamente encontramos en el ambiente nacional y en el seno de nuestra juventud la respuesta que ha hecho fecundo, y promisorio de dividendos aún más opulentos, lo que para muchos pesimistas fue una loca y frustratoria aventura.

Cuando esta primera coincidencia fue advertida, para algunos señaló no una simple casualidad deparada por el juego de la cronología, en su incesante tejer y destejer el desfile de la existencia humana y la sucesión de la historia, sino un hallazgo que confirmaba que el ideario que había presidido el surgimiento de nuestra Casa de Estudios hundía sus raíces en las más puras esencias de la dominicanidad, en nadie mejor encarnadas que en los ideales y las acciones del Padre de la Patria.

He creído siempre firmemente que Juan Pablo Duarte suscribiría sin vacilar el lema de nuestra Universidad: "Todo aquel que tenga algo que enseñar o aprender será bien recibido." Lo creo así porque Duarte fue antes que revolucionario maestro o, mejor dicho, se percató de que para ser revolucionario auténtico debía antes ser maestro. Por eso fue en primer término sembrador de ideas y conocimientos, previamente a conductor de una revolución, pues faceta conmovedora de su personalidad es verlo entregado a encender la luz en la mente de sus seguidores, gracias a la antorcha que él, como un predestinado, trajo de los viejos centros de la civilización europea.

El palio luminoso de tan significativa coincidencia, pues, cubrirá los actos con que la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña recordará en este año de Duarte el décimo aniversario de su creación y entre esos actos ocupa sitio sobresaliente, de pleno derecho, este que aquí estamos escenificando para poner en circulación el libro "Pedro Henríquez Ureña, su Vida y su Obra", debido a la acuciosa labor de investigación del profesor Juan Jacobo de Lara.

Con la entrega al público de este libro, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña pone a disposición de todos la posibilidad de internarse en una vida ejemplar, dedicada al sacerdocio de la cultura y la enseñanza, e ilustra con ello debidamente por qué el nombre de quien sin disputa es acree-

dor al calificativo de primer humanista dominicano, y de uno de los más preclaros de América y del mundo, sirve de denominación a un centro de estudios en que todo aquel que tenga algo que enseñar o aprender será bien recibido.

No es para medirlo con nuestras desmedradas palabras el valor que esta ofrenda del profesor Juan Jacobo de Lara ha hecho a nuestra Casa de Estudios, al poner bajo su patrocinio la edición y distribución de su enjundiosa obra. La medida del conocimiento de los hombres se aprecia no solamente por lo que de ellos llegamos a saber, sino por lo que de ellos debemos saber. Hay diferencia entre ambos casos. De los grandes hombres debemos saber mucho. De los que pertenecemos al rasero común basta con saber algo si acaso. Con su libro el profesor de Lara ha colocado en nuestras manos el instrumento, que tanta falta hacía, por medio del cual podemos llegar a enterarnos en la medida deseable de la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña. Ese es un invaluable obsequio a la labor de enseñanza que constituye el meollo de nuestra razón de ser y, desde luego, el hecho de que su obra haya estado lista para publicarse en este año es otra coincidencia que se suma a las que están dando realce a nuestro décimo aniversario.

El deber de saber mucho de los grandes hombres tiene su fundamento en la circunstancia de que, cuando han sido realmente grandes, cada paso que mudaron en el plano de la existencia mortal constituye una fuente inagotable de aleccionamiento y un venero de emulaciones para aquéllos que se acercan a su memoria y a su obra con las nobles ansias de contribuir a la realización de los magnos destinos de la humanidad.

A lo largo de las páginas escritas por el profesor de Lara la figura de Pedro Henríquez Ureña se perfila como la del maestro infatigable que, luego de haber allegado los tesoros de la cultura universal, gracias a una asiduidad sin desmayos y a una inteligencia de dones extraordinarios, acertó a integrar la fuente de conocimiento desde donde brotaron, como flores amorosamente cultivadas, las enseñanzas que su palabra y sus escritos difundieron a todo lo largo y lo ancho del continente. A través de la una y los otros, su personalidad de sabio se prodigó con la sencillez sin estridencias, más bien humildad, con que los

elegidos han penetrado en la urdimbre hasta cierto punto misteriosa donde se fraguan las dádivas inmarcesibles del pensamiento, de la ciencia y del arte.

Habéis hecho, pues, profesor de Lara, una trascendental ofrenda a nuestra Casa de Estudios. Bien podemos reafirmar que ella viene a sumarse, con timbres muy relevantes, a las coincidencias que están haciendo de nuestro décimo aniversario un conjunto por demás significativo, como si la Providencia hubiera querido poner así de manifiesto que el origen, el desarrollo y la proyección de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña constituyen hitos señeros en la tarea ingente de formar las nuevas generaciones dominicanas, para dar base firme y perdurable a la nación que surgió de los sueños y de la fe sin desmayos de Juan Pablo Duarte.

Permitidme, por tanto, que a nombre de la Universidad, en mis funciones de Director de su Departamento de Publicaciones, os exprese los parabienes y el agradecimiento por vuestra minuciosa tarea de recapitulación y enjuiciamiento que, como lo demuestran las páginas de vuestro libro, estuvo animada no sólo por vuestra apasionada vocación de investigador sino también por la fervorosa admiración que profesáis a vuestro biografiado, por sus méritos de maestro eminente; apego y admiración que son signos distintivos de los verdaderos maestros, tal cual también los sois vos.

PROLOGO

Una rauda visión de un libro sobre
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Mariano Lebrón Saviñón.

Sin pretensiones ni aspavientados alardes retóricos, Juan Jacobo de Lara nos entrega este libro magnífico: "PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, *su vida y su obra*", exhaustiva visión del paso del gran humanista dominicano por el mundo del quehacer cultural.

Juan Jacobo de Lara nos era conocido a través de vagas noticias de su fecundo errar por el mundo. Como Pedro Henríquez Ureña, el humanista ejemplar que tanto admira, le ha tocado pasar largas temporadas fuera de su patria, pero soñando con ella, añorándola en cada hueco de soledad, con ejemplar fervor. Empero, ha gozado de la dicha de visitarla por lapsos de apreciables estadas, gozando, otra vez, la fragancia a pino fresco de sus montañas y alcores, allí en su Vega natal, patria chica de entrañables recuerdos, presente siempre en el ansión de sus vagares.

Por veinte y siete años fue profesor de la Universidad de Columbia (en Estados Unidos de Norteamérica), sirviendo docencias de español y de Cultura y Literatura españolas e hispanoamericanas.

Tuvo preocupaciones filológicas —resabios de la dulcedumbre del castellano que domeñaba a su paso por los países anglosajones— que lo llevaron a publicar para la Sociedad Dominicana de Geografía, en su volumen IX, "Léxico y nomenclatura en documentos del Descubrimiento", hermoso y bien

concebido opúsculo, que nuestro gran Emilio Rodríguez Demorizi presentó con estas palabras:

“Grata faena la de la presentación de un libro cuando las alabanzas, por demás merecidas, fluyen fáciles y justas; cuando al mérito de la obra corresponden los merecimientos del autor; cuando tras de cada concepto, de cada palabra, se advierte una mano docta y atildada, mano de dominicano fervoroso que consagra a su patria las mejores esencias de su espíritu”.

En esta obra que hoy comentamos el Sr. de Lara se atreve a presentar la vida paradigmática de Pedro Henríquez Ureña, en muchos de sus aspectos ecuménicos. Pero puede hacerlo con su proba autoridad. El es un devoto admirador de su magnífico compatriota y posiblemente, si hacemos la excepción de Rodríguez Demorizi, Flérida de Nolasco, quizás Fernández Spencer o un Goico Castro, muy pocos dominicanos conocen tan hondamente a Pedro Henríquez Ureña.

Por eso esta obra será fundamental e imprescindible para todo estudioso de la egregia personalidad del primer humanista de nuestro continente hispánico.

Ninguna persona en nuestro continente ha concitado tanto amor. Sus discípulos, que se encuentran en la jerarquía de lo mejor de nuestra América, le amaron entrañablemente, porque tuvo esa adorable virtud de sembrar fe y deseo de superación en todo el que se le acercara horro de orgullo y soberbia y deseoso de correr cercano a los mejores. Bondad casi mística anidó su alma, y como una Sibila que oficiara en un nuevo Delfos, su madre, eximia y grande, la inmortal Salomé, atisbó desde la tierna infancia del hijo hacia dónde elevaría sus alas:

*Así es mi Pedro: generoso y bueno,
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.*

*Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi ternera
y digo al porvenir: te lo confío.*

Fue más que una predicción, fue hundida convicción de realidades inmersa en la canción de su ancestro. Pedro bebió en el seno materno el amor patrio patente en lo más denso de su obra.

Por eso hay en él efluvios de dulce melancolía por el dolor de la ausencia, nostalgia dolorosa por la patria lejana con su rico venero de pasiones, orgullo terrenal inconcebible para quien tenía ante sus ojos la dilatada finitud del mundo.

Yerran quienes afirman que Henríquez Ureña es un escritor en quien la patria no vibra, eso, por su forzoso apartamiento de su nativo lar. "Nadie en el extranjero —dice Américo Lugo— ha suspirado tanto por su patria como Pedro Henríquez Ureña".

El tono nostálgico de su prosa da un agradable matiz a sus evocaciones. Todo es nostalgia, invocación de arcanos y recuerdos; la misma belleza es nostalgia de la presencia de Dios.

Por eso alguien ha afirmado que, como Cervantes, Pedro Henríquez era un genio triste. Estaba siempre en función de maestro, de plasmación de ideales. Su sueño era sembrar en el joven la realidad de un nuevo ideal americano. Según Anderson Imbert: "Amaba la sinceridad y el ímpetu en el joven" y Jorge Luis Borges afirma:

"De Pedro Henríquez Ureña, sé que no era varón de muchas palabras. Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor".

Su presencia de maestro era reclamada insistentemente. México, por boca de su Ministro de Educación, José Vasconcelos, llamó un día a Pedro Henríquez Ureña, para darle impulsos a la Escuela de altos estudios, como Santo Domingo llamó un día a Hostos para jerarquizar el alto menester docente. Ambos —el puertorriqueño y el dominicano— se dan la mano, uniendo sus estatuas gigantescas, en el ecumenismo de la

creación gloriosa— artífice de almas— y en la elegancia paradigmática de sus vidas.

Luego pasa a Argentina, como profesor de la Universidad de La Plata, y allí fija residencia. Su labor se hace sentir en la cátedra, en el editorial, en la conversación amena. Publica mucho, pero es más lo que dice. En su conversación es tal el cúmulo de conocimientos que exterioriza, que lo que conversó constituyó su más fecunda obra. “¡Ay, —exclama el sabio mexicano Alfonso Reyes— si se hubiera decidido a escribir todo lo que pensaba y decía!”.

Era un humanista en todo el sentido de la palabra. Por eso su ideal era Grecia.

Los griegos fueron la altiva aristocracia del mundo, por la imponderable elegancia de su vida ecuménica y por el orbe de ensueños que encendieron.

El ideal para Pedro Henríquez Ureña es, pues, el hombre universal —nosotros, los del grupo de *La Poesía Sorprendida*, también sostuvimos la consigna de “Poesía con el hombre universal”—; el hombre americano, “capaz de recibirlo todo y de darlo todo, pródigo y amplio, magnánimo”, como afirma nuestra escritora Flérida de Nolasco.

Sin embargo, para restarle valores imponderables a su humanismo se ha osado negarle profundidad filosófica a sus juicios.

No, nunca se apartó de la filosofía, fanal de entrañables conocimientos, ni cuando le negó valores esenciales al positivismo que se apoderaba del pensamiento hispanoamericano, ni cuando propugnaba darle alas a las ideas en un constante y meditativo lucubrar. Por eso consideró obligación humana no abandonar la metafísica. Siempre tuvo fe en las imponderables fuerzas del espíritu.

Su concepto de la belleza es platónico, prado de hermosura donde florece la verdad. Desde su muchachez retozó en su alma el gálibo emanante del milagro griego. Dilatadas páginas escribió ponderando la belleza de este ideal.

Y la mejor refacción para su acervo dimanó del alma de los grandes sabios griegos.

Y fiel a ese ideal, Henríquez Ureña fue, ante todo, un esteta. Al referirse a su formación filosófica dice Armando Cordero (en "Ensayos de valoración histórica"):

"El buen éxito que obtuvo desde el punto de vista literario al publicar su obra "Ensayos críticos" (La Habana, 1905), se robusteció en México la crítica filosófica, ya que hubo de asistir a la culminación del movimiento ideológico suscitado en 1837 por José María Luis Mora (1794-1850), partidario de las ideas expuestas por Jeremías Bentham, Herbert, Spencer, Stuart Mill y Destutt de Tracy, y como tal, empeñado en orientar la conciencia mexicana a la luz de las reformas educativas señaladas por el Positivismo. Ese movimiento del espíritu mexicano obtuvo en 1867, con la oración de Gabino Barreda (1818-1881), y el otro supremo en cuya virtud admitió el Presidente Benito Juárez (1806-1872), que las doctrinas de Augusto Comte fuesen adoptadas por el Ministerio de educación de su Patria en los programas de enseñanza; pero no tardaron los hombres del Ateneo de la Juventud, pensadores antipositivistas y espíritus metafísicos que encabezaba don Antonio Caso, en enrostrarles serias impugnaciones".

"Pedro Henríquez Ureña se le enfrenta a Caso y aprovecha la oportunidad para señalarle grandes errores al padre de la filosofía positivista".

No solamente al positivismo sino también al experiencialismo (positivismo independiente) de Stuart Mill y al pragmatismo, enfila nuestro humanista los dardos de su crítica filosófica.

"Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra", por Juan Jacobo de Lara, es una obra escrita con pasión. Esa pasión, ariete de grandes empresas, hontana que se remansa en el prado de la verdad, la hace particularmente sugestiva. Todos los aspectos de la vida del gran humanista aparecen aquí, con una pátina amorosa de verdad, de la que nadie osará desembarazarla.

Viene bien este libro en un momento de necesaria revalorización de nuestros hombres egregios. Y Pedro Henríquez Ureña lo es.

Es verdad que pasó los mejores años de su vida lejos de su Santo Domingo natal. Pero el alma de Henríquez Ureña flota sobre la añorada tierra de su patria, porque tal debe suceder con el espíritu de los hombres, como pensaba Martí, a través de las maravillosas marejadas de su amor.

Septiembre de 1975.

Este trabajo del Dr. Lebrón Saviñón, es el prólogo del libro de Juan Jacobo de Lara, "Pedro Henríquez Ureña, Su Vida y su Obra", publicado por la UNPHU.

Palabras del Doctor Carlos Federico Pérez
Director del Departamento de Publicaciones de la
UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
al ponerse en circulación el Primer Tomo de las
OBRAS COMPLETAS DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
acto que se llevó a efecto en el Patio Español de
LA LOGIA CUNA DE AMERICA
el ocho de diciembre de
1976

Unido en nombre y en pensamiento a nuestra Universidad está Pedro Henríquez Ureña y por eso, un acto como este, en que se pone a circular el primer tomo de las Obras Completas del ilustre humanista, reviste un significado muy especial.

Parabienes merece la minuciosa labor de recopilación que lleva adelante el profesor Juan Jacobo de Lara, recorriendo los caminos de América, en busca de las huellas luminosas que, en cada recodo de su incesante peregrinación, marcó el paso de aquel gigante de la cultura americana que fue nuestro compatriota. Esta labor meritoria pondrá a disposición del lector corriente y del investigador acucioso, el acervo inigualable legado por quien, con los dones milagrosos del talento y la vocación sin desmayos hacia los elevados valores del espíritu, supo integrar en una obra sobresaliente los más variados matices de la cultura americana y universal.

El conocimiento detallado de tal hazaña ha estado, hasta la fecha, obstaculizado por la dispersión que impuso a lo que produjo Pedro Henríquez Ureña el hecho de que su magisterio se extendiera a todos los confines americanos. Si bien sus obras principales, aquellas que le granjearon un sitio de notoria jerarquía entre los intelectuales americanos, son relativa-

mente bastante bien conocidas, no sucede lo mismo con otras producciones de menor importancia pero que preservan también, sin embargo, el toque luminoso que depositó Pedro Henríquez Ureña en todo cuanto salió de su pluma y su palabra, gracias a una síntesis maravillosa de la simplicidad expositiva con la profundidad del conocimiento, esas dos cualidades que hicieran de él el maestro por antonomasia. Por eso, en casos como el suyo, no debe desperdiciarse ningún detalle para alcanzar la cabal percepción de la obra realizada y estar en condiciones de evaluarla a la altura de su auténtica realidad.

El aserto reviste especial certidumbre para el público dominicano. Como ocurre con frecuencia, en su propio país se dificulta más que en otros adquirir una visión de conjunto, y acorde con su armónico desarrollo, de la obra de Pedro Henríquez Ureña. Ha contribuido a ello tanto la incuria que habitualmente aqueja a nuestras actividades culturales, como la circunstancia de que la mayor parte de esa obra fuera fraguada en playas extranjeras, no obstante la persistente referencia a lo dominicano en datos y comentarios.

El libro que hoy pone en circulación la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña se encamina a subsanar, pues, esa omisión imperdonable. Nuestra Casa de Estudios, como dijimos antes, está indisolublemente vinculada a la memoria de nuestro gran humanista. La reverencia que su figura nos merece nos ha llevado a acoger la iniciativa del profesor de Lara de crear la Sociedad Pedro Henríquez Ureña que se dedicará especialmente al análisis y difusión de la obra del desaparecido hombre de letras. En el cumplimiento de ese cometido las Obras Completas, cuyo primer tomo se pone hoy en circulación, representa, sin duda, el hito inicial para darle cimiento valioso a tan enaltecido propósito.

Esta realización editorial será valiosa por dos motivos: primero, porque recogerá todo, o casi todo lo que salió de la pluma de Pedro Henríquez Ureña, como por el hecho de que representará la sucesión de los trabajos en un orden cronológico, lo que permitirá seguir paso a paso, y sin perder detalle, la evolución de pensamiento de aquel venero de insospechada sabiduría que fue su autor. Así, el tomo que ahora se entrega al público, abarca el período de 1899 a 1909.

No sobran, pensamos, sino que son necesarias unas palabras más. Cuando hemos dicho que nuestra Universidad está indisolublemente ligada a la memoria de Pedro Henríquez Ureña queremos aludir a lo que representa la configuración intelectual de éste en el panorama de nuestra cultura. Nos parece, si la memoria no nos es infiel, que hasta ahora ese punto no se ha dilucidado, por lo menos de manera suficiente, y para la filosofía que anima a nuestra Universidad resulta indispensable hacerlo en un acto como este, sobre todo después de haber partido de las afirmaciones con que iniciamos estas palabras.

En nuestro concepto, Pedro Henríquez Ureña señorea no sólo cimeramente sino también aisladamente los horizontes de la cultura dominicana. Esto es así porque en nuestra historia es el representante típico y único del intelectual puro.

El intelectual puro es un raro espécimen en la vida cultural de Hispanoamérica. Somos en gran medida conglomerados en que las matizaciones sociales no han llegado todavía al nivel de acentuación que les permita bifurcarse en múltiples especializaciones. De ahí que el hombre de letras, el investigador, el científico, tengan que compartir por lo regular las actividades que los califican como tales con otras que le son completamente ajenas. Así nuestros literatos y poetas han tenido que ser al propio tiempo políticos, profesionales, comerciantes, asalariados o algo todavía de menor empaque, obligados muchas veces por las necesidades del diario vivir. De esa manera su producción y su perfil en el campo del intelecto se han visto irremediablemente afectados. En el caso de Pedro Henríquez Ureña su precoz despertar ante las luces de la cultura, su temprana maduración, le abrieron sin tardanza los pródigos caminos del perfeccionamiento intelectual, en donde se solazó su insita vocación, para ofrecernos, a través del curso de toda una existencia, el vívido testimonio del cabal hombre de pensamiento. Ni la política, ni los atractivos del comercio, ni el ejercicio profesional, distrajeron por un solo momento su atención de individuo preocupado por los imperativos del conocer y el enseñar, y así trasciende de su personalidad, vista con el trasfondo de la historia, el hálito inconfundible del maestro.

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña alienta como consigna fundamental de su existencia la de ser un centro de estudios. Aspira a que en ella nuestra juventud adquiera los conocimientos indispensables para liberar a nuestra patria de la dependencia en que la coloca el subdesarrollo. Este elevado designio solamente podrá alcanzarse cuando los niveles científicos, técnicos y humanísticos de nuestra población satisfagan los promedios requeridos por toda sociedad verdaderamente civilizada. Tal cosa no significa que estemos cerrados a la circulación de las ideas, sino que utilizamos las ideas para crear una conciencia que faculte a cada uno, a su debido tiempo, para orientar su vida y sus convicciones de acuerdo con el mejor saber y entender que le haya permitido allegar el conocimiento y el estudio.

Ya sí sobran las palabras, nos parece, para decir que ante un ideal semejante, ninguna simbolización mejor que la de la personalidad de Pedro Henríquez Ureña.

Es por eso que la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña ha asumido como un deber insoslayable editar las Obras Completas cuyo primer volumen se entrega ahora al conocimiento del público.

PUESTA EN CIRCULACIÓN DEL 3ER. TOMO
DE LAS OBRAS COMPLETAS DE
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por Carlos Federico Pérez

Al poner en circulación el tercer tomo de las Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña, la Universidad, y en particular su Departamento de Publicaciones, se sienten alborozados porque dan un paso más en el propósito de difundir la obra y el pensamiento del gran humanista dominicano.

Este centro de estudios, que se honra ostentando el nombre de Pedro Henríquez Ureña, estima ese privilegio como un compromiso con la consagración al saber y a los enaltecedores dones del espíritu de que fue ejemplo paradigmático nuestro ilustre compatriota, y al mismo tiempo juzga que tal compromiso lo obliga a asumir el rol de vocero de cuanto en acción y pensamiento jalona de manera singular la memoria del primero entre nuestros intelectuales.

El tomo tercero comprende escritos producidos desde 1914 hasta 1920 y en sentido general exhibe más bien una labor periodística libre en cierta medida del rigor académico. Son muestra de un espíritu inquieto, avisor, inquisitivo, al cual si lo conmovía el arte y la ciencia también a menudo sazonó sus agudas observaciones de la realidad vital que describía con el dejo irónico que, en las almas generosas, brota como flor de comprensión y disculpa para las flaquezas humanas.

Al lado de ello, y en contraste, podríamos decir, la pluma del autor se enseria cuando testimonia su rechazo y protesta por el grave atropello que a partir de 1916 padeció entonces nuestra patria.

Todo esto son facetas de la personalidad de Pedro Henríquez Ureña que su obra preserva, y solamente el conocimiento de la misma permitirá evaluar los vastos horizontes que el escritor señoreó en vida.

Todo esto, además, matiza su imagen de humanista tan bien definida y tan arraigada en lo sustancial de su obra, hasta el punto de que la presencia de Pedro Henríquez Ureña, con su fecundo y multifacético despliegue académico, marca un cambio trascendental en el quehacer del intelecto dominicano y en cierta medida hispanoamericano.

Digamos por último que el hecho de que la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña pueda ir cumpliendo con el compromiso contraído lo adeuda al celo inigualable del profesor Juan Jacobo de Lara, que no ha escatimado esfuerzo para escudriñar en todos los rincones del continente las huellas dejadas por quien peregrinó sin descanso por los predios del saber y la cultura. Es de justicia añadir que los frutos de ese denodado esfuerzo investigador han contado, desde el primer momento, con el patrocinio del señor Rector en lo que se refiere a editarlos.

Queda, pues, a disposición del público lector este tercer tomo de las Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña.

PALABRAS DEL RECTOR DR. JAIME A. VIÑAS ROMAN
EN EL ACTO DE ENTREGA DE TITULO "DOCTOR
HONORIS CAUSA" AL DR. JUAN JACOBO DE LARA,
EL DIA 24 DE NOVIEMBRE DE 1983

El Dr. Juan Jacobo de Lara, quien recibió de nosotros el título de "Doctor Honoris Causa de la Facultad de Humanidades", aún sin haber figurado en aquellas filas ilustres de nuestros fundadores, se ha hecho acreedor de nuestro reconocimiento a un nivel similar. Se trata del dominicano que con más minuciosidad ha escrutado la vida intinerante de Pedro Henríquez Ureña y con más ahinco ha tratado de hacer conocer su obra y su pensamiento. Si la UNPHU es la institución que ha hecho conocer el nombre del ilustre Maestro de maestros a nivel nacional e internacional, la devoción Pedrista de don Juan Jacobo de Lara lo sitúa en un nivel semejante en el plano individual. Ese gran esfuerzo lo ha aproximado a la UNPHU como si siempre hubiera estado con nosotros recorriendo nuestros caminos desde el mismo principio de hace diecisiete años. Por esta razón el título que hoy le entregamos se lo debe la UNPHU a don Juan Jacobo de Lara, como a quien constituye uno de los pilares que la han sostenido.

DISCURSO DEL DR. MANUEL DE JESUS GOICO CASTRO,
OFRECIENDO EL HOMENAJE NACIONAL AL PROFESOR
JUAN JACOBO DE LARA

Señor Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña;

Señores Presidentes del Ateneo Dominicano, de la Academia Dominicana de Historia, de la Academia Dominicana de la Lengua, de la Academia de Ciencias y de la Academia de Letras;

Profesores universitarios;

Hombres de letras;

Damas y caballeros;

Con esa emoción, —que Rodó definió como “la mano de Dios sobre el timón del alma” —, comparezco a esta tribuna con el enaltecedor encargo de pronunciar el discurso de orden, consagrado a dedicar de manera solemne este homenaje de glorificación al ilustre escritor Juan Jacobo de Lara, como testimonio de admiración y respeto.

Pocas veces ha recaído sobre mis hombros misión tan honradora, como es la de interpretar el pensamiento del Ateneo Dominicano, —secular centro de cultura que patrocina este acto—, y de transmitir al propio tiempo los mensajes de adhesión de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, y de las Academias Dominicanas de la Historia, de la Lengua, de Ciencias y de Letras, y la Universidad Tecnológica del Sur, instituciones que han decidido adherirse, en signo de reconocimiento y de merecido tributo, a tan conspicuo hombre de letras.

El hecho de haber lanzado a los cuatro horizontes de América y del mundo, en diez bien editados tomos, las obras completas de Pedro Henríquez Ureña, debe festejarse como el natalicio de un príncipe, como diría Américo Lugo. Es un acontecimiento digno de especial mención en la historia de la cultura dominicana.

Esa tarea benedictina de compilador y prologuista vincula el nombre de Juan Jacobo de Lara como crítico literario, —con altos y sonoros timbres e inmortal preeminencia—, al prestigio universal de Pedro Henríquez Ureña y a la Universidad Nacional que ostenta el preclaro nombre del humanista, le atañe la gloria de haber puesto al alcance de los estudiosos de la cultura americana tan portentosa colección, bajo el fecundo rectorado del prominente jurista y hombre público doctor Juan Tomás Mejía Feliú, quien, además de convertir en realidad el ansiado ideal de compilar la obra dispersa del Maestro, ha tenido el acierto de encumbrar con tenacidad, optimismo e inteligencia, a los más altos niveles académicos, a nuestra amada y prestigiosa Casa de Estudios.

La crítica continental ha puesto de relieve, desde otro ángulo, el renombre que ha conquistado Juan Jacobo de Lara con la publicidad del libro *Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra*. Las auras promisorias de esos lauros nos llegan desde centros universitarios de México, la Argentina, Estados Unidos de América, Cuba y de otras naciones del hemisferio, núcleos culturales donde el humanista forjó discípulos que son hoy cabezas ilustres en la vanguardia del pensamiento contemporáneo latinoamericano. Escritores, poetas, ensayistas, historiadores y profesores universitarios veneran la memoria de su Maestro Pedro Henríquez Ureña, el más grande escritor dominicano de todos los tiempos y el primer autor nativo cuyo genio como humanista, como historiador de la cultura americana, como sabio filólogo y como docto hispanista, ha sido investido de inmortal aureola y del respaldo moral de los cenáculos de mayor categoría intelectual y prestigio en el mundo, al tiempo que bien reputadas editoriales argentinas, mexicanas, cubanas, venezolanas, españolas y norteamericanas han venido patrocinando la divulgación sistemática de sus obras más señeras, en una primera etapa en tres lenguas romances: espa-

ñol, inglés y francés, sin omitir la posibilidad de editar esos libros en otros idiomas, tales como italiano, alemán, portugués y ruso, según indagaciones veraces afloradas a nuestro conocimiento de fervoroso "pedrista".

El crítico y poeta Mariano Lebrón Saviñón en el prólogo del libro en torno al sabio dominicano, pone de resalto que Juan Jacobo de Lara "es un devoto admirador de su magnífico compatriota" y agrega un concepto que obliga nuestra gratitud, vertido a título de loa y reconocimiento, cuando no vacila en afirmar que: "...posiblemente si hacemos la excepción de Rodríguez Demorizi, Flérida de Nolasco, quizá Fernández Spencer o un Goico Castro, muy pocos dominicanos conocen tan hondamente a Pedro Henríquez Ureña". (v.p.12)

La crítica más autorizada ya ha labrado un marmóreo pedestal a la figura de Juan Jacobo de Lara como escritor.

Emilio Rodríguez Demorizi, el más erudito y castizo de los historiadores dominicanos, en la "Presentación" de la obra intitulada "*Léxico y nomenclatura en documentos del Descubrimiento*", afirma que en la médula del pensamiento del autor "se advierte una mano docta y atildada, mano de dominicano fervoroso que consagra a su Patria las mejores esencias de su espíritu". Y agrega: el magistral ensayo, en una sistematizada incursión por los dominios de la filología hispanoamericana: los primeros contactos entre el español y las lenguas aborígenes; los vocablos indígenas adoptados; la flora, la fauna, la naturaleza, la agricultura, las costumbres, la toponimia, la onomástica, la geografía y como culminación de su estudio las ponderadas conclusiones, que corresponden a los objetivos de la obra: la revelación de lo indígena en la Isla, las formas y los límites de su supervivencia, de acuerdo con los textos de mayor autoridad: los documentos del Descubrimiento".

A Juan Jacobo de Lara otorga categoría de historiador ecuaníme y bien documentado el estudio intitulado *Bosquejo histórico del Santo Domingo Colonial como clave del Santo Domingo de hoy* (Clío, núm. 131, enero-agosto 1975, p. 29-58).

El ensayista de relieve hispanoamericano que tiene nuestro país en la docta pluma de Juan Jacobo de Lara da notaciones de su erudición y de sus magníficas facultades de crítico literario en sus estudios: *Lope de Vega y Calderón de la Barca. Estudio*

comparativo de su teatro en el Alcalde de Zalamea; Evolución de la novela en lengua española y Cervantes, rasgos característicos de su arte.

El análisis de sus breves prólogos a las obras completas de Pedro Henríquez Ureña, de sus ensayos históricos y de sus estudios críticos, nos hace advertir que la prosa de Juan Jacobo de Lara está enriquecida por los más impecables recursos estilísticos del idioma y que se identifica con el "acento encantador" que descubrió Darío en la obra del Paul Verlaine. De Lara representa un clásico de nuestras letras contemporáneas; un prospecto excelente para prestigiar el elenco de los académicos de la lengua, avalado por las vivencias de su dominio de los más recónditos secretos y de las más modernas técnicas lingüísticas y filológicas.

Su estilo dúctil, ameno, cristalino, denuncia a todas luces estar nutrido por las savias orientadoras de los clásicos griegos y latinos y por los primates hispanos del siglo de oro.

Como investigador de la historia y como acucioso documentalista, De Lara participa del criterio que expone Cervantes, con el genio clarividente de que hizo galas en su obra maestra: "...El poeta puede cantar o contar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna..." (El Quijote, II Parte, Cap. III).

El ostenta el privilegio de ser uno de los puristas dominicanos con dominio absoluto de la difícil sencillez de escribir con galanura con diafanidad, con la gracia resplandeciente que es timbre de excelcitud y conspicua reputación. Estamos frente a un escritor cabal, creador infatigable, representativo de esa clásica legión de los maestros de la lengua en nuestro exclusivo y selecto mundo literario.

Su formación intelectual luce los arreos y los señeros perfiles de su consumado humanista; la jerarquía de un valor representativo del ensayo; la agudeza y la sobriedad de un crítico literario y la erudición de un historiador de la cultura.

Estos méritos dan relieve a su personalidad y son a manera de cobertura de su grandeza de espíritu y de su nobleza, para tener derecho a poder exaltar, con propiedad y gallardía, los egregios perfiles de los escritores que como Pedro Henríquez

Ureña, constituyen las más altas glorias del saber dominicano en esta parcela primigenia de la hispanidad.

Si es cierto que "los vivos somos gobernados por los muertos", como proclamó el sociólogo Augusto Comte o como dijera en un poema Walt Whitman que "los muertos en alguna parte están vivos esperándonos", yo no dudo que el espíritu de los muertos ilustres nos transmita elocuentes mensajes desde la inmortalidad y nos rodee con una aura de infinita ternura, con un divino y casi invisible resplandor o con aquella "extra-humana luz" que el precursor del modernismo vislumbró flotando sobre la tumba de Verlaine. Acaso tendremos la certeza de poder dialogar en esta noche de exaltación y de gloria, con el alma y con la sombra iluminada de Pedro Henríquez Ureña.

Con los ojos del espíritu presentimos su figura de apóstol. Imaginemos que transfigurado a todos nos ilumina su ser de poderosa excelsitud y que su inmensa generosidad nos hace partícipes de la inmortal aureola de su grandeza.

Doctor Juan Jacobo de Lara:

Por intermedio de mi palabra, insuflada de júbilo y de emoción, todas las instituciones culturales aquí representadas le dedican este homenaje. Dígnese aceptarlo con la convicción de que está revestido de sinceridad y de amor. Acéptelo pensando que es una simbólica corona de laurel colocada por mis trémulas manos en su inmaculada frente de pensador.

Estamos conscientes de que todos los seres pensantes de la República tributan un aplauso y se identifican con este acto justiciero.

Finalmente, consagrémonos a pensar que el espíritu de Pedro Henríquez Ureña nos asiste y desde el inmenso pedestal de su gloria se solidariza con este homenaje, acaso mirándonos desde el seno de la inmortalidad, convertido en la estrella más luminosa que habita esta noche en la comba inmensa del cielo.

PRESENTACIÓN

Por Manuel de Jesús Goico Castro

Gregorio Marañón en su bien vertebrado estudio intitulado *Breve prólogo sobre mis prólogos*, ha considerado esta faena del espíritu como un género literario, y la supone dotada de individualidad suficiente para investirla de ese carácter.

De tal criterio hacemos una ecuánime ponderación, antes de poner un marco, —que no disuene con la jerarquía de esta obra—, como introducción a los sustanciales ensayos del pensador dominicano Juan Jacobo de Lara: *Sobre Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos*.

Shelley en su página clásica en *Defensa de la Poesía*, afirma que el genio creador de un prosista o de un poeta está provisto de la virtud de "hacer inmortal todo lo mejor y más bello del mundo" y aduce que tiene el hombre de letras la predestinación o el privilegio de hacer "salir de la caducidad los instantes en que el creador siente el roce de lo divino".

Es evidente que esta obra suma nuevos lauros a la conspícua figura de Juan Jacobo de Lara en el ámbito continental, porque la temática de estos ensayos, en torno a producciones señeras de clásicos de la literatura española e hispanoamericana, ofrece un nuevo testimonio de su portentosa erudición y de la profundidad de sus certeros juicios como crítico literario.

Como lo pusimos de resalto en un discurso en elogio del autor, en el homenaje que le tributó el Ateneo Dominicano y otras calificadas instituciones académicas y culturales del país, en diciembre de 1980, es una proeza digna de todos los encomios el haber lanzado a los cuatro horizontes de América y del mundo, en diez bien editados tomos, las obras completas de

Pedro Henríquez Ureña. Esa acción es un hito cimero en la historia de la cultura dominicana. Esa tarea benedictina de compilador y prologuista vincula el nombre de Juan Jacobo de Lara, como lúcido difundidor de suprema cultura, al prestigio universal de Pedro Henríquez Ureña, con altos y sonoros timbres de inmortal preeminencia. A él atañe la gloria de haber puesto al alcance de los estudiosos de la cultura americana tan portentosa colección.

La crítica continental ha puesto de relieve, desde otro ángulo, el renombre que ha conquistado Juan Jacobo de Lara con la edición del libro *Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra*, estudio biográfico-crítico, escrito con gran emoción y fervor americanista. Nuestro alto poeta Domingo Moreno Jimenes ha señalado que "sólo la palabra emocionada es arte".

El Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, doctor Jaime Viñas Román, al ponderar con gran acierto la edición de las obras completas del humanista, afirma que tal empresa ha sido posible "gracias a la paciente y exhaustiva labor de investigación y acopio documental del profesor Juan Jacobo de Lara, sin dudas el dominicano que con mayor veneración ha escrutado la vida itinerante del maestro".

Como refulgente anverso de una medalla, como complemento de la divulgación de las Obras Completas, el ilustre dominicano Juan Jacobo de Lara ha puesto al servicio de la cultura americana todas las fuerzas de su genio creador para compilar en tres hermosos tomos el *Epistolario íntimo de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes*, con orientadores exergos, después de una fructífera búsqueda en fuentes primigenias.

En torno a esta ennoblecedora faena, presidida por tan diáfano patriotismo, Emilio Rodríguez Demorizi, humanista, historiador y crítico de universal relieve, puso gran énfasis al afirmar, en conmovedor panegírico en la Iglesia de Las Mercedes, el 11 de mayo de 1981, que "...uno de los máximos privilegios de la República, para mayor lustre de sus blasones, hoy enaltecidos y abrillantados con la sorprendente aparición de las monumentales *Obras completas* del Maestro y del fascinante *Epistolario Intimo* entre Pedro Henríquez Ureña y su amigo y compañero incomparable el insigne mexicano Alfonso Reyes, gracias a la fervorosa labor dominicanista del Profesor

Juan Jacobo de Lara, uno de los numerosos discípulos póstumos del Maestro que con mayor empeño se ha abrazado a la alta faena de difundir su obra en las nuevas generaciones". Y agrega el castizo y eminente polígrafo Rodríguez Demorizi: "...Con orgullo podemos proclamar que esas magistrales *Obras Completas* y el conmovedor *Epistolario* nacen, aquí, en tierra dominicana, como el homenaje más caro a los manes del egregio Maestro, por ello concide con su retorno a sus amados lares".

Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra, los diez volúmenes de las *Obras Completas* y el *Epistolario Intimo*, han conquistado al pensador dominicano Juan Jacobo de Lara un sitial preeminente entre los escritores hispanoamericanos contemporáneos.

El análisis de sus breves prólogos a las *Obras Completas* de Pedro Henríquez Ureña y al *Epistolario Intimo* entre el humanista azteca y el quisqueyano, así como la clásica arquitectura de sus ensayos históricos y de los estudios críticos divulgados en esta nueva producción literaria del fecundo escritor dominicano, nos revelan positivamente que la prosa de Juan Jacobo de Lara está enriquecida por los más impecables recursos estilísticos del idioma y que se identifica con ese "acento encantador" que descubrió Rubén Darío en la obra de Paul Verlaine.

De Lara representa un clásico de nuestras letras contemporáneas. Su estilo es dúcil, ameno, cristalino... Denuncia a todas luces estar nutrido por las sabias orientadoras de los clásicos griegos y latinos y por los primates hispanos del siglo de oro.

Juzgamos valederos los conceptos emitidos en nuestro discurso en elogio del conspicuo pensador. Omitimos las "comillas" para reafirmar nuestros propios juicios:

Como investigador de la historia y como acucioso documentalista, De Lara participa del criterio que expone Cervantes, con el genio clarividente de que hizo galas en su obra maestra: "...El poeta puede cantar o contar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna..." (El Quijote, II parte, Cap. III).

El ostenta el privilegio de ser uno de los puristas dominicanos con dominio absoluto de la difícil sencillez de escribir con

galanura, con diafanidad, con la gracia resplandeciente que es timbre de excelsitud y conspicua reputación. Estamos frente a un escritor cabal, creador infatigable, representativo de esa clásica legión de los maestros de la lengua en nuestro exclusivo y selecto mundo literario. Su formación intelectual luce los arreos y los señeros perfiles de un consumado humanista; la jerarquía de un valor representativo del ensayo; la agudeza y la sobriedad de un crítico literario y la erudición de un historiador de la cultura.

Estos méritos dan relieve a su personalidad y son a manera de cobertura de su grandeza de espíritu y de su nobleza, para tener derecho a poder exaltar, con propiedad y gallardía, los egregios perfiles de los escritores que como Pedro Henríquez Ureña, constituyen las más altas glorias del saber dominicano en esta parcela primigenia de la hispanidad.

Escribir con donosura no es el arte, —como creen algunos intonsos—, de repartir en la prosa neologismos a diestro y siniestro: tapizar los discursos de adagios y proverbios latinos; abultar los párrafos con pertinaz e irreflexiva adjetivación o hacer abuso del hábito de esmaltar los tropos de dicción o los giros estilísticos de gerundios y adverbios, —que son a manera de oscuros cortinajes—, que distorsionan y esconden la nítida esplendidez de la forma, la divina desnudez de la prosa y del verso, desnudez que siempre amó, hizo suya como a una virgen, y adoptó como su musa inseparable Juan Ramón Jiménez.

Todo purista debe quebrar lanzas contra el adjetivo y contra las metáforas. El filósofo argentino Francisco Romero en un estudio sobre Splenger de su libro *El hombre y la cultura* afirma que "nada hay más peligroso en ciencia y en filosofía que una metáfora". Nuestro insigne Manuel Arturo Peña Batlle legó a la posteridad esta frase: "Antes de escribir una metáfora prefiero cortarme la mano". El estudio tiene la virtud de ser cuanto más sobrio más castizo. Esta perfección, —huraña como una ninfa desnuda en la selva—, se alcanza cuando el escritor está dotado de la lucidez y del arte de decorar la prosa con la armonía y la musicalidad, inseparables del genio de la lengua. En apoyo de ese criterio el eminente Ramón Menéndez Pidal, cuando fungía como presidente de la Real Academia

Española de la Lengua, escribió con acierto: "...en un estilo sobra todo lo que no hace falta".

Juan Jacobo de Lara, escritor de relieve continental, concitará de nuevo laudos favorables de la crítica con este libro sobre *Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos*, que la editora de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña lanza a la publicidad. Coronado de laureles se hace acreedor, como postula el poeta y crítico argentino Arturo Capdevilla, al goce de sentir florecer en su espíritu la espléndida "primavera de la experiencia", consciente de haber realizado una obra magnífica para conquistar el aplauso de las nuevas generaciones y de la posteridad, como se derribara con una nueva honda de David al gigante Goliat del olvido y poder proclamar como un reto y con olímpico orgullo, como Horacio en una de sus odas inmortales: "*No moriré todo entero, mi obra me sobrevivirá*".

(Prólogo al libro: "Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos" de J.J. de Lara).

**DISCURSOS DE
JUAN JACOBO DE LARA**

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PROFESOR
JUAN JACOBO DE LARA EN EL ACTO DE PONER
EN CIRCULACION EL TERCER TOMO DE LAS OBRAS
COMPLETAS DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA EL DIA
VEINTE Y CINCO DE ENERO DE 1978.

oo0oo

Muchas gracias, Dr. Pérez, por sus sentidas palabras. Señor Rector, Señor Presidente de la Fundación Universitaria, Señores y señoras:

Aquí, en este tomo tercero de las Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña, presentamos sus trabajos escritos a fines del año 1914 al 1920. Primero, sin embargo, aparece un trabajo que fue escrito en 1913, sobre los "Romances de América" y que debió haber aparecido en el volumen anterior.

No pudiendo irse a Europa, como era su deseo cuando salió de México, porque estalló la primera guerra mundial, don Pedro aceptó, a fines de 1914, la corresponsalía del HERALDO DE CUBA, de La Habana, para enviar sus crónicas tituladas "Desde Washington" desde la capital americana, lo cual hizo de noviembre de 1914 hasta abril de 1915. En este volumen aparecen esas crónicas, que son de sumo interés por lo variado de sus temas y lo trascendental del momento, cuando comenzaba la Gran Guerra en Europa.

Al mismo tiempo, don Pedro escribía para el semanario LAS NOVEDADES, de Nueva York, que dirigía otro dominicano culto, Francisco José Peynado.

Al cesar su corresponsalía del HERALDO DE CUBA, don Pedro entró a formar parte de la redacción de LAS NOVEDADES, pero en el verano de 1916 aceptó la posición de PROFES-

SORIAL LECTURER en el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Minnesota, y allí decidió hacer sus estudios de Master y luego el Doctorado, cuya tesis sobre la "Versificación Irregular en la Poesía Castellana" resultó en un libro que se publicó en Madrid en 1920 y que aparecerá incluido en el próximo tomo de estas Obras Completas.

Esos fueron los años de la ocupación militar norteamericana en Santo Domingo y don Pedro escribió artículos y dictó conferencias sobre el tema, y se juntó con su padre en Nueva York y en Washington. Su padre, don Francisco Henríquez y Carvajal, que ocupaba la presidencia de la República cuando desembarcaron las fuerzas de ocupación, salió para Washington en misión diplomática que resultó larga y penosa, e infructuosa. Su hijo Pedro le ayudó con la pluma y con la palabra en su campaña en pro de la libertad de su patria oprimida.

En ese momento crítico de nuestra historia, como a todo lo largo de su vida, Pedro Henríquez Ureña fue un buen dominicano, dedicando lo mejor de sus esfuerzos a la patria lejana.

A partir de sus estudios lingüísticos en la Universidad de Minnesota prestó don Pedro especial atención a la filología, interés que culminó años más tarde, durante su época argentina, en su fructífera labor en el Instituto de Filología Hispánica de la Universidad de Buenos Aires, donde todavía hoy se siguen publicando sus trabajos lingüísticos.

Al leer los trabajos que aparecen en este volumen no podemos menos que asombrarnos de la variedad de temas que interesaban al joven pensador y estudioso. Escribiendo para periódicos y otras publicaciones de Hispano América, España y los Estados Unidos, sus escritos iban a ser leídos por un público muy variado y diverso. Además, como viajó tanto durante los años representados en este período, el joven Pedro tuvo amplia oportunidad de estudiar diferentes cosas en diferentes lugares de Europa y de América, y su interés en lugares y cosas no tenía límites; él sentía una curiosidad intelectual insaciable y una insaciable sed de saber.

Esta fue una de las épocas, tal vez la época más prolífica en variedad de temas de toda la vida literaria de Pedro Henríquez Ureña, debido a su constante escribir y reportar, al mundo de sus lectores, lo que veía y sentía y descubría: en Cuba, New

York, Minnesota, España, Washington, París, y hasta Chicago y California, donde enseñó en sesiones de verano.

Sus artículos sobre la República Dominicana no fueron solamente ejercicio literario o intelectual, sino algo muy personal, explicaciones a manera de mensajes o protestas patrióticas. Véase el grito de protesta titulado "El despojo de los pueblos débiles" que lanzó a fines de 1916 a consecuencia de la ocupación militar americana en Santo Domingo. El título de este trabajo es evidencia de su contenido.

Sigue otro artículo, sobre la "Literatura Dominicana," que incluye "La Vida Literaria en la Epoca Colonial," en sus diferentes aspectos hasta el fin de la Colonia.

El trabajo titulado simplemente "República Dominicana" es una conferencia que dictó el Pedro profesor en la Universidad de Minnesota explicando, en primer lugar, su país, desde el punto de vista histórico, para beneficio del público americano que le escuchaba.

En el próximo volumen aparecerá, como ya dijimos, su tesis doctoral, *La Versificación Irregular en la Poesía Castellana*, y otros trabajos publicados en el año 1920. Seguimos los pasos de Pedro Henríquez Ureña durante esos años de transición, años productivos en el, para él, campo nuevo, el campo lingüístico.

Esperando que este tercer tomo tenga la misma buena acogida que tuvieron los dos anteriores, doy las gracias a la concurrencia por su presencia en este acto.

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO DEL PROF. JUAN
JACOBO DE LARA, EN EL ACTO DE HOMENAJE EN SU
HONOR

Don Angel Miolán, muy digno Director del Ateneo Dominicano: quiero expresar mis más sentidas gracias por este grandioso homenaje que tan generosamente se me ofrece aquí esta noche, así como por sus amables palabras de hace unos momentos. Este agradecimiento lo hago extensivo a las otras entidades culturales adheridas al acto, así como a todos los asistentes aquí presentes.

Señores y Señoras:

No puedo referirme como quisiera a las bellas palabras y elogiosos conceptos expresados por el distinguido y elocuente intelectual y escritor, don Manuel de Jesús Goico Castro, pues la emoción que siento me lo impide.

El entusiasta Goico Castro, espíritu elevado y poético, se une a la legión de entusiastas Pedristas que existen en todo el mundo hispánico, en todo nuestro continente, desde la Argentina hasta Norte América.

Hace más de veinte años hice un largo recorrido por Hispano América recogiendo e investigando todo lo posible acerca de don Pedro. En Buenos Aires pasé un mes y conversé con numerosas personalidades que habían conocido de cerca a don Pedro. Contaré de apenas algunos de ellos: Jorge Luis Borges me recibió en la Biblioteca Pública, de la cual era Director en ese momento, y, casi ciego ya, me guió y enseñó todo el recinto mientras hablaba con la más grande admira-

ción del Pedro Henríquez Ureña que él conoció y quien le había guiado y estimulado en sus años jóvenes.

El distinguido novelista Eduardo Mallea me dijo, al yo telefonarle, que él no sabía qué podría decirme de Pedro Henríquez Ureña pero me recibió en su casa y pasó dos horas hablándome de él en los términos más elogiosos y con la más profunda admiración.

Don Guillermo de Torre, eminente español, desde muchos años residente en la Argentina, y respetado escritor también, se expresó con elocuente admiración por don Pedro.

El famoso filósofo argentino, Francisco Romero, amigo fraternal de don Pedro, y quien compartía con él su preocupación por el destino de nuestra América, la América hispana.

Doña Victoria Ocampo, que recientemente falleció, y quien fue una institución en las letras y en el pensar de su país, mujer cultísima y dedicada a las letras, me recibió en su acogedor despacho y casa editorial de su revista *Sur*.

Pasé semanas en Santiago de Chile y Lima, ciudades donde don Pedro enseñaba de cuando en cuando y donde tenía muchos admiradores y amigos.

Llegué a Ciudad de México, la ciudad en que vivió y brilló Pedro Henríquez Ureña en su primera juventud, la ciudad donde él creó un ambiente de cultura entre la juventud inquieta del momento, y donde años más tarde, en su segunda etapa mexicana, enseñó y guió otra generación de jóvenes con ansia de saber. Allí conocí a varios de sus contemporáneos y muchos de sus antiguos discípulos.

Don Alfonso Reyes, su fraternal amigo desde que don Pedro llegó a México en 1906, me recibió en su pintoresca residencia llena de libros, donde presidían él y su amable compañera, doña Manuelita. Don Alfonso lloró de emoción hablando de don Pedro, su Pedro. Esos dos grandes hombres de letras, dedicados americanistas, humanistas y pensadores, fueron amigos fraternales por cuarenta años, hasta la muerte de don Pedro.

Otro amigo íntimo de don Pedro, el argentino Ezequiel Martínez Estrada, a quien conocí en Ciudad de México, también lloró al hablar de don Pedro, cuando le visité en su hotel.

Podría extenderme hasta el infinito mencionando amigos y personas prominentes que conocieron y admiraban a don Pedro, y tal vez lo haré uno de estos días con más calma, pero ese conjunto de impresiones solamente confirma la innegable universalidad de nuestro ilustre dominicano, Pedro Henríquez Ureña.

UNA CONFERENCIA DE
JUAN JACOBO DE LARA

CONFERENCIA SOBRE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Señor Rector,
Señores Catedráticos,
Damas y caballeros:

Hace unos veinte años, cuando yo hacía mis estudios para el doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Columbia, en New York, tomé el primero de varios cursos en Literatura de Hispano América; y el catedrático habló y habló, muy elogiosa e impresionantemente, de Pedro Henríquez Ureña, como el más importante y eminente ensayista crítico de la literatura hispanoamericana.

La elocuencia y entusiasmo del catedrático me cautivaron, y el hecho de que hablaba de un compatriota mío, me indujo a escribir mi trabajo para su curso sobre Pedro Henríquez Ureña, *Ensayista Crítico*.

Así descubrí la figura literaria de quien ya era una importante personalidad en las letras y en el pensamiento hispánicos.

Mi interés por don Pedro continuó y creció, y al fin decidí escribir mi disertación doctoral sobre él, pero en forma panorámica a fin de incluir todos los aspectos de su vida y de su obra. El resultado fue un trabajo de orientación sobre el sujeto, titulado "Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra" que ahora, años después, sale a la luz pública en esta prestigiosa casa de estudios que lleva su nombre, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

¿Cómo surgió y cómo se formó Pedro Henríquez Ureña? Surgió de un hogar de intelectuales y maestros, y se formó por medio de una vida de estudio y de esfuerzo.

Tanto de su padre, distinguido profesional y hombre de letras, como de su madre, poetisa y educadora, heredaron Pedro y sus hermanos su talento y su afán de saber.

De su madre heredó Pedro el amor a la poesía, y de su padre heredó el espíritu científico. De ambos heredó su devoción al magisterio y a las letras. Ambos fueron sus primeros maestros.

Su madre, la insigne Salomé Ureña de Henríquez, reconoció en Pedro cuando él era todavía un niño, lo que iba a ser, y lo vaticinó con increíble acierto.

*Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.*

*Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.*

Durante sus años adolescentes en Santo Domingo, antes de irse al extranjero, Pedro formó parte integrante de un grupo juvenil literario que se reunía diariamente y leía y comentaba obras clásicas y literatura contemporánea. Entonces tenía Pedro para el estudio todas sus horas. Luego, enfrentado con la lucha de la vida en tierras lejanas, sólo tendría para el estudio algunas horas. Ya escribía crónicas, crítica literaria y teatral, y poesías.

A los diez y seis años, graduado de bachiller, partió para Nueva York; comenzaba su larga carrera de esfuerzos y triunfos en el extranjero, pero ya tenía cierta reputación literaria entre la juventud dominicana.

Los años formativos de Pedro en su patria habían terminado, e iba a vivir en el extranjero el resto de su vida. Aunque siempre fue un buen dominicano, lo fue desde lejos.

Durante los tres años de esfuerzo y estudio que pasó Pedro entonces en Nueva York escribió algunas de sus mejores poesías y también escribió prosa. Todavía predominaba en él el

poeta, pues no fue hasta el año 1904, al trasladarse a La Habana, cuando comenzó a imponerse en él el prosista.

En La Habana apareció su primer libro, *Ensayos Críticos*, en 1905.

Así encontramos a Pedro, a los veinte y un años de edad, un escritor de alguna reputación, autor de un libro, ensayista y crítico, colaborador de revistas y periódicos, y también poeta.

Leyendo hoy los ensayos críticos de ese primer libro nos asombra la penetración de sus juicios sobre temas entonces nuevos o desconocidos en nuestra América.

En La Habana, sin embargo, le faltaba a Pedro una orientación determinada y decidió irse a Méjico.

Pedro se impuso en Méjico en seguida dentro de un grupo literario de jóvenes, y pronto llegó a ser el Sócrates de esa juventud intelectual y estudiosa con sed de cultura.

Como ha dicho su hermano Max, "la personalidad de Pedro se singularizaba por su temperamento de Maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, Maestro."

En esos primeros años en Méjico la producción literaria de Pedro fue cuantiosa y aparecía en periódicos y revistas de Méjico, Cuba y Santo Domingo, pero escribió ya muy pocas poesías. Al abandonar la poesía, sin embargo, había asegurado ya una posición sólida como escritor.

En 1910 apareció su segundo libro, *Horas de Estudio*, que tuvo tan buena acogida como había tenido el primero. Tanto en la América española como en España, y hasta en París recibió el libro merecidos elogios.

La fama de Pedro Henríquez Ureña como escritor joven, de talento y buen gusto, se había, pues, establecido en el mundo hispánico literario.

Hacia 1914, la situación política del país le obligó a salir de Méjico y se fue otra vez a La Habana, desde donde siguió, a fines de ese año, hacia Washington, como corresponsal del Heraldo de Cuba.

En los años jóvenes de Pedro como escritor hubo dos elementos que son de vital importancia en la formación de un prosista: la poesía y el reportaje periodístico.

Pedro comenzó como poeta y aunque pronto dejó de escribir poesías, siempre tuvo un alma de poeta y siempre amó la poesía, a tal punto que mucho de su obra escrita es sobre versificación. La filología fue una de sus disciplinas favoritas.

Su reportaje periodístico, que ocupó siempre la mayor parte de sus escritos, aunque en realidad era ensayística, se sometía al estilo breve y conciso y claro que demanda el limitado espacio que permite un periódico o una revista. Aunque escribió tanto para periódicos y revistas, no fue un periodista sino un ensayista.

El ensayo fue el medio de expresión literaria y artística en que Pedro Henríquez Ureña presentó sus temas críticos, temas literarios y temas históricos.

Consideremos primero al ensayista crítico. En 1904 formuló juicios críticos sobre Rodó que hoy se le aplican al propio don Pedro. Dijo entonces que Rodó era el ensayista más brillante de la lengua castellana, y eso se ha dicho muchas veces de don Pedro posteriormente. Parece como si hubiera adoptado como norma propia, y con su superior maestría hubiera perfeccionado, el estilo literario de Rodó. Con marcada intención dio a su primer libro el título de *Ensayos Críticos*, porque decía que él no era un crítico sino un Ensayista crítico, que su género literario no era la crítica sino el ensayo.

Una cualidad que no se encuentra en el ensayo de Henríquez Ureña es la subjetividad. Siempre fue objetivo y mantuvo su criterio intelectual desapasionado. En un ensayo corto, pero magistralmente escrito, aprisiona él con claridad y precisión, lo que otros sólo pueden expresar en uno o dos volúmenes sin decirnos más ni decirnoslo mejor. Lo que don Pedro publicó fue siempre el resultado de sus detenidas reflexiones o de sus cuidadosas investigaciones.

La prosa perfecta de su plenitud, la logró por medio de su constante disciplina en el estudio y en su propia forma de expresión. Si de joven fue poeta y escribió algunas veces lo que podríamos llamar prosa poética, en su madurez su estilo fue siempre sobrio, objetivo y conciso. ¿Qué influencias pudieron determinar este cambio en su estilo? Para contestar esta pregunta se podría teorizar, pero no será posible encontrar la respuesta acertada. No sería tampoco posible llegar a conocer

a tondo, a comprender, al verdadero Pedro Henríquez Ureña. Se escondía detrás de su cortesía, de su sonrisa benévola y prevenida con que siempre asentía sin ceder ni realmente asentir.

Esa personalidad de Pedro Henríquez Ureña junto con el hecho de que él daba su tiempo y su saber generosamente, hizo que todo el que lo conoció le recuerde con una admiración que raya en veneración. Tanto en Méjico como en la Argentina surge en el recuerdo, la figura de un hombre grandioso, dentro de la más profunda sencillez. Es una inspiración el estudiar la vida y la obra de un hombre tan ejemplar, tan íntegro, tan fundamentalmente culto y caballero! Un hombre de una moralidad y dignidad intachables, y de una intelectualidad cabal, innata, y absolutamente propia.

Hay que considerar a Pedro Henríquez Ureña en sus diferentes aspectos separadamente: su aspecto como escritor, su aspecto como maestro, su aspecto como orientador, y su aspecto como humanista.

Su cuantiosa obra escrita lo establece como escritor, y la calidad de su obra escrita lo consagra como buen escritor.

Su espíritu socrático se manifestó en él desde la infancia. Enseñar fue la motivación más poderosa de su vida; enseñar y orientar.

Se le ha llamado el continuador de los grandes pensadores de Hispano América, de aquéllos que forjaron el pensamiento hispanoamericano durante el siglo 19: Bolívar, Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí. Y de aquéllos que fueron la transición entre los dos siglos: Darío y Rodó.

En sus famosos mensajes se dirige Henríquez Ureña a la juventud de América. En "El descontento y la Promesa" se refiere al descontento de la generación joven contra la obra de sus mayores, y la promesa que se hacen de lograr algo mejor. Es una síntesis panorámica del pasado de hispanoamérica en sus luchas, buscando su propia expresión.

En "La Utopía de América" él mira hacia el futuro, a ese futuro utópico que nos forjamos en nuestros esfuerzos por lograr esa expresión propia y genuina de nuestra América. Ese mensaje va seguido de su corolario, "Patria de la Justicia", en que predica el ideal de justicia junto al ideal de cultura, y que

para lograrlo hay que trabajar, con fe, con esperanza, todos los días.

En uno de sus mensajes nos habla de "La América española y su originalidad" y en otro de los "Caminos de Nuestra Historia Literaria". Ambos son mensajes orientadores, como lo fueron tantos de sus escritos, para alumbrar el camino de las generaciones jóvenes por la senda hacia una magna patria americana justa y libre.

Ensayo tras ensayo, Henríquez Ureña insiste en el mismo tema, nuestra América: buscar en su pasado las corrientes espirituales que definan su presente, y buscar en nuestra expresión propia las fuerzas luchadoras que determinen el porvenir.

En sus últimos años, en su plenitud como historiador y como orientador de nuestra América llegó don Pedro a su tesis fundamental: la busca de nuestra expresión en el estudio de nuestra historia, seguir las corrientes culturales, sobre todo literarias, en Hispanoamérica.

El americanismo orientador de don Pedro llegó a su plenitud en la Argentina, y se manifiesta en sus mensajes a la conciencia intelectual de América. Lanza su acto de fe: "Nuestra América debe afirmar la fe en su destino en el porvenir de la civilización".

En 1928 publica don Pedro su libro *Seis Ensayos en busca de Nuestra Expresión*", cuyo tema es que nuestra América busca su propia, genuina expresión entre el concierto de naciones. Su mensaje va en busca de aquéllos que se preocupan por el problema espiritual de nuestra América, aquéllos que padecen el ansia de nuestra expresión pura y plena.

Así orientó don Pedro en sus mensajes, continuando y ampliando la obra de Rodó. En su ensayo de 1905 dijo que a definir el ideal de Hispanoamérica tendía Rodó, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual. Fue como si eso mismo se fijara en la mente del joven Pedro, pues a definir el ideal de Hispanoamérica tendió siempre él, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual de América.

Su preocupación más honda fue el tema fundamental del espíritu de nuestra América. El tema americano es el que sobresale en toda su obra.

A fin de llegar a comprender la contribución de América a la cultura occidental, Henríquez Ureña siempre volvía al tema de nuestra identidad propia, nuestra genuina expresión americana dentro de esa cultura occidental.

Como historiador de Hispanoamérica, Pedro Henríquez Ureña estudió la historia literaria de España como base fundamental de la nuestra, y se remontó a la cultura griega como raíz fundamental de todas las civilizaciones posteriores en occidente. Temprano en sus escritos dijo que el pueblo griego introdujo en el mundo la inquietud del progreso; que descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es, y socialmente vivir mejor de como vive; que no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección; que juzga y compara; que busca y experimenta sin tregua; que no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Mira hacia atrás y crea la historia. Mira al futuro y crea las utopías, las cuales, no lo olvidemos, pedían su realización al esfuerzo humano.

Los movimientos de cultura fueron los que fundamentalmente le interesó. Tantos le han llamado un Humanista y, como tal, estudió la cultura universal, y sobre todo la española como base de la nuestra en Hispanoamérica. De modo que él fue en primer lugar un Hispanista, fundamentalmente un Americanista, y por último, un Humanista, un Humanista Americano.

Queremos aquí repetir las palabras de Francisco Romero, el humanista argentino: "El americanismo de Henríquez Ureña se fundía con su humanismo, sin mengua de su universalidad".

Fue, pues, un humanista, y también fue un Apóstol, un apóstol de nuestros tiempos.

Pedro Henríquez Ureña estudió el pasado y observó el presente. Al mirar hacia el futuro creó su utopía de América, utopía a la manera griega, utopía de una América mejor, utopía de la magna patria. En su mensaje predicó su fe en el destino de nuestra América y predicó la necesidad de una comunión espiritual de las naciones y de los hombres que las componen.

Predicó la necesidad de trabajar, con fe, con esperanza, todos los días. Trabajar por el ideal de la magna patria, de Nuestra América, dijo él, es el deber y el privilegio de todo buen hispanoamericano.

Cada día hay más conciencia de lo importante que es la unidad de nuestro continente. En su profundo americanismo Pedro Henríquez Ureña predicó esa unión de los pueblos de Hispanoamérica. Lo predicó siempre, con su obra y con su ejemplo, y dejó muchos continuadores que han seguido sus prédicas.

Este dominicano de nacimiento, y buen americano en el más amplio sentido de la palabra, ejerció su americanismo a todo lo largo de su vida.

Sus tantos viajes y su vasta cultura contribuyeron grandemente a la universalidad de Pedro Henríquez Ureña. Su gran patriotismo rebasó, desde muy temprano, las fronteras de su patria. México y la Argentina lo reclamaron como suyo, pero él fue un americanista consumado. Somos de ascendencia española, decía, pero sobre todo somos indígenas, es decir, americanos. Y como americanos, él consideró que debíamos formar, todas las naciones de habla española en América, una magna patria. Su tema principal fue el de orientar hacia esa identidad propia y universal de Hispanoamérica.

Don Pedro nunca cambió su ciudadanía. Murió dominicano. El americanismo y el universalismo tan profundos que sentía no empañaron el entrañable amor que sintió siempre por su país natal, por su patria dominicana.

Se le llama ciudadano de América y América fue su gran preocupación, pero siempre llevó en el corazón la patria que le vio nacer. Sus numerosos trabajos sobre Santo Domingo, que se extienden a todo lo largo de su carrera, así lo atestiguan.

Don Pedro fue un hombre cultísimo. Fue un hombre sabio. Fue un hombre bueno.

El magisterio fue el principal vehículo de su expresión. Su cátedra y su pluma fueron los instrumentos de ese magisterio, el cual nunca dejó de ejercer y que animaba todas sus acciones.

Tal vez una de las más convincentes indicaciones de su valer es al extremo que han persistido y florecido los principios y objetivos que él valorizó y acentuó. Su excelencia fue de un tipo quieto y penetrante; ni sorprendía ni deslumbraba, pero gradualmente, con el tiempo, transformó y sigue transformando el modo de pensar de Hispanoamérica. El nos confrontó con nosotros mismos: nada más valioso. Esa fue,

esencialmente, la contribución de Pedro Henríquez Ureña a su época.

¿Por qué viajó tanto don Pedro? ¿Por qué vivió en tantos países diferentes a lo largo de su vida? ¿Por qué abarcó su carrera tantos géneros literarios y académicos?

El siempre buscaba un ambiente espiritual e intelectual mejor. Buscaba su propio mejoramiento espiritual y material, pero no lo encontró ni en su patria, ni en Méjico, ni en Cuba, ni en los Estados Unidos. Solamente en la Argentina encontró el mejor de los ambientes, que no fue perfecto, pero sí el más propicio para sus aspiraciones y para sus afanes.

En su tanto viajar y cambiar de ambientes, don Pedro iba cambiando también, modulando su actitud y sus ideas a medida que seguía en su ruta de misionero intelectual, por las Américas.

El espíritu y el estilo poéticos de su juventud fueron desapareciendo de sus escritos; y el espíritu científico se impuso por medio de la Filología, la cual influyó su estilo. Ese estilo que llegó a ser tan compacto, preciso y claro. Ese estilo en que podían aparecer residuos poéticos pero en el cual se imponía una prosa en que ni sobraba ni faltaba nada.

De igual manera fueron moldeándose sus aspiraciones, sus propósitos, sus convicciones, culminando en los escritos de su época argentina, de su plenitud, en sus mensajes a la juventud de América, esa juventud que se inspiraba en él.

La mejor lección que nos dejó Pedro Henríquez Ureña fue su ejemplo. Su ejemplo tanto como su obra le hace inmortal.

Por lo que hizo y por lo que fue, se venera hoy en Hispanoamérica a Pedro Henríquez Ureña.

CONTENIDO

TRES ENSAYOS DE JUAN JACOBO DE LARA

- I. El problema de la cultura en la América Latina
1944-1947
- II. El problema de la cultura en la América Latina
1948-1950

ENCUENTRO DE LA CULTURA EN LA AMÉRICA LATINA

ENCUENTRO DE LA CULTURA EN LA AMÉRICA LATINA

El problema de la cultura en la América Latina es un problema que ha sido tratado en forma diversa por los autores que se citan en el presente libro. En el primer ensayo se trata de la cultura en la América Latina desde el punto de vista de la historia y de la filosofía. En el segundo ensayo se trata de la cultura en la América Latina desde el punto de vista de la sociología y de la psicología. En el tercer ensayo se trata de la cultura en la América Latina desde el punto de vista de la literatura y de la arte.

El presente libro es el resultado de una investigación que se realizó en el Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad de Chile, durante el año 1950.

BOSQUEJOS HISTORICOS*

CONTENIDO

- I. Bosquejo Histórico del Santo Domingo Colonial como Clave del Santo Domingo de hoy.
- II. Los Primeros Treinta Años de la República Dominicana (1844-1874).
- III. De la Muerte de Heureaux hasta la Ocupación Americana.

BOSQUEJO HISTORICO DEL SANTO DOMINGO COLONIAL COMO CLAVE DEL SANTO DOMINGO DE HOY

Si el pasado es la clave del presente, un breve bosquejo histórico del Santo Domingo colonial nos ayudará a comprender mejor la cultura y los conflictos de la República Dominicana como resultado de los acontecimientos, las tradiciones y la política que durante los trescientos años de dominación española moldearon el pueblo dominicano. Un pueblo que ni la Noche Negra de la ocupación haitiana pudo después cambiar. Una ojeada al pasado nos ayudará también a comprender el hecho de que dos naciones tan opuestas como Haití y la República Dominicana ocupen la isla de Santo Domingo.

*Aparecieron en *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, Año XLIII. No. 131, 175.

La historia nos revela la continua tensión y rivalidad que ha existido entre haitianos y dominicanos desde sus tempranos días coloniales; nos revela que tal grado de contraste y rivalidad no son precisamente de íntole racial, sino un conflicto fundamentalmente político y cultural.

Aquí dos estados independientes están encerrados dentro de los confines de una sola isla. En el Oeste está Haití, negro de raza, negro en su manera de vida, a pesar de una tradición francesa superficial y a pesar del uso del francés; en el Este está la República Dominicana, principalmente de mulatos, pero esencialmente hispana en su manera de vida.¹

La isla de Santo Domingo, que Colón llamó La Española, fue la primera colonia de España en el nuevo mundo y como tal prosperó. En el momento del Descubrimiento, la isla estaba muy poblada, pero debido al duro trato de los europeos y a las enfermedades que estos introdujeron entre los nativos, la población indígena se mermó rápidamente.

Hasta que llega un día, en 1510, en que un frailecito dominico, el Padre Montesinos, en su convento de la ciudad de Santo Domingo, cabecera de la colonia, alza su voz celosa en defensa de los indios, denunciando los excesos de los conquistadores.

Por el mismo tiempo Fray Bartolomé de Las Casas, inspirado en el mismo celo, lleva sus quejas hasta el propio monarca.

Ni una ni otra (protesta) consiguieron salvar de su destrucción a los indios (de la Española).²

1. James, Preston E., *Latin America*, New York, The Odyssey Press, 1942, p. 758.

2. Galíndez, Jesús de, *La Aportación Vasca al Derecho Internacional*, Buenos Aires, Editorial Vasca Ekin, 1942, p. 73.

Pero estos primeros defensores de los indios inspiraron más tarde a otro apóstol de la causa.

El sobresaliente genio de la época, Francisco de Vitoria, cuyas cátedras inmortales, conocidas como **De Indis** y que él enseñó en 1532, establecieron el derecho de los indios a sus territorios y sus leyes.³

Fue el Padre Vitoria quien en sus cátedras

*defendió el derecho a la libertad de todos los pueblos, grandes y pequeños, creyentes o infieles; que afirmó la igualdad de todos ellos; y sentó el principio de la solidaridad universal.*⁴

Como ha dicho Jesús de Galíndez, la protesta del Padre Montesinos "pareció perderse en el cielo azul del trópico" pero la del Padre Las Casas "trajo los esclavos negros a América."⁵ Desde los primeros años del siglo diez y seis se introdujeron los esclavos negros en el Nuevo Mundo para reemplazar a los indios en el duro trabajo de las minas. Luego, al florecer las plantaciones de azúcar, se aumentó la importación de negros, los cuales muy pronto ocuparon el lugar de los extintos indios en la estructura social de la isla de Santo Domingo. En menos de medio siglo desaparecieron los indios en la historia de la colonia, y con el tiempo los mestizos fueron asimilados, desapareciendo también como grupo étnico.

Su población aborigen no fue lo único que la isla perdió tan rápidamente. Su importancia y supremacía como primera colonia del Nuevo Mundo también desapareció bien pronto. La ciudad capital, Santo Domingo, de Guzmán, fue construida casi como una corte virreinal con magníficos palacios, iglesias y edificios públicos y privados. Muchas de estas imponentes

3. Madariaga, Salvador de, *The Rise of the Spanish American Empire*, New York, The Macmillan Company, 1949, p. 13.

4. Galíndez, Jesús de, *El Derecho Vasco*, Buenos Aires, Editorial Vaska Ekin, 1947, p. 151.

5. Galíndez, *La Aportación Vasca*, p. 73.

estructuras existen hoy, algunas aún en uso y otras como interesantes ruínas históricas. Este esplendor, sin embargo fue de corta duración.

*En unos cuarenta años después de su descubrimiento, Santo Domingo pasa el cenit de su gloria. Méjico y Perú absorben la atención de España y Santo Domingo cayó a una posición de insignificancia política y económica.*⁶

De aquí el que la obra de España en la colonia, sobre todo en su desarrollo cultural, se enmarca en medio siglo de eminencia y gloria y dos siglos y medio de negligencia. Pero durante esos siglos de vida colonial una estructura social interna se iba formando dentro de la isla, y la amalgamación de las razas sigue su curso, aumentándose continuamente la proporción de mulatos debido a que durante esos siglos de aislamiento y pobreza de la colonia los blancos y los negros, en más o menos igual número, "mantienen forzosamente más íntimas relaciones y dependen, ambos grupos, de su ayuda y compañía mutua."⁷ Al correr del tiempo había allí más gente de color "libre" que esclava y, lo que es aún más significativo, la mayoría de unos y de otros era nacida en el país y no traída del Africa. La razón fundamental de esta situación era la política de España en sus colonias.

*Los códigos españoles eran muy humanos para con los esclavos y favorecían la emancipación. Al fin del período colonial más de la mitad de los negros en Latinoamérica eran libres.*⁸

No toda la isla de Santo Domingo era española hacia el fin del período colonial. La parte occidental pasó a ser una colonia

6. Schoenrich, Otto, *Santo Domingo*, New York, The Macmillan Company, 1918, p. 21.

7. Hazard, Samuel, *Santo Domingo, Past and Present*, New York, Harper & Brothers, 1873, p. 103.

8. Rippey, J. Fred, *Historical Evolution of Hispanic America*, New York, F.S. Crofts & Co., 144, p. 110.

francesa que tuvo su origen en la pequeña isla de "La Tortuga"⁹ a principios del siglo diez y siete. Allí se refugiaron muchos aventureros europeos, desertores de las colonias y esclavos fugitivos, de modo que muy pronto su número creció a tal punto que se establecieron en la costa noroeste de Santo Domingo y con el tiempo fueron ocupando más y más territorios en la parte occidental de dicha isla. Allí podían cultivar la tierra y, sobre todo, dedicarse al "bucanerismo y filibusterismo". El ganado de Santo Domingo se tornó contra España.¹⁰ El elemento francés preponderaba entre ellos y estos consiguieron interesar al Rey de Francia hasta el punto de reconocerlos y extenderles su protección. En 1697 cedió España a Francia, bajo el tratado de Rynswick, la parte occidental de la isla, que pasó a ser oficialmente la colonia francesa de Santo Domingo.

Con la organización de la nueva colonia, se trasladaron de Francia, además de las autoridades correspondientes, muchas familias y otras personas que formaron el núcleo colonial francés. La importación de esclavos creció rápidamente.

La colonia francesa inmediatamente entró en una era de prosperidad que pronto la convirtió en el país más rico de las Antillas.¹¹

Su economía descansaba en las grandes plantaciones de modo que era la colonia más próspera y rica para los pocos blancos dueños de todo, pero la más pobre y cruel para los negros esclavos que alcanzaban, al fin del período colonial, un número exorbitante. A continuación se puede ver la diferencia entre las poblaciones de las dos colonias (el Santo Domingo español y el Santo Domingo francés) para entonces, lo cual revela la diferencia fundamental entre las opuestas estructuras sociales ambas.

9. Peña Batlle, Manuel A., *La Isla de La Tortuga*, Madrid, Ediciones Cultural Hispánica, 1951, p. 121.

10. *Ibid.*, p. 122.

11. Schoenrich, *Santo Domingo*, p. 28.

Colonia	Año	Blancos	Negros Libres y Mulatos	Esclavos ¹²
Española	1794	35,000	38,000	30,000
Francesa	1789	30,826	27,548	465,429

A medida que las ideas y fermento de la revolución francesa se filtraban en la colonia occidental, los negros, influenciados por el elemento mulato, se inquietaban. En 1791 se inició su rebelión con la famosa masacre de los blancos. Durante años reinó el terror en Santo Domingo, hasta que al fin, después de haber visto evaporarse la gran armada de Napoleón Bonaparte en su vano intento de recapturar la colonia, quedó firmemente establecida la república negra de Haití.

Si desde sus comienzos las dos colonias habían tenido conflictos fronterizos, se empeoró este problema al ser Haití independiente y tener sus gobernantes la ambición de dominar toda "la isla de Haití sola e indivisible" para el logro de lo cual atacaban e invadían la parte oriental repetidas veces, cometiendo invariablemente grandes atrocidades en sus retiradas. Estas invasiones y sangrientas retiradas de los haitianos fueron preludios del "capítulo negro" por el que pasaron los dominicanos más tarde.

Durante los últimos años del siglo diez y ocho y principios del diez y nueve, hubo cambios políticos en Santo Domingo que fueron el reflejo de los cambios políticos en Europa.

En julio, 1795, España firmó un tratado de paz con Francia y, entre otras concesiones, cedió a esta última la parte oriental de Santo Domingo.¹³

Los habitantes de la colonia resistieron el traspaso a Francia, pero aún no se les ocurría pensar en su independencia. Además, vivían en constante terror a causa de las invasiones haitianas y sentían la necesidad de protección de parte de una potencia europea. Los partidarios de la restauración a España

12. James, *Latin America*, p. 76.

13. Rippy, J. Fred, *Latin America in World Politics*, New York, F.S. Crofts & Co., 138, p. 17.

iniciaron y fomentaron un movimiento revolucionario. En 1809 fueron derrotadas las fuerzas francesas de ocupación en un encuentro con los revolucionarios. Al mando de éstos estaba el General Sánchez Ramírez, de gran fama por su clásica arenga de "pena de la vida al que volviese la cara atrás."¹⁴ Al rendirse los últimos franceses, restauró Sánchez Ramírez la colonia a España, pero a una España demasiado absorbida en sus luchas e intrigas internas y externas para prestar gran atención a Santo Domingo.

A esta nueva época de dominación española se le dio el apropiado nombre de "el período de la España Boba"¹⁵ por lo poco que apreció la madre patria el retorno de la colonia. Aumenta el descontento, aumenta la inquietud por causa de los rumores de invasiones haitianas, aumenta la miseria pública, y aumenta la indiferencia de la Metrópoli.

Las noticias que llegaban acerca de la emancipación sudamericana y el convencimiento que tenía el pueblo de que al lado de España nada tenía ya que esperar la colonia, afirmaron la idea de emancipación.¹⁶

A la cabeza del movimiento separatista figuraba el Licenciado José Núñez de Cáceres, letrado y jurisconsulto, quien declaró la independencia, deportó al Gobernador español, y solicitó el amparo de la Gran Colombia. Bolívar no pudo prestar más atención a Santo Domingo que la que le había prestado España, absorbido como estaba el Libertador en sus propias luchas e intrigas. La prematura independencia resultó efímera. La falta de protección de la Metrópoli expuso a los dominicanos al ataque de los haitianos, y a su vieja ambición de "una e indivisible" isla de Haití.

14. Pichardo, Bernardo, *Resumen de Historia Patria*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Americalee, 147, p. 5.

15. Incháustegui, J. Marino, *Historia de Santo Domingo*, México, Gráfica Panamericana, 152, p. 9.

16. Pichardo, *Resumen de Historia Patria*, p. 63.

*Subsecuentemente, el Presidente Boyer de Haití ocupó la parte oriental de la isla en febrero de 1822 y puso fin a la nueva situación al capturar la ciudad de Santo Domingo. Por veinte y dos años dominaron los haitianos la isla de Santo Domingo y trataron de transformarla en una república negra unificada.*¹⁷

La ocupación haitiana por Boyer fue una larga Noche Negra para los dominicanos, pero como todo pueblo oprimido, mantuvieron latente la esperanza de su eventual liberación. Los abusos y atropellos cometidos por las autoridades haitianas de ocupación, su hostilidad hacia los dominicanos y todo lo dominicano, su oposición al idioma y a las costumbres españolas, todo aumentó el descontento y fomentó las ideas separatistas entre los dominicanos. En 1838 se fundó en Santo Domingo una sociedad revolucionaria secreta llamada La Trinitaria con fines de organizar y llevar a efecto un movimiento independentista. A la cabeza del grupo fundador figuraba Juan Pablo Duarte, un joven aristócrata que acababa de regresar al país después de cursar estudios en Europa y quien, con absoluta abnegación y con gran celo, dedicó su talento, su fortuna, y su vida a la causa de liberación de la patria.

El 27 de febrero de 1844 dieron los trinitarios el grito de independencia en la ciudad de Santo Domingo y proclamaron la República Dominicana. Se unificaron todas las provincias y obtuvieron los dominicanos fáciles victorias, en varias famosas batallas, sobre las fuerzas haitianas. Ese mismo año se inauguró la nueva República, pero Duarte, su fundador, pasó el resto de sus días en el destierro, destino característico de los libertadores hispano-americanos.

Desde su formación, la República Dominicana ha tenido una historia tempestuosa, llena de revoluciones, constituciones, corrupción, y despotismo, pero a través de tanta inestabilidad política y social vive, en el corazón de los dominicanos, el lema sagrado de Duarte: *Dios, Patria y Libertad*. Ha pasado más

17. Robertson, William Spence, *History of the Latin-American Nations*, New York, D. Appleton & Co., 132, p. 578.

de un siglo, pero siempre existe el temor de las posibles "hordas negras" que vuelvan a ocupar y profanar el suelo dominicano. La línea de división entre la República Dominicana y Haití existe de hecho, y como ha dicho Preston James, "esta es la tierra que hoy está ocupada por dos pueblos de fuertes contrastes, cuyas tradiciones, cuyas capacidades, cuyas actitudes básicas son tan diferentes que la frontera política que los divide ha venido a ser una frontera cultural también."¹⁸ Las relaciones futuras de las dos naciones dependen del grado de progreso y bienestar que alcancen y mantengan en el futuro. Ambos países están aumentando su población rápidamente. Hay que convenir en que la distribución de la población en la isla constituye un serio problema social y político.

*La expansión (de los haitianos) hacia el Este está supuesta a detenerse en la arbitraria frontera política que divide ambos países, frontera arbitraria en el sentido de que no está demarcada por ninguna barrera natural. Compelidos a permanecer dentro de su territorio nacional los haitianos pueden alcanzar una densidad de población que llegaría a ser explosiva. La situación no deja de tener peligro.*¹⁹

Mientras tanto los dominicanos siguen esforzándose por ocupar su sitio en el concierto de las naciones, prerrogativas que defendió Francisco de Victoria siglos atrás cuando "defendió el derecho a la libertad de todos los pueblos, grandes y pequeños."²⁰

El pueblo dominicano ha vivido una historia llena de crisis y vicisitudes, pero, a pesar de todo, de sus invasiones y sus revoluciones, el pueblo dominicano es, étnica y culturalmente el producto del amalgamamiento de razas, de los acontecimientos, de las tradiciones, y de la influencia de los tres siglos de dominación colonial española.

18. James, *Latin America*, p. 762.

19. *Ibid.*, p. 775.

20. Galíndez, *El Derecho Vasco*, p. 151.

LOS PRIMEROS TREINTA AÑOS
DE LA REPUBLICA DOMINICANA
(1844-1874)

Al conseguir su independencia, la nueva nación se enfrentó al problema de instaurar un sistema de gobierno que le permitiera lograr una estabilidad social, política y económica. El establecer tal sistema de gobierno, sin embargo, resultó una imposibilidad. Habían dos razones, comunes a la mayoría de las naciones de la América española a raíz de su independencia, que impedían una forma estable de gobierno en la República Dominicana: primero, la falta de experiencias de los criollos en gobernarse durante los siglos del sistema colonial absolutista de España y los años de la dominación haitiana; segundo, las ambiciones de hombres despóticos que, echando a un lado a los hombres honestos y patrióticos, asumían las riendas del poder.

En la República Dominicana, durante los primeros treinta años de independencia, alternaron en el poder dos hombres despóticos: Pedro Santana y Buenaventura Báez. Ambos gestionaron la anexión del país a un poder extranjero con el pretexto de protegerlo de las invasiones haitianas pero en realidad por ganancia personal. La lucha política y la preeminencia de estos dos hombres influyó la historia de la República Dominicana por décadas.

Los veinte y dos años de dominación haitiana acondicionó al pueblo dominicano a una tiranía cruel, y los habían preparado para la tiranía de sus caudillos, que asumieron el poder, desterraron a Juan Pablo Duarte y persiguieron a los verdaderos patriotas.

Los iniciadores de la absoluta independencia de la República, que sólo habían sido responsables en levantar el espíritu nacional de los dominicanos del letargo en que los había sumido los veinte y dos años de sujeción al dominio haitiano, fueron eliminados del escenario político. Indudablemente que la historia de la República hubiera sido bien diferente si durante los primeros años de su vida independiente hubiera sido gobernada por un patriota con los ideales y la pureza de propósitos manifestados por Duarte durante toda su vida.¹

En el momento de su independencia, los dominicanos no tenían experiencia de ninguna clase de gobierno propio. Como todas las colonias españolas, Santo Domingo había sido gobernada durante más de tres siglos por el poder absolutista de la Corona. En todas las colonias, cada aspecto de gobierno se llevaba a efecto en nombre del rey, de modo que cuando la Corona española dejó de ser la cabeza del gobierno había que improvisar alguna clase de gobierno en las nuevas naciones de la América española. La adopción general del sistema republicano dio lugar a una orgía de constituciones. Ilusos idealistas, los gobernantes trataron de crear utopías por medio de la mera promulgación de leyes".² Este idealismo tan poco práctico de los latinoamericanos sin experiencia ha sido responsable con mucho de la inestabilidad política de su historia.

Si la política colonial española había sido absolutista e injusta en Santo Domingo, la dominación haitiana fue despótica y cruel. De modo que no solamente les faltaba a los dominicanos experiencia en gobernarse ellos mismos, sino que se les había extirpado toda iniciativa para lograrlo. Los ideales de libertad y democracia predicados por Duarte y sus compañeros no tuvieron oportunidad de desarrollarse en tan estéril suelo. Después de 1844 los "caudillos" gobernaron.

1. Summer Wells, *Naboth's Vineyard, The Dominican Republic*, New York, Payson & Clarke Ltd., 128, 9. 71.

2. J. Fred Rippy, *Historical Evolution of Hispanic America*, New York, F.S. Crofts, 144, pp. 175-176.

El más fuerte y más agresivo de todos, Pedro Santana, asumió el poder inmediatamente después de desalojar los últimos haitianos del país. Asumió el poder por el simple método de sacar a todos los demás y él fue el primer presidente de la nueva República bajo los términos de la primera Constitución, de fecha 6 de noviembre de 1844. Santana asumió poderes dictatoriales en seguida a fin de suprimir toda oposición.

Santana triunfó sobre todos sus enemigos y completó su término en el poder a pesar de apenas prestarle ninguna atención a los problemas de reconstrucción económica tan urgentes. Su sucesor apenas duró unos meses; entonces Santana dirigió una revolución con éxito y se instaló nuevamente en la presidencia. Esta vez ni se molestó en pretender que obedecía la forma establecida de gobierno constitucional.³

El gobierno bajo Santana no fue muy diferente de lo que había sido bajo los despóticos haitianos, pero nunca habiendo conocido la libertad, los dominicanos aceptaron el cambio, un despotismo nacional en vez de un despotismo extranjero, sin gran diferencia en los métodos de persecución y opresión. Inicialmente, en teoría, fue un gobierno republicano legítimo con un poder judicial, un congreso y una constitución bellamente redactada. Todo eso, sin embargo, no significó gran cosa. Todo el poder estaba en las manos del dictador, Pedro Santana primero y luego otros, de modo que desde el principio una forma democrática de gobierno fue imposible en la República Dominicana. Santana y sus sucesores establecieron el precedente del tipo de gobierno despótico de un dictador, tipo de gobierno que prevaleció durante el siglo XIX en la historia dominicana. Conspiraciones y revoluciones estaban a la orden del día.

3. Austin F. Macdonald, *Latin American Politics and Government*, New York, T.Y. Crowell, 14, p. 573.

Parecería que habían suficientes causas para estos desórdenes políticos: la herencia española de no tener experiencia política, la intolerancia, estafa administrativa, y el caciquismo: las décadas de opresión sofocante bajo la dominación haitiana; la larga lucha por la independencia que desarrolló tantas ambiciones en los jefes militares; y la casi constante amenaza de intervención de los haitianos.⁴

Durante el movimiento de independencia, antes del 1844, Duarte y los otros fundadores de la República Dominicana tenían la visión de un gobierno republicano a lo largo del sistema de libertad y democracia introducido por las revoluciones de los franceses y los americanos a fines del siglo XVIII. Se olvidaron de que la revolución francesa había acabado en Napoleón. Olvidaron también que para que una democracia funcione debe tener una base histórica, y experiencia con la forma representativa de gobierno, como fue el caso con los Estados Unidos. Las colonias norteamericanas se habían gobernado ellas mismas en cuanto a sus asuntos locales; de modo que los habitantes, al obtener su independencia, simplemente continuaron conduciendo sus gobiernos locales y eligieron sus representantes ante el gobierno federal. En la República Dominicana no existía ninguna política nacional; solamente los deseos de Santana. Y en cuanto a una política extranjera, Santana trató desde el principio de interesar a algunas de las potencias extranjeras en patrocinar la República, aún hasta el punto de una anexión:

Después de la independencia surgió inmediatamente una cuestión que llegó a ser uno de los factores más prominentes en la futura historia del país. Aunque había aquéllos que querían ver el país establecido como una república independiente, había muchos otros,

4. Rippy, *Historical Evolution*, p. 216.

*inclusive los elementos más conservadores de la población, que favorecían la anexión a algún poder fuerte. Una cosa que temían era el peligro haitiano.*⁵

Santana envió, en 1845, un convoy especial a los Estados Unidos para establecer relaciones más estrechas con el gobierno americano. En 1846 el gobierno americano envió un agente especial para examinar y observar la isla y reportarle sus impresiones. Entre otros comentarios que ese agente especial hizo a Washington en cuanto a la política y al gobierno de la República Dominicana él dijo que en su opinión la Constitución era como si nunca se hubiera adoptado; hizo mención del artículo 210 que daba el Presidente autoridad para hacer lo que él quisiese, y habla de "sabidos casos cuando los más escandalosos abusos de poder se habían cometido en ocasiones en que no eran para nada necesarios".⁶

Siguiendo su "política extranjera" de buscar reconocimiento y aceptación por parte de las potencias extranjeras Santana envió sus delegados diplomáticos a las cortes de Europa al mismo tiempo que a los Estados Unidos. "El 21 de enero de 1849 el ansiado reconocimiento fue extendido oficialmente a la República Dominicana por los gobiernos de Francia e Inglaterra".⁷ Las potencias europeas, sin embargo, no parecían estar interesadas en las proposiciones de Santana; ellos parecían determinados a impedir que los Estados Unidos intervinieran en los asuntos dominicanos.

En 1849 Santana eligió a uno de sus ministros, Buenaventura Báez, como su sucesor a la presidencia. "Báez comenzó su primer período como presidente de la República Dominicana el 24 de diciembre de 1849".⁸

5. Charles Edward Chapman, *Republican Hispanic America*, New York, The Macmillan Company, 137, p. 204.

6. Charles Callan Tansill, *The United States and Santo Domingo, 1798-1893. A Chapter in Caribbean Diplomacy*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1938, p. 128.

7. Wells, *Naboth's Vineyard*, p. 91.

8. Otto Schoenrich, *Santo Domingo. A Country With A Future*, New York, The Macmillan Company, 118, p. 4.

Báez, que iba a figurar prominentemente en la historia de su país durante los siguientes treinta años era el antítesis de Santana en modales y en educación. Su padre le había enviado a Europa a estudiar y él volvió uno de los más pulidos y educados dominicanos de su tiempo. Durante el gobierno haitiano él fue miembro del congreso haitiano de ocupación y también de sus asambleas constitucionales. Después de la declaración de independencia él fue miembro de la primera asamblea constitucional y presidente del primer congreso. Hasta que vino a ocupar la presidencia Báez; era un amigo íntimo de Santana.⁹

Mientras que Santana era un tipo pintoresco, producto enteramente local, poderoso en su provincia debido a sus grandes propiedades y su gran habilidad para mandar el ejército, Báez, en cambio, era un ciudadano del mundo. En su trabajo sobre la historia de la República Dominicana, *Naboth's Vineyard*, Summer Wells dijo lo siguiente acerca de Buenaventura Báez.

Mejor preparado por su habilidad natural y por su educación en Europa que la mayoría de sus compatriotas, y favorecido por sus misiones diplomáticas, pudo juzgar mejor que sus predecesores en la presidencia la actitud de las potencias europeas hacia su país. Todas sus ventajas quedaban anuladas ante su tremenda avaricia, la cual no le permitía interesarse por el bienestar de su país ni entonces ni nunca. Sin embargo, por casi treinta y cinco años de la historia de su nación, por medio de las desmesuradas ambiciones que engendró en otros, y de las intrigas, que eran su especialidad, logró mantenerse siempre como la más poderosa y la más perniciosa influencia en la República Dominicana.¹⁰

9. *Ibid*, p. 4.

10. Wells, *Naboth's Vineyard*, p. 96.

Tal fue el hombre que Santana escogió como su sucesor para la presidencia. Báez asumió muy pronto poderes dictatoriales y comenzó una rivalidad entre él y Santana. Ambos hombres eran tenaces. Ambos tenían poderosos adherentes. Por muchos años, entre revolucionarios y exiliados, uno y otro gobernó el país. Mientras vivieron ningún otro hombre pudo llegar al poder y cuando uno de los dos estaba en el poder el otro pensaba suplantarlo.

No eran solamente Santana o Báez quienes querían la protección de un poder extranjero; muchos de sus adláteres, y muchos de sus enemigos también, llegaron a pensar que esa era la mejor de las alternativas.

Por el momento, toda idea de mantener la independencia del país parece haber sido abandonada por los principales hombres del país. Las doctrinas de los liberales eran descartadas. La predilección de Báez por Francia era aparente, mientras que Santana hacía esfuerzos por obtener la protección de España, según se venía rumorando.¹¹

Respectivamente uno y otro se dirigió a los gobiernos de dichos países por medio de agentes personales o de vías diplomáticas promoviendo tratados hacia intervención parcial o total del país. La amenaza haitiana les ofrecía una buena excusa o pretexto para sus negociaciones. Antes y durante enero de 1850 había Báez estado haciéndole insinuaciones al gobierno americano a este respecto.

El emperador haitiano, Faustino, estaba haciendo horribles amenazas contra la República Dominicana... por lo cual el gobierno dominicano el 22 de febrero de 1850, dirigió notas idénticas a los representantes de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, solicitando una intervención y mediación en común. Así vino el asunto a tomar un carácter internacional, y

11. *Ibid.*, p. 92.

*durante los dos años subsiguientes estos tres poderes ejercieron presión sobre el Emperador de Haití en favor de una política conciliatoria hacia la República Dominicana.*¹²

*Así comenzó un período de paz que permitió al país un poco de sosiego. Al concluirse los cuatro años del período de Báez fue electo presidente Santana otra vez y asumió el poder el 15 de febrero de 1853. Fue una de las ocasiones, tan raras en la historia dominicana, en que un presidente sirvió su término y personalmente entregó el poder a su sucesor. Por varios años Santana venía sintiendo celos ante la extensión de la influencia de Báez y furia ante el espíritu independiente desplegado por su antiguo protegido... y ordenó su destierro. Báez huyó del país... y el rompimiento entre los dos hombres fuertes fue completo. Santana también rompió con el congreso y desterró o fusiló a sus principales adversarios.*¹³

El intensificado despotismo de Santana causó tal insatisfacción que los amigos de Báez tuvieron la oportunidad de conspirar a su favor. Hacia 1856 estaba Báez de nuevo en la presidencia y Santana en el exilio. Otro movimiento revolucionario siguió muy pronto. La revolución se extendió y al fin Báez tenía solamente la ciudad de Santo Domingo.

*Los revolucionarios comenzaron el sitio de la ciudad de Santo Domingo hacia el fin de julio de 1857 y luego Santana llegó y asumió el mando de las operaciones militares. Báez se resistió por once meses, y cuando la ciudad llegó al punto de inanición él al fin cedió a los ruegos de los cónsules extranjeros y capituló el 12 de junio de 1858. Tan pronto como Báez se embarcó para Curazao el General Santana marchó dentro de la ciudad con su ejército victorioso.*¹⁴

12. Tansill, *The United States and Santo Domingo*, p. 136.

13. Schoenrich, *Santo Domingo*, p. 51.

14. *Ibid.*, pp. 53-54.

Santana, desde luego, fue electo presidente, y aplastó cualquier atentado de revolución fusilando los líderes. Entonces, él se dedicó a procurar la anexión a España. Como su antagonista Báez, Santana estaba ansioso por vender su país a quien le pagara mejor, para su ventaja personal, mientras pretendía que solamente le preocupaba el bienestar del país y por eso buscaba intervención extranjera. "Santana tuvo mucho cuidado de atraerse los jefes militares locales hacia sus ideas. En 1860 se dirigió personalmente a la reina de España y le propuso una unión más estrecha".¹⁵

Miedo a la influencia americana, y tal vez miedo de una ocupación americana, fue una razón poderosa para que el gobierno español decidiera volver a ocupar su antigua colonia. Los Estados Unidos parecían preocuparse más y más por el Caribe porque era la ruta de comunicación entre su costa del Pacífico y su costa del Atlántico, y España aún tenía sus últimas dos colonias, Cuba y Puerto Rico, en el Caribe. En 1861 Santana consiguió llegar a un acuerdo con el gobierno español, y la República Dominicana vino a ser una dependencia española una vez más, pero sólo para caer en años de lucha antes de que los dominicanos lograran su libertad nuevamente.

El gobierno americano estaba debidamente inquieto con respecto a la intervención en Santo Domingo, pero en ese momento se desencadenó la guerra civil en la República del Norte impidiendo ninguna intervención en esa situación.

*La guerra civil de los Estados Unidos, de 1861 a 1865, presentó la oportunidad a las potencias navales de Europa que nunca habían reconocido la Doctrina de Monroe, y que la violarían cada vez que les conviniera. Fueron España y Francia, en Santo Domingo y en México, quienes se aprovecharon de la nueva oportunidad de establecer protectorados o colonias en países con gobiernos republicanos en ruinas en el Nuevo Mundo.*¹⁶

15. *Ibid.*, p. 56.

16. Samuel Flagg Bemis, *The Latin America Policy of the United States*, New York, Harcourt, Brace & Co., 1943, p. 108.

La Doctrina de Monroe de los Estados Unidos era un aviso a las naciones de Europa de no intervenir en los asuntos de las Américas. Manteniendo una vigilancia sobre las repúblicas de Latino América, la nación del norte asumía el papel de un protector grande y poderoso. Si algún poder iba a intervenir en Latino América, particularmente en el Caribe, que fueran los Estados Unidos. Esta política había dado resultado hasta el momento de la Guerra Civil. Logrando mantener alejadas las potencias europeas, fuera con diplomacia o por medio de amenazas, los Estados Unidos habían conseguido quitarle a México, su débil vecino, medio continente. Así logró extender sus fronteras de océano a océano y su influencia de polo a polo.

Tan pronto como la Guerra Civil comenzó, un ejército francés invadió a México y la reina Isabel II de España proclamó la reanexión de Santo Domingo.

El gobierno de Isabel II había coqueteado por mucho tiempo con los monárquicos de México. Originalmente esa intervención tuvo una sanción tripartita —Francia, Gran Bretaña, España— bajo el pretexto de asegurar el cumplimiento de justas reclamaciones por daños causados a sus nacionales en México. La fuerza británica se retiró tan pronto como se dieron cuenta de los verdaderos designios de los franceses. Muy pronto se vio España enteramente ocupada con Santo Domingo; y también retiró sus fuerzas de la peligrosa empresa mejicana.¹⁷

El Emperador de Francia, Napoleón III, puso un emperador de linaje europeo en el trono de los aztecas: el Archiduque Maximiliano de Austria. Los mexicanos se alzaron contra los invasores, y bajo el mando de su indomable Benito Juárez nunca cesaron de luchar por su libertad. Al terminar la Guerra Civil, el gobierno americano ejerció presión sobre Napoleón III y las tropas francesas salieron de México, dejando a Maximiliano solo hasta confrontar su trágico fin.

17. *Ibid.*, pp. 110-111.

En Santo Domingo, una inmediata rebelión de la población contra el régimen español desmintió la pretensión de la Corona de España y de Santana y su grupo de que la ocupación había tenido lugar en respuesta a la petición de los dominicanos.

Aunque España había situado 25,000 soldados en la isla hacia 1864, no pudo vencer la resistencia de los nativos, ayudados por los estragos de la fiebre amarilla, ese leal aliado de la independencia del Caribe. Después de sufrir tremendas pérdidas de vidas y de fondos el gobierno español se vio obligado a retirarse, lo cual llevó a efecto en mayo de 1865.¹⁸

El fin de la Guerra Civil en los Estados Unidos coincidió con el fin de la reanexión de Santo Domingo por las fuerzas de la corona española.

La victoria del gobierno de Washington al fin de la Guerra Civil fue el triunfo de la Doctrina de Monroe. La Doctrina se hizo sentir hasta el Perú.

En la primavera de 1864 una fuerza naval española ocupó las islas guaneras del Perú, las Chinchas, como represalia por un ataque brutal a unos españoles que trabajaban en su plantación en el interior del país. El Comandante Naval, que también tenía el título de Comisionado, anunció que España nunca había reconocido la independencia del Perú y por lo tanto podía recuperar sus derechos en las islas —presumiblemente en todo Perú.¹⁹

Los Estados Unidos protestaron dicha ocupación por medio del Ministro americano en Madrid, declarando al gobierno español que no podían ver con indiferencia un atentado de reducir el Perú por medio de conquista, y el reanexarse sus territorios.

18. *Ibid.*, p. 108.

19. *Ibid.*, pp. 112-113.

Ese era el lenguaje de la Doctrina Monroe, directa y claramente. El Primer Ministro español inmediatamente aseguró al Ministro americano que la Doctrina de Monroe no tendría que apelarse por ningún proceder de España con el Perú. En 1865 España dejó las islas. Evidentemente lo que se aplicó al Perú se aplicaba, en principio, también a Santo Domingo: y sin duda tuvo su efecto influenciando a España para retirarse de su fracaso en la isla.²⁰

Después de la Guerra Civil en los Estados Unidos ningún poder europeo se atravió a intervenir en la política dictada por la Doctrina de Monroe. Los Estados Unidos estaban nuevamente en posición de mantener su supremacía, de ejercer su poderosa influencia, y de extender su actitud proteccionista sobre todas las naciones del Hemisferio occidental.

Al comenzar la ocupación española en Santo Domingo el General Santana fue nombrado Gobernador General de la colonia. Muy pronto, sin embargo tuvo choques o conflictos con los españoles en comando.

La fricción resultó en la renuncia de Santana el 7 de enero de 1862. El, evidentemente esperaba que la reina le pediría que reconsiderara y que le daría carta blanca en asuntos dominicanos, pero su renuncia fue aceptada, aunque suavizando esa aceptación al conferirle el título de Marqués de las Carreras y una pensión vitalicia. Sus sucesores en el mando fueron altos oficiales del ejército español.²¹

A medida que el descontento y la revuelta se extendían las pérdidas españolas tanto en hombres como en dinero subían. La posición de Santana se empeoró debido a su actitud de arrogancia amargada.

20. *Ibid.*, p. 113.

21. Schoenrich, *Santo Domingo*, p. 57.

*El General Santana, ahora Marqués de las Carreras, recibió el comando de una fuerza española a fin de poner fin a la insurrección en el Este, pero insistiendo en seguir su propio plan de campaña, desobedeció órdenes y contestó rudamente a las amonestaciones del Gobernador General y fue prontamente destituido de su posición. Con gran enojo se retiró a la Capital, y se rumoró que el Gobernador intentaba embarcarlo para Cuba, pero el 14 de junio de 1864 Santana murió de repente después de una enfermedad de apenas unas pocas horas.*²²

En 1865 salieron los últimos españoles de la isla y Buenaventura Báez estaba de regreso y nuevamente en el poder. "La vida de Buenaventura Báez parece haber sido una sucesión de caídas violentas y de triunfantes retornos".²³

*Durante el período de la ocupación española Báez vivió en Europa, gozando de un amplio subsidio otorgado por la Corona española y hasta fue ascendido al rango de Mariscal de Campo en el ejército español. Después que comenzó la insurrección en Santo Domingo contra la dominación española, Báez renunció su comisión de Mariscal de Campo e hizo planes para regresar a la isla, adonde sus habilidades eran muy bien reconocidas.*²⁴

Báez fue elegido Presidente en diciembre de ese mismo año, pero no duró mucho en el poder. Apenas unos meses más tarde estalló una revolución que prontamente asumió proporciones tan alarmantes que Báez renunció y salió del país. A principios de 1868 los amigos de Báez fomentaron una revolución y quitaron el presidente del momento. Establecieron un gobierno provisional y llamaron a Báez. El 4 de mayo de 1868 Báez vino a ser presidente de la República por la cuarta vez.

22. *Ibid.*, p. 58.

23. Macdonald, *Latin American Politics*, p. 573.

24. Tansill, *The United States and Santo Domingo*, p. 223.

Esta vez, sin embargo, logró permanecer en el poder por casi todo su término de seis años que se conoce en la historia dominicana por

...el terrible período de los seis años.²⁵

Báez pudo realizar lo que era el sueño dorado de los diferentes gobiernos desde el comienzo de la República: contratar un préstamo extranjero. Una firma de banqueros de Londres convino en poner en circulación bonos de la República pero con una tarifa ruinosa. El sueño se convirtió en pesadilla, porque cuando el gobierno anuló el contrato... los banqueros continuaron emitiendo los bonos y quedándose con el producto de la venta.²⁶

Báez se tornó a los Estados Unidos. A pesar del fracaso de Santana con la ocupación española, Báez estaba más determinado que nunca vender su país lo más ventajosamente posible. Esta vez sus gestiones fueron con el Presidente Grant de los Estados Unidos. El Presidente Grant quería mucho la anexión de Santo Domingo a los Estados Unidos. El y Báez casi llegaron a lograrlo.

Báez continuaba activamente las negociaciones para la anexión... En noviembre 29, 1869, se firmaron dos tratados en Santo Domingo entre representantes de los gobiernos americano y dominicano.²⁷

Las negociaciones entre los dos gobiernos continuaron, pero la escena se traslada de Santo Domingo a Washington.

El Honorable Charles Sumner, Senador de Massachusetts, había sido uno de los más fuertes promotores del General Grant al comienzo de su administración, pero él era el presi-

25. Bernardo Pichardo, *Resumen de Historia Patria*, Pub. Buenos Aires, Talleres Americalee, Ed. 147, p. 1958.

26. Schoenrich, *Santo Domingo*, p. 63.

27. *Ibid.*, p. 63.

dente del Comité de Relaciones Extranjeras en el Senado, y como tal tenía que reportar sobre los tratados y la propuesta anexión, "pero la honesta convicción a que había llegado con respecto a la propuesta medida le hizo imposible continuar cooperando con los directivos de su propio partido".²⁸

El 21 de diciembre de 1870 el Senador Summer pronunció en el Senado su famoso discurso "Naboth's Vineyard" protestando vigorosamente contra la propuesta anexión de Santo Domingo y denunciando el proyecto como las maquinaciones ambiciosas del Presidente Báez y el Presidente Grant. La ocasión del discurso fue la introducción, por otro Senador, de una resolución autorizando al Presidente Grant a nombrar una comisión que hiciera una visita de investigación a Santo Domingo con el propósito de estudiar las condiciones de la República Dominicana y Haití. Haití entraba en el objetivo de anexión que tenía el Presidente, lo cual probó Summer al indicar las claras implicaciones contenidas en los documentos oficiales que tenía a mano.

El senador comenzó su ataque con energía declarando que la resolución ante el Senado comprometería al Congreso a una medida de violencia y de sangre, y expresó su convicción de que la isla de Santo Domingo no debía nunca llegar a ser una posesión de los Estados Unidos. El simbólico pasaje de "Naboth's Vineyard" tomado de la Biblia por el Senador Summer para ilustrar su argumento resultó muy apto bajo las circunstancias. El alcanzó grandeza cuando abogó por los pequeños vecinos, cuando dijo al mundo que bondad, caridad, ayuda, asistencia, protección, todo eso que significa ser un buen vecino es lo que debemos dar, libremente, en abundancia; y continuó, afirmando que su independencia era tan preciosa para los dominicanos como lo era para ellos, los americanos. El Senador Sumner luchó con toda la fuerza y energía de sus convicciones a fin de salvar "Naboth's Vineyard" de las garras de un poderoso y rapaz vecino.²⁹

28. Wells, *Naboth's Vineyard*, p. 293.

29. Charles Summer, *Speeches*, "Naboth's Vineyard", Washington, Debates of Congress, 1870.

El tratado de anexión no pasó en el Senado. Por resolución del Congreso el Presidente fue autorizado a enviar una comisión a Santo Domingo. El reporte de la comisión fue transmitido al Congreso, y el Presidente Grant aun hizo una nueva petición por la anexión de Santo Domingo. El Congreso, sin embargo, no tomó ninguna acción".³⁰

Cuando el Presidente Báez estuvo seguro de que nada resultaría de su plan de anexión, rentó la península de Samaná a una corporación americana. El contrato fue firmado el 28 de diciembre de 1872. En su mensaje al Senado dominicano el 2 de enero de 1873 el Presidente Báez "aseguró a los senadores que él consideraba más de acuerdo con el progreso de la civilización y los verdaderos ideales del pueblo dominicano el entrar en un acuerdo con una compañía privada para el arrendamiento de ese territorio".³¹

Los enemigos de Báez no estaban quietos. El 25 de noviembre de 1873 estalló una revolución que se propagó tan rápidamente que la poca resistencia que Báez pudo ofrecer fue vencida y éste se vio forzado a capitular el 31 de diciembre. En enero 2 de 1874 el Presidente Báez renunció y, como de costumbre, se fue convenientemente al exilio. Como político y como diplomático, Buenaventura Báez fue un hombre típico de su era. Su carrera fue paralela con, y un símbolo de, las primeras décadas de la historia dominicana. Su política extranjera siguió las tendencias de mitad de siglo de ser influenciada por los Estados Unidos más bien que por Europa.

Después de los primeros tempestuosos treinta años de su Historia, la República Dominicana iniciaba una nueva era. Hombres nuevos, después de Santana y Báez, iban a tener la oportunidad de llevar las riendas del poder. Desgraciadamente, la experiencia que los dominicanos tuvieron con su gobierno y su política entre 1844 y 1874 no los preparó para ninguna forma estable de gobierno.

Durante muchas más décadas la historia dominicana iba a ser una serie de tiranías, revoluciones, y nuevas constituciones;

30. Schoenrich, *Santo Domingo*, p. 64.

31. Wells, *Naboth's Vineyard*, p. 405.

también una plaga de corrupción política. Los dominicanos, sin embargo, nunca perdieron la fe en su propio destino; añoraban los ideales de libertad y de democracia predicados por Duarte y los demás fundadores de la patria; seguían añorando que un día podrían y debían alcanzar estabilidad social, política y económica.

DE LA MUERTE DE HEUREAUX HASTA LA OCUPACION AMERICANA

Bosquejo histórico de la República Dominicana durante los primeros años del siglo veinte, desde el fin de la era de Ulises Heureaux hasta el arribo de las fuerzas americanas de ocupación.

"Ningún otro país de Latino América ha sufrido más que la República Dominicana a causa de desórdenes internos, explotación financiera, e intervención extranjera".¹

El fin del siglo diecinueve marcó también el fin del régimen de "Lilís" (General Ulises Heureaux) en la República Dominicana. El General Heureaux había estado en el poder por casi veinte años, y como presidente absolutista vitalicio por doce años, hasta su muerte el 26 de julio, 1899. A pesar de cierto grado de bienestar aparente durante los años de "Paz y orden" del período de Heureaux, el país se encontraba en un crítico estado financiero. Al desfalco crónico que siempre había caracterizado al gobierno dominicano durante su medio siglo de existencia, se agregaba la intensificada crisis diplomática provocada por las demandas que hacían los varios gobiernos extranjeros cuyos nacionales tenían reclamaciones, de préstamos vencidos y otras deudas, contra la República.

De acuerdo con la política internacional de la época, los mismos designios motivaban los varios gobiernos extranjeros

1. Munro, Dana G., *The United States and the Caribbean Area*, Boston, World Peace Foundation, 1934, p. 101.

—con el pretexto de respaldar oficialmente las reclamaciones de sus nacionales contra el gobierno dominicano,— iniciaban acción de fuerza que indudablemente tenía por objetivo el apoderarse del país, o cuando menos de la estratégica bahía de Samaná. La rivalidad que tal objetivo ocasionaba entre las potencias extranjeras, igualmente interesadas, prevenía que ningún país pudiese efectuar con éxito una intervención de fuerza.

En los Estados Unidos se había organizado, hacía algunos años, la Santo Domingo Improvement Company. Esta compañía operó como “consejeros y asociados de Heureaux en una serie de operaciones financieras que pronto crearon una deuda extranjera excesiva que el Gobierno no podía satisfacer. Por medio de corporaciones subsidiarias, compraron y vendieron bonos dominicanos, condujeron la construcción del Ferrocarril Central Dominicano, y supervisaron los cobros de aduanas, así como generalmente actuaban como agentes fiscales de la República”.² Las reclamaciones de esta compañía fueron más tarde un pretexto principal para la intervención del gobierno americano en los asuntos de la República. La Improvement Company lanzó tantas emisiones de bonos como demandas por dinero les hacía Heureaux, cada vez con mayor tipo de interés. “La compañía completó el ferrocarril de Puerto Plata a Santiago, lo cual fue la única obra de mejoramiento público que efectuó en la República, y esto lo hizo con dinero dominicano”.³

El Gobierno de Heureaux había experimentado con emisiones de papel moneda, pero las “papeletas de Lilís” nunca valieron nada y sólo empeoraron una situación que ya estaba en crisis. Heureaux pudo pagar con sus “papeletas” sus deudas internas y personales, pero la deuda extranjera que ascendía a unos diez millones de dólares seguía pendiente. La situación vino a ser caótica: el Gobierno acusando a la Improvement Company y esta acusando al Gobierno.

2. *Ibid.*, p. 103.

3. Schoenrich, Otto, *Santo Domingo. A Country With a Future*, New York, The Macmillan Company, 1918, p. 356.

El movimiento revolucionario que puso fin a Heureaux llevó a la presidencia a don Juan Isidro Jiménez, quien hacía años vivía exiliado en el extranjero. La inauguración del gobierno de Jiménez prometía ser el comienzo de una era de paz y bienestar para la República, pero en seguida se vio el nuevo presidente asediado por las deudas y demás complicaciones de índole internacional que su gobierno había heredado del de Heureaux. Sin fondos a su disposición y sin acceso a las entradas aduaneras, el Presidente Jiménez no pudo satisfacer las demandas de sus acreedores. El Cónsul francés fue el primero en asumir una actitud beligerante y no solamente hizo amenazas, sino que las respaldó con la presencia de tres buques de guerra franceses anclados frente a la ciudad capital mientras llevaba a cabo sus negociaciones. "La presencia 'oportuna' de un vapor de guerra americano que tres días más tarde también ancló frente al puerto, hizo que el Cónsul francés asumiera una actitud conciliadora y concluyera sus negociaciones amigablemente con el gobierno dominicano".⁴ A raíz de este incidente, el Presidente Jiménez se vio obligado a firmar un nuevo contrato con la Improvement Company, lo cual fue perjudicial en todo sentido pues no se mejoró el desfalco del gobierno ni se alivió la cuestión de la deuda extranjera; se provocó, en cambio, gran indignación pública. Los dominicanos querían, sobre todo, ver el fin de la Improvement Company y de la continua amenaza de intervención americana que la misma representaba.

A este punto "el gobierno se vio envuelto en lo que tenía todo indicio de llegar a ser una disputa internacional" cuando el gobierno belga protestó y el americano también protestó y el Banco Nacional fue declarado en quiebra y por decreto de enero 10, 1901, la Improvement Company fue excluida de más participación en los cobros aduaneros".⁵ Al fin del litigio la compañía "consintió en vender" sus intereses al gobierno dominicano, y se firmaron nuevos contratos con los intereses franceses y belgas.

4. Wells, Summer, *Naboth's Vineyard, The Dominican Republic*, New York, Payson & Clarke Ltd. 1928, p. 558.

5. *Ibid.*, p. 563.

La política interna del país, entretanto, se había deteriorado rápidamente y las relaciones entre el Presidente Jiménez y el Vice-Presidente, General Horacio Vásquez, alcanzaron un alto grado de tirantez. A principios de 1902 la crisis culminó en una revolución con la caída de Jiménez quien se volvió al destierro. Triunfantes los revolucionarios instalaron a Vásquez como presidente provisional y "quedó la opinión pública del país dividida en dos banderías: una la de los "Jimenistas" que se llamó "bolo" y que, como lo indica su primera denominación, mantuvo como Caudillo al derrocado ex-Presidente Jiménez, y otra que de hecho conservó como Jefe al General Horacio Vásquez y que se bautizó con el nombre de "Horacista" o "colúa". Es curioso observar como las intransigentes ideas políticas de la época escogieron como símbolo al gallo, animal de combate".⁶

No tardaron en iniciarse movimientos revolucionarios. Las rencillas de los varios grupos, y de los políticos entre sí, impidieron la estabilidad del gobierno provisional de Vásquez y la tranquilidad del país. El General Vásquez se vio obligado al fin a renunciar la presidencia y embarcarse también, una vez más, hacia el destierro. Elegido por la revolución asumió el poder como presidente provisional, el General Alejandro Woss y Gil, quien fue también elegido, al celebrarse elecciones, como presidente constitucional, y prestó juramento como tal. Su gobierno, sin embargo fue de corta duración. "Disconformes los partidarios del General Vásquez con la caída de su Caudillo, y descontentos los "jimenistas" porque el esfuerzo realizado no aprovechó a su Jefe, hicieron alto en la tarea de recriminarse recíprocamente y se unieron para laborar en el sentido de derrocar al Gobierno de Woss y Gil. En octubre se dio en Puerto Plata el grito de insurrección, constituyéndose un Gobierno Provisional Revolucionario bajo la Presidencia del ciudadano Carlos F. Morales Languasco. Unidos, pues, momentáneamente, bolos y colúos, se efectuaron pronunciamientos, y después de una corta resistencia por parte del

6. Pichardo, Bernardo, *Resumen de Historia Patria*. Buenos Aires, Talleres Americalee, 1947, p. 224.

gobierno de Woss y Gil, este capituló, y se trasladó a la Capital el gobierno provisional de Morales".⁷

Morales fue elegido como presidente constitucional con Ramón Cáceres como vicepresidente, y tomaron posesión el 19 de junio de 1904. Morales, como sus predecesores, tuvo que confrontar las demandas de los gobiernos extranjeros que en representación de sus nacionales acreedores de la República, mantenían sus tácticas de agresividad hacia el gobierno deudor y de rivalidades entre sí.

Ya el año anterior "en abril 2, 1903, desembarcaron tropas de los Estados Unidos para proteger intereses americanos y un vapor de guerra alemán desembarcó 150 hombres para proteger los consulados alemán y británico. Buques italianos y holandeses también entraron al puerto".⁸ La situación parecía insoluble. El control de las aduanas de Santo Domingo y San Pedro de Macorís se le había cedido a Francia y Bélgica, pero sin las entradas de las mismas, el gobierno no podía sostenerse. Otras entradas estaban igualmente "controladas" por Alemania, España e Italia. "Hacia fines del mismo año, 1903, fuerzas americanas, francesas, e italianas desembarcaron para "proteger" intereses extranjeros".⁹

El Presidente Morales inició extensas negociaciones con los Estados Unidos con el fin de conseguir protección para su gobierno al mismo tiempo que una solución al agudo problema de la deuda extranjera. Theodore Roosevelt, justificándose con su "corolario de la doctrina de Monroe" manifestó en su mensaje de febrero 15, 1905, "que las condiciones de la República de Santo Domingo habían empeorado, que habían allí muchos disturbios y revoluciones, que era imposible para el país pagar su deuda extranjera, que la única manera de los acreedores obtener su dinero era adquiriendo territorio o tomando posesión de las aduanas del país, que su gobierno (de los Estados Unidos) haría lo que fuera necesario para la rehabilitación financiera de la República, que la justificación (de los

7. *Ibid.*, pp. 232-233.

8. Jones, Chester Lloyd, *The Caribbean Since 1900*, New York, Prentice-Hall, 1936, p. 102.

9. *Ibid.*, p. 103.

Estados Unidos) para intervenir en los asuntos dominicanos era la de evitar que otros gobiernos interviniesen, que las condiciones de la República no sólo constituían una amenaza a las relaciones de los Estados Unidos con otras naciones extranjeras sino que también concernían a la prosperidad de los habitantes de la isla, y también a la seguridad de intereses americanos..."¹⁰

El Senado americano, sin embargo, no le dio curso al proyecto del Presidente Roosevelt, y éste, impaciente por evitar que algún cambio en la situación (dominicana) impidiera sus planes de intervención y control, "autorizó la promulgación inmediata de un "modus vivendi" por el cual, bajo la dirección de un representante del Presidente de los Estados Unidos, todas las entradas de los puertos del sur y del norte de la República Dominicana serían recaudados; 45% entregados al gobierno dominicano, y 55% para distribuirse entre los acreedores..."¹¹ Los dichos acreedores, con la excepción de la Improvement Company, aceptaron el plan de Roosevelt y "modus vivendi" fue aprobado. El representante del Presidente Roosevelt se hizo cargo de las aduanas y las reorganizó de acuerdo con un decreto preparado y promulgado por el gobierno de Morales el 31 de marzo. La Receptoría de Aduanas "actuó pronta y eficientemente, y hacia el 5 de septiembre, del mismo año 1905, Roosevelt notificó a su Secretario de Marina que diera instrucciones a su Almirante Bradford de parar cualquier revolución que surgiera en Santo Domingo, y que él (Roosevelt) tenía toda intención de mantener la isla en "statu quo" hasta que el Senado procediera con el tratado..."¹²

Es fácil imaginarse la inquietud con que veían en Santo Domingo y en el exterior la intervención de los Estados Unidos en los asuntos de la isla y del Caribe en general. Hay que tomar en cuenta que Santo Domingo, situado entre Cuba y Puerto Rico, se consideraba en aquel momento como la siguiente

10. Wells, *Naboth's Vineyard*, pp. 621-623.

11. *Ibid.*, p. 627.

12. Callcott, Wilfred Hardy, *The Caribbean Policy of the United States. 1890-1920*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1942, pp. 194-95.

víctima de la política imperialista del "águila" del norte. "Roosevelt consideraba que su intervención (en Santo Domingo) era inevitable... La guerra entre España y los Estados Unidos había pasado hacía poco. Esta guerra había sido seguida del control americano en Cuba, de la anexión de Puerto Rico y las Filipinas, de la Zona del Canal de Panamá, y de la entrada de los Estados Unidos, de lleno, en la política y los problemas mundiales. También siguió un cambio de actitud de parte de los Estados Unidos hacia el Caribe. Nuevas posesiones, nuevas responsabilidades, parecían demandar una extensión de su autoridad en el Caribe. Por eso también sus esfuerzos en anticiparse a las potencias europeas y asiáticas y prevenir que extendieran (las otras) sus influencias o control en esas aguas".¹³

Mientras tanto el gobierno de Morales había alcanzado tal estado de crisis política, que éste se vio obligado a dejar la presidencia y salir del país. Le sucedió el vicepresidente, General Ramón Cáceres, con quien iba a gozar el país un largo período de paz y prosperidad desconocidas hasta entonces en los anales de la historia dominicana. El Ministro de Hacienda, don Federico Velázquez y Hernández, debidamente autorizado por su Gobierno, efectuó varios viajes a los Estados Unidos para representar los intereses nacionales ante el gobierno americano. El 8 de febrero, 1907, se firmó la famosa Convención Dominico-Americana, "en cuya virtud el Gobierno Americano asumió el servicio de la deuda exterior. Logró el señor Velázquez reducir dicha deuda de \$30,000,000 a \$20,000,000 y por medio de un Plan de Ajuste se procedió a satisfacer los diversos acreedores con mayor o menor éxito".¹⁴ La Convención fue aprobada por el Senado americano el 25 de febrero, y por el Congreso dominicano el 3 de mayo de 1907.

En julio de 1908 fue reelecto el Presidente Cáceres para un nuevo período. El historiador dominicano Bernardo Pichardo se expresa en los siguientes términos respecto a la era de Cáceres: "No se puede negar que durante ese período recibió el

13. Moore, David R., *A History of Latin America*, New York, Prentice Hall, 1946, p. 709.

14. Pichardo, *Resumen de Historia Patria*, p. 246.

progreso del país los más vigorosos impulsos que se le hayan impreso... Se construyeron carreteras, estaciones radiotelegráficas, líneas férreas, importantes puentes; se realizaron estudios científicos para la irrigación de regiones abrasadas; se crearon Granjas-Escuelas; se científicó nuestra Estadística; se protegió la publicación de obras nacionales; se reedificaron edificios públicos; se mejoraron las redes telegráficas y telefónicas, y dentro de un plan de regularidad económica, se atendía holgadamente a los servicios públicos, gozando además, la Justicia de un prestigio y protección no igualados antes ni después. Baste decir que era tal el crédito de que disfrutaba la administración, que casas extranjeras y obreros nacionales se disputaban los pedidos y contratos, persuadidos de que el dinero con que se les pagaría existía abundantemente en las arcas nacionales. Las fuentes maravillosas que desata la cautela y discreción en el manejo de los fondos de un Estado, auguraban días de esplendor y bienestar para la República..."¹⁵

Los "días de esplendor y bienestar para la República" duraron seis años. No habían faltado intrigas políticas. El 19 de noviembre, 1911, fue asesinado el Presidente Cáceres por un grupo de jóvenes, frente a Güübia, a su regreso de un paseo en coche a San Gerónimo. Irónica coincidencia el que Mon Cáceres sufriera el mismo fin que, a la cabeza de un grupo de jóvenes también, diera él mismo a Lilís doce años atrás en las calles de Moca. El General Alfredo Victoria, Comandante de Armas de la Capital, asumió el poder, pero siendo demasiado joven para ascender a la presidencia, impuso a su tío el Senador Eladio Victoria, de Santiago, y fue elegido éste como Presidente Provisional tomando posesión el 6 de diciembre. "Militarizados todos los servicios, los empleados públicos tenían que atender de preferencia a las indicaciones de la Comandancia de Armas de la Plaza de Santo Domingo, centro de todas las combinaciones militares y política... Y así transcurrieron los dos primeros meses, convocándose a la postre los Colegios Electorales existentes, que eligieron, como era lógico presumirlo, al Señor Victoria, Presidente de la República, y

15. *Ibid.*, p. 24.

este eligió a la cabeza de su gabinete a su sobrino el General Victoria como Ministro de Interior y Policía y Guerra y Marina".¹⁶

Una oposición general a la presidencia de Victoria, y sobre todo a la manera de cómo había sido elegido, se manifestó en levantamientos revolucionarios en las provincias, sobre todo en el Cibao. La lucha se extendió por muchos meses. Ante tales condiciones, llegó a Santo Domingo una comisión americana con el propósito de mediar y buscarle alguna solución al caos reinante. Se efectuaron una serie de conferencias y al fin se llegó a un acuerdo con el Gobierno y con los revolucionarios por el cual el Congreso aceptó la renuncia del Presidente Victoria y eligió como presidente provisional al Arzobispo de Santo Domingo, Monseñor Adolfo A. Nouel, por un período de dos años. El nuevo presidente prestó juramento el primero de diciembre de 1912. "Interpretaron las revoluciones la presidencia de Monseñor Nouel como una tregua, y no como el saludable y definitivo paréntesis en que la Justicia operaría el milagro de establecer la Paz. Después... ¡ah! Después, lo acostumbrado..."¹⁷ Y muy pronto el pobre arzobispo no pudo más, y agobiado por la lucha gubernamental y las intrigas políticas, renunció y se fue...

"Cuando Woodrow Wilson ocupó la presidencia (de los Estados Unidos) en marzo 1913, la República Dominicana estaba una vez más al borde de la anarquía".¹⁸ Al fin, después de larguísima y sofocados debates, el Congreso eligió como presidente provisional por un año al General José Bordas Valdés, Senador de Monte Cristi, quien tomó posesión el 14 de abril. Casi en seguida estallaron movimientos revolucionarios en las provincias del Cibao. El Presidente Bordas, acompañado del General Pedro María Rubirosa y de un contingente de tropas, salió para el Cibao y con refuerzos de La Vega y Santiago puso sitio a Puerto Plata, donde se acuartelaron los revo-

16. *Ibid.*, p. 256.

17. *Ibid.*, p. 262.

18. Bemis, Samuel Flagg, *The Latin American Policy of the United States*, New York, Harcourt-Brace, 1943, p. 190.

lucionarios. El sitio de Puerto Plata fue largo y penoso. La situación del gobierno se agravó a tal punto por falta de fondos disponibles que "se puede asegurar que aquel gobierno llegó a la bancarota, no obstante haber actuado durante el año en que fueron más crecidas las entradas aduaneras".¹⁹ La revolución continuó y se extendió.

Al haber ya pasado el término de la presidencia de Bordas, se mantenía este en el poder ilegalmente bajo el amparo de la revolución. En julio intervino el Presidente de los Estados Unidos y se suspendieron las hostilidades temporalmente para recibir y estudiar el famoso "Plan Wilson" que dos comisionados americanos llevaron, con instrucciones de aplicarlo de cualquier modo. "En resumen, el 'Plan Wilson' requería la retirada del Presidente Bordas, el nombramiento de un Presidente Provisional apoyado por los Estados Unidos, y nuevas 'elecciones libres y legales' del Congreso y del Presidente, enteramente bajo la supervisión de representantes americanos".²⁰ A los pocos días de haber llegado los comisionados y de haber sometido el plan, fue este aceptado. El Presidente Bordas presentó su renuncia, y el mismo día, 27 de agosto, tomó posesión el Doctor Ramón Báez como Presidente elegido por los Jefes de los partidos políticos. Don Juan Isidro Jiménez y Velázquez se unieron contra Vásquez y triunfaron. El 5 de diciembre de 1914 prestó juramento don Juan Isidro Jiménez como Presidente de la República, por segunda vez, y nuevamente pareció que el país entraba en una era de paz y prosperidad. Pero tampoco esta vez fue así.

Desde un principio se encontró el gobierno de Jiménez en una situación precaria. Por un lado lo amenazaban las continuas intrigas y revueltas de los políticos, y por el otro el peligro de la actitud cooperadora americana, que enfáticamente ofrecía "cualquier ayuda que necesitara para infundir el respeto a su administración... sea que los ataques que le hacían fueran directos o indirectos, abiertamente o secretos. En repetidas

19. Pichardo, *Resumen de Historia Patria*, p. 269.

20. Knight, Melvin M., *The Americans in Santo Domingo*, New York, Vanguard Press, 1928, p. 5.

ocasiones el gobierno americano le ofreció a Jiménez desembarcar sus tropas para poner orden y proteger su gobierno, pero conociendo lo arriesgado de tal paso rehusaba la protección ofrecida.”²¹

El 28 de julio de 1915 ocuparon las fuerzas militares americanas a Haití. La guerra europea seguía agravándose y cada día parecía más inevitable que los Estados Unidos tendrían que intervenir. Por tanto, cada día aumentaba la importancia estratégica del Canal de Panamá y la necesidad de defenderlo. Históricamente, desde los días de Colón, la Bahía de Samaná había sido codiciada por todos los países interesados en el Caribe. La República Dominicana era el último baluarte que necesitaba el gobierno americano para completar su muralla protectora en las Antillas. De todo esto se daba cuenta el Presidente Jiménez, y del peligro que corrían su gobierno y su patria. Pero los numerosos generales y políticos rehusaban comprenderlo y sus agitaciones seguían fomentando insurrecciones, revoluciones, y violaciones a la ley y al orden público.

En realidad no había escapatoria, no había alternativa. Si el Presidente Jiménez aceptaba la ayuda del gobierno de Wilson, el precio era la intervención de fuerzas americanas en el país, y si rehusaba se empeoraba la situación y se exponía el país a la intervención a la fuerza, como resultó al fin... pues ya estaba decidida en Washington, y era inevitable. “Para muchos dominicanos, el Tío Sam era un lobo en busca de un corderito para devorar, y para la mayor parte de los demás era un asno caprichoso cuyas patadas había que temer. La deuda (dominicana) en unos siete millones de dólares. Esta suma era exagerada, pero la situación no tenía remedio y no importaba la cifra...”²²

El momento crítico llegó en mayo de 1916. Amenazado por sus oponentes a tal punto que tuvo que abandonar la Capital y refugiarse en San Gerónimo, el Presidente Jiménez aún rehusó la ayuda de tropas americanas. Acuartelados en la Capital los de la oposición, no cedían en sus demandas. El Presidente

21. Munro, *The United States and the Caribbean Area*, p. 123.

22. Knight, *The Americans in Santo Domingo*, p. 64.

Jiménez fue quien cedió, presentando dramáticamente su renuncia y saliendo nuevamente hacia el destierro, pero su sacrificio fue inútil pues los marinos americanos ocuparon de todos modos la ciudad de Santo Domingo, el 15 de mayo, y durante el mes de junio ocuparon los puertos del norte y todos los puntos de importancia del interior. La ocupación militar americana de Santo Domingo se había efectuado al fin, después de medio siglo tramándola numerosos gobernantes y políticos de ambos países.

TABARÉ, EL GRAN POEMA EPICO DE AMERICA

Aún hoy, un siglo después de su publicación, sigue siendo "Tabaré" el más grande poema épico de la América Hispana. Podemos muy bien preguntarnos: ¿Y qué es Tabaré? Y habrá que confesar que Tabaré lo es todo: es poesía lírica, es poesía romántica, es leyenda y es historia. Es un estudio morfológico, es un ensayo sociológico, etnológico, es ciencia y también es música. Es —en resumen— un monumento literario.

Sentimos hoy, al leer Tabaré,¹ el mismo placer que cuando lo leímos por primera vez (en nuestra adolescencia ya lejana) y que sintieron generaciones anteriores. Tabaré embriaga a la juventud adolescente con su lirismo y su romance, y nos inspira y entusiasma a todos como "poema admirable por su constante invención de imágenes y su gracia musical, que, sin estorbar el fácil fluir de la narración, realzan la riqueza de emociones y de sentimientos".²

Su autor, el uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, nació en 1857.³ Pasó sus años más jóvenes en Chile, donde cursó estudios. A su regreso al Uruguay escribió versos al estilo romántico de la época y entró en la vida pública y política de su país. Todavía bien joven, en 1886, publicó Tabaré.

A pesar de sus cortos años, Zorrilla de San Martín había recorrido ya, cuando escribió su obra cumbre, los diversos crisoles de toda una carrera poética. Se había iniciado en la

1. Edición de la Librería Nacional, A. Barreiro y Ramos, Montevideo 1923.

2. Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la Cultura en la América Hispana*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1949, p. 122.

3. *Ibid.*

escuela romántica de Bécquer con musicalidad en sus versos y con insinuaciones del simbolismo. Fue su obra de juventud adolescente. Pronto el romántico cedió el puesto al patriota. Ya no canta al poeta al amor sino a la patria. En 1879 publica su "Leyenda Patria" como un himno de libertad conmemorando la independencia uruguaya. Fue ya la obra madura que revela maestría y que acabó de consagrarle como una figura poética de talla en su país. Pero aún avanzó más en su ciclo evolutivo, y entonces publicó Tabaré, y se consagró como el poeta épico de América.

Hay música y hay ciencia en el poema de Zorrilla. Hay música porque como tal suena al oído y llega al alma, y hay ciencia porque el gran cúmulo de datos científicos que contiene revela todo un antecedente de investigación minuciosa llevada a cabo por el autor, y porque es un magnífico estudio psicológico. Es la leyenda de una época en que se efectuó el choque histórico de dos razas. El autor, además, desarrolla su tema sin justificación ni defensa del indio ni del español, sino la narración en poesía épica de cómo una raza desaparece y es suplantada por otra, el proceso histórico-etnológico por el que han pasado todas las tierras del mundo pero contado todo en un poema de tales dimensiones, en versos de una musicalidad incomparable, por lo que ocupará siempre el Tabaré un sitio prominente en la literatura de la lengua. Ya dijo un ilustre crítico español de la época que:

"Sin pretensión pedantesca, sino del modo propio de la poesía, hay y se agitan en el poema "Tabaré" grandes problemas de libre albedrío, predestinación, determinismo y vocación de las razas: psicología, teodicea y filosofía de la historia. Al leer el poema, se levanta el espíritu del lector a estas altas especulaciones".⁴

El poema de Zorrilla es, incuestionablemente, un trabajo de gran envergadura. Además de su vigorosa fuerza épica, contiene en su forma la sutileza y suavidad del romántico, y también incontables metáforas de extraordinaria audacia que, con su acertada diversificación en la métrica del verso, sirve para mantener no sólo la robustez sino la armonía del poema. "En

4. Tabaré, "Carta de don Juan Valera", p. 25.

Tabaré, la más sencilla asonancia va enlazando los versos y exige muy poco esfuerzo del lector. Fue un acierto feliz. Pero la sencillez va acompañada de una rica variedad de matices musicales, que incluyen el empleo de un estribillo".⁵

Lo cierto es que, aunque Zorrilla fue catalogado como romántico, muy temprano ensayó formas originales suyas y, cuando publicó a Tabaré dos años antes de aparecer el "Azul" de Rubén Darío, ya poseía cualidades modernistas. En su poema, se asomó Zorrilla al modernismo dariano que ya se vislumbraba en el horizonte literario y fue, en realidad, un precursor de Darío.

Tabaré, por primera vez, impone el indianismo americano, y lo logra con los versos más bellos que se han escrito sobre dicho tema, versos que nadie ha podido igualar y tema que hasta entonces había sido sólo la tradición romántica del relato. "El poeta tenía el don del pathos, pericia narrativa y descriptiva, y una fertilidad en la creación de imágenes libre de la manida ornamentación de tantos de nuestros románticos. Tabaré es una de las obras más originales de nuestra literatura".⁶

La introducción del poema comienza con una nota de perfecto romanticismo, con la promesa del poeta de que va a cantarnos una canción excelsa, cuando grita: "Dadme la lira, y vamos". Nos hace sentir el tempo de su canto cuando advierte que es la lira:

*Que silba en las tormentas,
La de cantar, sentado entre las ruinas,*

Y nos deleita:

*Al desgranarse las potentes notas
De sus heridas cuerdas.*

Luego nos habla, el poeta, recogiendo las "voces extinguidas" de los indios muertos. Y ¿qué generación joven, de los tiempos modernos en Hispano América, no ha escuchado y recitado la exaltada invocación del poema:

5. Pedro Henríquez Ureña, *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, México, 1949, p. 154.

6. *Ibid.*

*Vosotros, los que amáis los imposibles,
Los que vivís la vida de la idea;
Los que sabéis de ignotas muchedumbres,
Que los espacios infinitos pueblan,
Y de esos seres que entran en las almas,
Y mensajes oscuros les revelan...*

Y ¿quién no ha seguido al poeta?:

*Hasta saber de esas historias
Que el mar, y el cielo, y el dolor nos cuentan,
La triste historia de una raza muerta.*

Es la trágica historia de la raza charrúa que:

*Es la raza indomable,
que alentó en esta tierra.*

Y así comienza la historia del poema, con la llegada al río de la nave inmensa:

*Que, como garza enorme
Flotaba entre la niebla.*

Y de cómo el cacique Caracé y sus indios guerreros:

*Al ver, sobre la arena,
Como descienden, de la extraña nave,
Los hombres blancos de la raza nueva,*

Los atacan con sus saetas:

*Y, los que no cayeron,
Huyen, despavoridos por las breñas
Dejando sangre en la salvaje playa,
Y una mujer en la sangrienta arena.*

Y luego:

*Caracé, que a su lado se detiene,
Con avidez felina la contempla.*

Y concluye esa primera parte de la historia con el simbolismo metafórico del tema:

*¡Cayó la flor al río!
Los temblorosos círculos concéntricos
Balancearon los verdes camalotes,
Y en el silencio del juncal murieron.*

Y así concluye:

La flor ha muerto!

Pero quedó el pequeño Tabaré, y como herencia le deja la española madre sus azules ojos y el cristiano bautismo que improvisa con el agua del río americano. Y cuando la noche llega, duerme la madre blanca, para siempre, y duerme el indio huérfano, el indio de pupilas claras y alma incierta.

Y entonces comienza la elegía del charrúa Tabaré. Zorrilla nos presenta a Tabaré, no como víctima sino como símbolo: el eslabón transitorio, trágico pero fugaz, del contacto entre la raza vencida y la raza nueva. Siguiendo un movimiento literario, el autor lo superó inyectando a su indianismo un elemento cultural más bien étnico. Lo trágico y fugaz es el episodio histórico del charrúa Tabaré, que aunque da una impresión de vaguedad, de sugerencias que quedan flotando en el poema, nos deja emocionalmente pensativos, nos revela un sueño poético.

Zorrilla logra ser desapasionadamente neutral, sin idealizar ni al indio ni al español. Su tema no es el indianismo de hoy, del indio de ahora, sino el indianismo histórico que nos cuenta de una cultura muerta:

*"De aquella raza que pasó desnuda
Y errante, por mi tierra".*

Si la introducción del poema tiene un marcado sabor romántico, las descripciones del Libro Segundo y de los que siguen lo tienen de modernismo. Es el tema del hombre y la naturaleza de las cosas en el escenario salvaje de una tierra nueva, pero por encima de todo es la literatura psicológica del hombre como sujeto, y en esto también se adelantó Zorrilla a

su tiempo. No hay nada becqueriano en las descripciones bélicas de los caciques muertos a quienes proclama:

*Héroes sin redención y sin historia,
Sin tumbas y sin lágrimas!
Estirpe lentamente sumergida
en la infinita soledad arcana!*

Ni tampoco en las descripciones de los indios vivos:

*Quedan indios aún para la muerte,
Que cautelosos por los bosques andan,
Cual rebaños de tigres, que, en el pueblo,
Siempre encendidas, las pupilas clavan.*

El uso de variados ritmos en las estrofas mantiene un elemento de cadencia y tono en el poema, un elemento de vivacidad. En vez de la monotonía que resultará de una métrica uniforme, resulta una elegancia lírica típicamente modernista. Zorrilla lleva la lengua a su mayor perfección y refinamiento poético. Con el diálogo y el tema nos interpreta el poeta el alma del indio Tabaré. La descripción física del charrúa en seguida pone de manifiesto los elementos del problema íntimo, de la angustia incomprensible:

*¡Extraño ser! Que raza da sus líneas
A ese organismo esbelto?
Hay en su cráneo hogar para la idea,
Hay espacio en su frente para el genio.
¿No hay en el fondo de esos ojos claros,
Un ser oculto con los ojos negros?*

Así observan los españoles del fuerte al charrúa, distinto a sus compañeros, que se destaca con sus ojos azules, su esbeltez, su palidez, y su tristeza:

*Y en su azorado aspecto,
Hay algo misterioso*

Algo misterioso que intriga a la joven española Blanca, hermana del jefe de la plaza, don Gonzalo. Al verla, el indio prisionero:

*Clava en ella los azules ojos,
Cual poseído de un pavor intenso.*

*Parece interrogar algo invisible,
A sí mismo, a su sombra, a su recuerdo.*

Y es que han vuelto a su mente los recuerdos confusos de su madre muerta y cree por un momento que la blanca española es la misma que ha visto siempre en sus sueños y que le ha confortado en los peligros y le ha inspirado en sus plegarias. Pero se da cuenta de que es otra, y cuando se encuentran y se hablan, explota su secreto de sus labios en un tropel de recuerdos:

Era así como tú... blanca y hermosa;

Era así... como tú,

Hoy vive en tu mirada transparente,

Y en el espacio azul...

Era así como tú, la madre mía,

Blanca y hermosa... pero no eres tú!

Y en seguida confiesa el tumulto de su terror interno:

Yo, temiendo tu sombra,

Tiemblo y huyo de tí.

El desenlace del encuentro es lo inevitable; libre Tabaré por orden de Gonzalo, no puede volver a lo que fuera antes:

Ya una mujer, de la enemiga raza,

Es libertad para él, y cielo, y nubes,

Y hogar nativo, y selvas, y batallas:

Y Tabaré:

Huye, como la fiera perseguida,

Y se interna en la selva solitaria...

Tabaré va empujando por una fuerza irresistible hacia la tumba de su madre. Allí se desploma inerte y habla con ella.

Mientras tanto, sucesos extraños turban el silencio de la noche al otro lado de la selva. Ha muerto el viejo cacique y en medio del "extraño funeral" se presenta el joven cacique Yamandú y reclama el mando haciendo gran alarde de sus proezas.

*Un murmullo de asombro se difunde
Por aquella asamblea;
La tribu, fascinada y aturdida,
Nuevo cacique en el salvaje encuentra.
Yamandú enciende
Los fuegos de la guerra;*

Y se revela el plan siniestro del salvaje, es decir: durante la conmoción de un asalto al pueblo de los blancos, robarse la virgen española a quien una vez vio y, al verla, codició.

Los indios atacaron, Gonzalo y sus soldados corrieron a la defensa de sus casas y sus vidas, y Yamandú huye en la sombra:

*Miradlo: entre los brazos
Se lleva a la española:
Ella, que se retuerce,
Y forceja, y se ahoga,
En ese nudo de viviente hierro,
Lleva tan sólo, de su lecho aun tibio,
Las desceñidas ropas*

Lo que ya fue del espíritu moderno en la poesía, lo que no había sido antes posible, lo adoptó Zorrilla en Tabaré. Poetizó el lenguaje común, usó palabras simples en sus versos. Introdujo la originalidad de las palabras e ideas de uso familiar en su poesía, situándose ya con Darío y los otros precursores de la renovación modernista que transformó la poesía de fin de siglo. Pero volvamos al relato. Al pasar el asalto y enterarse el español del rapto de su hermana, pensó en seguida en Tabaré.

Gonzalo suplica en su dolor y ordena, en su rabia, que vayan todos con él al rescate de Blanca. Pero Yamandú se la ha llevado a lo más hondo de la selva, y allí al fin vuelve ella del letargo.

*Un hondo grito de terror y angustia
Blanca por fin exhala;
Con las negras pupilas luminosas
En lascivia empapadas,
Vio el rostro abigarrado del salvaje.
El grito de la virgen se ha extinguido.*

Pero allá en su sopor junto a la cruz solitaria lo ha oído Tabaré. Salta y corre. La dramática escena de los dos indios rabiosos peleando a muerte por la virgen blanca tiene una fuerza épico-poética extraordinaria. Y el pobre Tabaré, enamorado, estrangula al último enemigo de la raza blanca. Así termina la historia de la raza muerta. A poco terminará el relato del poema, del charrúa Tabaré. Hay páginas y páginas en el poema, en que Zorrilla describe con inusitada belleza el diálogo de amor, terror y llanto entre Blanca y Tabaré. Comprende ella como él la amaba y que ella también lo ama.

*La niña vio la luz en el abismo;
Y alguien, que habló en su alma:
"Esa es, le dijo, tu soñada lumbre;
Pero ese abismo, sólo Dios lo salva."*

*Y, con blanca en los brazos
El indio no descansa;
Camina lento, sin cesar camina,
Dejando atrás las lomas solitarias.*

Muy pronto llegan al fin de la jornada. Allí espera Gonzalo lleno de desesperación endemoniada y se desahoga impre-
candando al monje anciano.

*Sobre el callado anciano
Va a lanzarse frenético,
Pero los hombres de armas se interponen,*

Pero no se interponen cuando con "rabia y júbilo" se lanzó el hidalgo sobre el indio que llega y le atraviesa el pecho con su espada. Así tuvo que terminar el poema, el simbolismo trágico

del soberbio hidalgo que puso fin al último vestigio del indio salvaje y que puso fin al amor imposible de la española blanca y tronchó con la muerte ese primer conato de unión de las dos razas.

*El indio oyó su nombre,
Al derrumbarse en el instante eterno.
Blanca, desde la tierra, lo llamaba;
- Lo llamaba, por fin, pero de lejos...*

Y así del indio, de sus odios, de su amor, y de su raza sólo quedan los ecos. ¿Y quien puede odiar ecos? Con su muerte cesaron ya los odios, y del bosque sólo brotan, trémulos y solemnes, los murmullos "de la oración del monje por los muertos".

ACERCA DE SARMIENTO Y SU FACUNDO*

La obra cumbre literaria de Domingo Faustino Sarmiento, el gran argentino del siglo XIX, fue y sigue siendo su "*Facundo: Civilización y Barbarie*" pues a pesar de que en su prolífica y larga carrera escribió mucho más y con mucho cuidado, nada superó esta obra de su juventud. Fue la obra de sus apasionadas convicciones, fogosidades, rebeldías, y entusiasmos primeros. Por lo mismo de haber sido escrita con espantaneidad y sin pulimento, contiene la fuerza dinámica y luchadora de Sarmiento en todo su apogeo.

Sarmiento¹ fue hombre de pensamiento, palabra, pluma y acción.² Según Pedro Henríquez Ureña:

*"A su propio período inicial pertenecen sus tres libros mejores, Facundo, Recuerdos de provincia, Viajes. Están sólidamente contruidos; los escribió de prisa, pero concibió su estructura íntegra y armoniosa desde el principio. Hechos y teorías, en ellos, marchan de la mano. Todo hecho que observa —y observa mucho— está siempre, implícita o explícitamente, en relación con un amplio y coherente sistema de ideas. Todo lo que atrae su atención lo espolea a pensar"*³

*En *Aula*, UNPHU, No. 29, 1979, p. 27-34.

1. Nació en San Juan (Argentina) en 1811. Murió en 1888.

2. Antología del Pensamiento Hispano Americano, ed. José Gaos, Editorial Séneca, México, p. XLVII.

3. Las Corrientes Literarias en la América Hispánica, p. 138.

Su *Facundo* no es precisamente una novela, ni es sólo una biografía, ni es un tratado, sino todo eso junto y muchas cosas más: es una colección de ensayos, más bien un ensayo fabuloso que encierra artículos de costumbres, artículos literarios, políticos, históricos, y sociológicos. Además, el Juan Facundo Quiroga de la historia antes que nada es un gaucho, es el precursor del gaucho como sujeto literario. Sarmiento, pues, fue el precursor de lo que se denomina la novela gauchesca.

Por encima de todo, se impone en la obra de Sarmiento su filosofía, su entusiasmo furioso por la libertad y la democracia. Si el primer tema, y más importante, del *Ensayo Hispanoamericano* es la libertad, también lo es de Sarmiento. La libertad, simbólica e ideológicamente, no es para Sarmiento sólo un concepto sino un hecho práctico indispensable. El subtítulo de *Facundo* nos revela su otra obsesión: la pugna y rivalidad entre la ciudad y el campo —entre la Civilización y la Barbarie.

Ya desde las primeras páginas de *Facundo*⁴ delinea Sarmiento esta parte de su tema: el contraste entre civilización y barbarie:

*"La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos."*⁵

A las ciudades del interior:

*"El desierto las circunda a más o menos distancia: las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización enclavados en un llano inculto de centenares de millas cuadradas (en Argentina) apenas interrumpido por una que otra villa..."*⁶

4. Ed. M. Alfredo Angulo, Colección "Letras de Oro", Buenos Aires.

5. p. 14.

6. p. 15.

Y en cuanto al habitante de esa pampa inmensa:

*"La vida del campo, ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ningunas de las de la inteligencia. Su carácter moral se resiente de su hábito de triunfar de los obstáculos y del poder de la naturaleza; es fuerte, altivo, enérgico."*⁷

Para juzgar a Sarmiento y a su Facundo hay que tener presente dos cosas: primero, quién y qué era Sarmiento, y segundo, cuando y como escribió el Facundo. Domingo Faustino Sarmiento nació con más genio que abolengo y se educó por su cuenta, con más ahínco que disciplina. En una descripción de sí mismo, él se catalogó como bravo, fuerte, luchador, estoico, y sincero. En verdad que poseía esas virtudes y muchas más, y dedicó su vida a perseguir sus ideales de libertad y democracia, de civilización y progreso para su país y para toda la América meridional.

A pesar de poseer solamente una cultura rudimentaria y de faltarle una educación académica, o tal vez por eso mismo dedicó Sarmiento una gran parte de sus esfuerzos a implantar y hacer avanzar un sistema de educación en la Argentina. A pesar de haber sido catalogado como un bárbaro genial de ignorancia crasa en que lo grandioso y lo vulgar se manifiestan a relámpagos, Sarmiento fue un genio de muchas facetas que sobresalió igualmente como escritor, educador, y estadista.

Sin llegar a ser un pensador, sino más bien improvisador, y habiéndole faltado en su preparación el período clásico del siglo anterior, el de los diccionarios y las enciclopedias, Sarmiento fue fundamentalmente un típico romántico de su época. Se le acusa de no haber avanzado ni con los años ni con los tiempos, y que aún después de cuarenta años de la más prolífica carrera literaria seguía exponiendo las ideas de su juventud, seguía romántico y desorganizado y que poseía la misma violencia impulsiva y exaltada. Pero Henríquez Ureña dice que Sarmiento:

7. p. 22.

*"sobresale entre todos sus contemporáneos de la América española como escritor de genio, por su fertilidad de ideas, su vivacidad de imaginación y su riqueza expresiva". Y sobre Facundo, que es una "soberbia descripción de la vida social y política de la Argentina, con penetrante inquisición sobre las causas y atrevida predicción sobre su porvenir inmediato".*⁸

Aún muy joven y debido a sus ataques al tirano Rosas, escapó Sarmiento al destierro en Chile, el que duró quince años, pero quince años muy fructíferos en su labor periodística y literaria.

*"En Chile provoca las célebres polémicas con don Andrés Bello, temperamento y espíritu opuesto al suyo, que dominaba el ambiente cultural de la época; la polémica engendra la célebre generación del 42, importantísima en la historia de la literatura chilena".*⁹

*"Sarmiento y Bello representan, para nosotros, en el siglo pasado, poderosas corrientes antagónicas que significan posibilidades espirituales de organización de la cultura americana. Bello aporta la serenidad de la tradición clasicista, quizá demasiado atenta a lo gramatical y normativo; Sarmiento, indisciplinado e incorrecto, caprichoso e instintivo, opone a aquella doctrina su pasión, es espíritu de libertad renovadora". En el año 1842 se enfrentan estas dos concepciones...'*¹⁰

El movimiento literario que nació entonces, iniciado por dichas polémicas, sirvió de estímulo a las ideas y las letras de la época en la América Hispana. Esos años jóvenes, fructíferos, bajo el amparo de paz y libertad que presta el destierro, sirvieron de estímulo al mismo tiempo al carácter y a las facultades

8. Historia de la Cultura en la América Hispana, ed. Tierra Firme, México, 149, p. 102.

9. Lecturas Americanas, ed. Roque Esteban Scarpa, Chile, Zig Zag, 1948, p. 501.

10. *Ibid.*, p. 497.

de Sarmiento. Entonces comienza a batir las alas de sus ideas y convicciones. Y escribe su *Facundo: Civilización y Barbarie*, del cual dice Henríquez Ureña:

*"Este libro poderoso es la obra maestra de su tiempo en América. Ha sido la obsesión de muchos lectores cuya preocupación esencial es el problema de las causas y los remedios de los males que ha padecido y padece la América española".*¹¹

Como un cuadro de costumbres, *Facundo* es una obra maestra de verdad. Es una colección de ensayos en los que el elemento costumbrista alcanza maravillosa intuición que llega hasta lo psicológico en su exposición de los dos mundos en lucha: la civilización de la ciudad y, sobre todo, la barbarie del campo. Predominante en tal barbarie el caudillismo, el gauchismo, en que la astucia y la fuerza se imponen. Sarmiento presenta a *Facundo* como el caudillo gauchesco característico, sin control ni racionalismo alguno, guiado solo por su naturaleza e instinto durante su fabulosa carrera de triunfos brutales, los triunfos efímeros del despotismo gauchesco de la pampa fronteriza contra el despotismo cultivado (civilizado) de la ciudad. Herencia, este último, del despotismo monárquico de la colonia.

La historia biográfica de Juan *Facundo* Quiroga puede reducirse a pocas palabras, pero de las fuerzas que le empujar y de sus efectos pueden escribirse muchos volúmenes. Nació *Facundo*, de familia pobre, en La Rioja. Recibió nuestro héroe la limitada instrucción de una escuelita de pueblo; desde muy joven se lanzó a la vida violenta del peón, del gaucho, del militar. Desde el primer momento manifestó *Facundo* ser "un tipo de la barbarie primitiva... el hombre bestia aun, sin ser por eso estúpido... Incapaz de hacerse admirar, o estimar, gustaba de ser temido".¹² Pronto fue conocido y temido en La Rioja. Aquí termina la historia de La Rioja. "Lo que sigue es la historia

11. Las Corrientes Literarias, p. 136.

12. *Facundo*, p. 73.

de Quiroga".¹³ Lo que sigue es la historia del progreso triunfal y cruel de Facundo Quiroga después de haber dominado su provincia y de dirigir sus fuerzas y sus maquinaciones contra las ciudades que, instintivamente, odiaba. Ese odio lo hace avanzar, a toda costa, en la dirección del mismo Buenos Aires: que ejerce la fascinación del odio supremo, del enemigo poderoso, en la mente de Facundo. Tal vez él mismo hubiera racionalizado sus intentos "que las provincias (con él al mando) vendrían un día a castigar a Buenos Aires por haberles negado su influencia civilizadora, y (como pasó en Roma hace muchos siglos con los bárbaros germánicos) que, a fuerza de despreciar su atraso y su barbarie, ese atraso y esa barbarie habían de penetrar en las calles de Buenos Aires, establecerse allí y sentar sus reales en el fuerte".¹⁴

Facundo vivía, como el tigre, siempre en acecho y dispuesto al ataque. Pero como el otro "Tigre de los Llanos" cayó él al fin, víctima de un asalto alevoso y calculado que puso fin a su espectacular carrera. Y aquí termina la historia de Juan Facundo Quiroga —pero no la del ensayista Sarmiento, que después de algunos párrafos o tal vez páginas, nos dice con suave sarcasmo: "Si el lector se fastidia con estos razonamientos contaréle crímenes espantosos".¹⁵ Y procede a contarnos mayores horrores que los que nos había intercalado en las páginas anteriores. Y cuando creemos que nos ha regalado con el horror máximo, exclama: como si aquello no fuera nada. "Pero hubo un día de terror glacial que no debo pasar en silencio".¹⁶ La historia entera de un Facundo Quiroga es, como la cuenta Sarmiento, de un terror glacial, pero a poco inyecta el mismo Sarmiento una nota de optimismo, un rayo de esperanza: "Pero no hay males que sean eternos..."¹⁷

Cuando Sarmiento se desvía de su tema y nos ofrece algunas de sus magistrales descripciones, sean de costumbres o sean del paisaje, es como si nos brindara un vaso de agua fresca

13. *Ibid.*, p. 83.

14. Facundo, p. 126.

15. *Ibid.*, p. 161.

16. *Ibid.*, p. 167.

17. *Ibid.*, p. 183.

en medio de la jornada candente de su narración de Facundo Quiroga. Así comienza el libro mismo, con una (a manera de ensayo) descripción geográfica de la Argentina. Introduce al pueblo argentino como "poeta por carácter, por naturaleza" y hasta ilustra su tema con versos. Versos prestados, pues Sarmiento no tuvo don de poeta, pero que ilustran su descripción de como el Paraná y el Uruguay:

*se encuentran,
y reuniendo sus aguas,
mezclando nácar y perlas,
se derraman en el Plata.*¹⁸

En otro punto, a mitad del libro, se detiene de contar los horrores de Facundo para deleitarnos con una bellísima descripción de Tucumán que comienza, con entusiasmo poético, así:

*"Es Tucumán un país tropical, en donde la Naturaleza ha hecho ostentación de sus más pomposas galas; es el edén de la América, sin rival en toda la redondez de la tierra. Imaginaos los Andes cubiertos de un manto verdinegro de la orla de este vestido doce ríos que corren a distancias iguales en dirección paralela, hasta que empiezan a inclinarse todos hacia un rumbo..."*¹⁹

Y toca en lirismo cuando describe "los bosques que encubren la superficie del país" y nos asegura que:

"esta vegetación que agotaría la paleta fantástica en combinaciones y riquezas de colorido, revoloteaban enjambres de mariposas doradas, esmaltados picaflores, millones de loros color de esmeralda, urracas azules y tucanes anaranjados. El estrépito de esas aves vocingleras nos aturde todo el día cual si fuera el ruido de una canora catarata".

18. Facundo, p. 26 y p. 28.

19. Facundo, p. 197.

Pero apenas comenzamos a deleitarnos en uno de esos oasis descriptivos, cuando nos embiste nuevamente el autor con algún otro "ensayo" de horror. Tal vez nos habla de cómo un pueblo, su pueblo argentino, vivió con "extraño y sistemático desquiciamiento".

De repente se veían las gentes disparando por las calles, y el ruido de las puertas que se cerraban iba repitiéndose de manzana, de calle en calle. ¿De qué huían? ¿Por qué se encerraban en mitad del día? ¿Quién sabe! Alguno había oído el tropel lejano de caballos.²⁰

Eran los jinetes del apocalipsis que siempre se vislumbran en la distancia en su galope macabro, dispuestos a acercarse al menor provocamiento. Facundo fue, por un momento, el preludio de la cabalgata apocalíptica que se oía en la distancia. ¡Y pensar que por tales circunstancias han pasado tantos de los pueblos hispanoamericanos tantas veces!

Tal vez la fuerza literaria de Facundo se deba a su espontaneidad y sinceridad, ya que en el estilo no hay nada científico ni cultivado. Aparece como si Sarmiento lo escribió al azar, como con un descuido que si acierta es por casualidad. Pero sea cual fuere el secreto, y han habido incontables opiniones (tantas, tal vez, como lectores) en los ciento y más años desde su publicación, acerca de Sarmiento y su Facundo, ambos (autor y libro) se imponen aún como cimas en el horizonte literario de Hispano América.

20. *Ibid.*, p. 173.

JUAN JACOBO DE LARA
ESCRIBE
ACERCA DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

SOBRE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Hace muchos, muchos años, cuando hacía mis estudios para el doctorado en la Universidad de Columbia, en Nueva York, mi catedrático de Literatura de Hispano América dedicó tres cátedras consecutivas a la figura literaria de Don Pedro Henríquez Ureña. Quedé altamente impresionado, y me dije: "Pero si está hablando de un compatriota mío" y en seguida me dediqué a estudiar a este Henríquez Ureña. Busqué sus libros y todo lo referente a él en las bibliotecas de la Universidad; comencé a comprar todo lo que hubiera en las librerías y escribí a mi familia aquí en Santo Domingo al respecto. Mi hermana Dulce María, persona servicial y sumamente amable, se puso en actividad y comenzó a enviar todo lo obtenible, sobre don Pedro y se puso en contacto con don Emilio Rodríguez Demorizi, nuestro ilustre historiador, y quien, como se sabe, fue depositario de los archivos y papeles de don Pedro.

La amabilidad y generosidad del Sr. Rodríguez Demorizi fue espontánea y abundante. Primero por vía de mi hermana, y luego directamente, me facilitó toda clase de papeles, cartas, manuscritos e información, de modo que mi colección de material de, y sobre, don Pedro, comenzó a alcanzar proporciones respetables.

En primer lugar, como tesis para el curso de Literatura Hispano Americana de que hablé al comenzar esta charla, escribí sobre "Pedro Henríquez Ureña". Ese fue el primer producto de mis estudios e investigaciones sobre el ilustre compatriota.

Voy a repetir a continuación parte de ese trabajo mío, precursor de todo lo que he escrito y editado luego sobre el tema de don Pedro.

“La contribución de Pedro Henríquez Ureña a la cultura y a las letras de nuestro mundo hispano es particularmente significativa en su importancia, más bien que en su volumen. Ensayista, crítico, filólogo, e historiador, llegó a ser una autoridad en cada una de dichas disciplinas, pero fue siempre su obra más meditada que escrita. Lo que publicó fue siempre el resultado de sus detenidas reflexiones o de sus meticulosas investigaciones y estudios”.

A principios de 1901, cuando contaba diez y seis años, se graduó de Bachiller. Ya era reconocido entre la juventud de Santo Domingo por su superioridad intelectual, pero en ese momento se lo llevó su padre a Nueva York con sus hermanos. Comenzó entonces la vida y participación del joven Pedro en la vida artística e intelectual de la gran urbe.

Vivió en Nueva York unos cuatro años, durante los cuales escribió la mayor parte de sus poesías y muchas de sus crónicas teatrales, así como artículos y reseñas críticas de actualidad.

En 1906 se inició su primera estada en México, y de seguida formó parte activa del grupo literario modernista del día. Entonces comenzó su asociación y amistad con tantos mejicanos que más tarde llegaron también a destacarse en el mundo de las letras. Dentro de ese movimiento juvenil, como dijo luego su hermano Max, “Pedro era calificado cariñosamente como el Sócrates del grupo. La personalidad de Pedro se singularizaba por su temperamento de maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre, con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, maestro”.

Se inició entonces la gran amistad y admiración mutua entre Pedro y Alfonso Reyes, “el benjamín del grupo, que tanto en el verso como en la prosa hacía ya gala de las excepcionales dotes que lo han consagrado como maestro del pensamiento y artífice de la expresión”. De Pedro dijo Reyes, que

En calles y plazas, teatros y escuelas, conciertos y asambleas, y dondequiera que se congrega la gente, ya en sus escritos o en sus conferencias, ya en la reclusión de los libros, las lecturas en común o las meras charlas,

allí estaba Pedro, con su interrogación implacable, para deslindar lo cierto de lo dudoso, y lo que se sabe, de lo que se sospecha o lo que se ignora; allí estaba él para aquilatar la sensibilidad, la probidad, la autenticidad de cada uno... Inmensamente generoso en sus curiosidades y en su ansia delirante de compartirlas... se le hojeaba como a viviente enciclopedia; se le consultaba como a consejero intachable en todos los trances del oficio. Se usaba y se abusaba de su incansable solicitud, y esto era su mayor júbilo.

Esas cualidades personales se manifiestan también en sus obras: modestia en sus pretensiones, exactitud en sus informaciones, amplitud en su tema, y lo que escribe y publica es ya un conjunto reducido a lo esencial, sin prosa erudita ni elegancia superflua o hueca. Sus últimas obras son de un estilo literario que no era posible usar hasta hace pocos años: frases concretas y sentencias completas. Escribe una prosa sólida, precisa, clara, y que no pasa de moda; escribe con su habitual modestia, pero dejando escapar, casi con rubor, la emoción.

Esos años del joven Pedro en México (joven en años, pero maduro en intelecto, y de inteligencia cultivada) fueron sumamente fructíferos para Pedro, quien fue el alma del grupo de jóvenes con ansias de saber y de aprender, jóvenes con inquietudes literarias, artísticas e intelectuales. Fue ese grupo que fundó primero la Sociedad de Conferencias, y luego el Ateneo de la Juventud.

En el grupo figuraban, junto a Pedro, su hermano Max, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Jesús Acevedo, Julio Torri, y otros.

En 1905, en La Habana, publicó Pedro su primer libro, *Ensayos Críticos*.

En 1910, en México, editó su segundo libro, *Horas de Estudio*, impreso en París.

Con esos dos primeros libros y la multitud de ensayos y otros escritos suyos que continuamente aparecían en publicaciones de Santo Domingo, Cuba y México, quedaba ya Pedro Henríquez Ureña consagrado como un prosista de primer orden.

Entre tanto, la Revolución comenzó en México y dominaba la atención de todos. Las vicisitudes políticas hacían salir a algunos de sus amigos al extranjero y habían casi paralizado toda vida cultural.

Durante el 1913, Pedro ayudó a reorganizar la Escuela de Altos Estudios, además de atender sus numerosas cátedras y demás obligaciones universitarias.

A comienzos de 1914 completó Pedro la carrera de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad de México, profesión que, sin embargo, nunca ejerció. La tesis que presentó, para obtener el título, fue sobre *La Universidad*: una síntesis histórica de la institución y de sus funciones.

A poco, sin embargo, la situación política le obligó a salir de México, sin siquiera esperar a recibir su título de abogado.

Llegó a La Habana, donde fue muy bien recibido por la prensa y por sus amigos, y permaneció allí hasta fines de este mismo año, cuando siguió a Estados Unidos: primero a Washington y luego a New York.

De Nueva York pasó Pedro a Minneápolis a enseñar en el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad de Minnesota.

Al iniciar Pedro sus cátedras, también se inscribió en la Escuela Graduada de la misma Universidad para obtener el grado de "Master of Arts." Se distinguió tanto como estudiante como se venía distinguiendo como catedrático. En 1917 presentó su tesis y se fue a pasar el verano en Madrid visitando a su fraternal amigo Alfonso Reyes, quien trabajaba allí en el Centro de Estudios Históricos.

En septiembre estaba de regreso en Minneápolis e iniciaba sus estudios hacia el doctorado, el cual obtuvo en 1918. Su tesis fue una elaborada ampliación del tema iniciado en sus tesis de Master, y que llevó por título "La Versificación Irregular en la Poesía Castellana".

Aun durante esos años universitarios en Minnesota, Henríquez Ureña escribió y publicó sus trabajos literarios, crónicas y reseñas. El ensayista crítico, sin embargo, cedía terreno al filólogo investigador. Todo el trabajo de investigación y el tema de sus dos tesis, y sus contactos directos con el grupo filológico del Centro de Estudios Históricos de Madrid, le habían con-

quistado hacia el terreno de la filología y de la investigación científica.

El Centro de Estudios Históricos publicó su disertación, con un prólogo de su Director, don Ramón Menéndez Pidal, trabajo que aún hoy es fundamental en su campo.

Aprovechó el año que pasó entonces en Madrid, como hacía en todas partes para estudiar, aprender, observar y aquilatar valores. Algunas de sus impresiones aparecieron en artículos, que luego recogió y publicó, en México, en forma de libro, en 1922, con el título *En la Orilla: Mi España*.

Su viejo amigo y compañero mexicano, José Vasconcelo, ocupaba la Secretaría de Educación en el gobierno de su país, y llamaba a Pedro para que fuera a colaborar con él en su formidable campaña contra el analfabetismo y su grandiosa obra en pro de la educación en México.

Al fin se decidió a atender al llamado de Vasconcelos y se fue a México, donde le esperaban viejos y buenos amigos, alumnos fieles, y allí iba a encontrar a su futura esposa. También iba a encontrar viejos y nuevos enemigos.

Como años antes, volvió Pedro Henríquez Ureña a ser una inspiradora influencia entre la juventud literaria y académica de Ciudad de México. Había surgido una nueva generación que él guiaba en seguida con su habitual don de maestro. El llegó con el entendido de ocupar un cargo al lado de Vasconcelos, pero otros cargos y muchas responsabilidades se les fueron adjudicando; fue catedrático de la Escuela Preparatoria de la Universidad Nacional de México, fue catedrático de la Escuela de Altos Estudios de la misma Universidad, fue Director fundador de la Escuela de Verano de dicha Universidad y de su Departamento de Intercambio Universitario.

En esta última capacidad llevó distinguidos profesores de afuera del país a enseñar en su Escuela de Verano. Atrajo muchos estudiantes extranjeros, introduciendo así, en la enseñanza superior, su propio sentido de universalidad. Allí estuvo el Profesor Federico de Onís, a quien don Pedro conocía, en Nueva York desde 1918. En el verano de 1922 invitó a su joven amigo chileno Arturo Torres Rioseco a enseñar allí. Torres Rioseco le había sustituido el año anterior en la Universidad de

Minnesota. Era la primera vez que éste dictaba un curso de literatura hispanoamericana.

Cuenta Torres Rioseco que al llegar a México se vio mucho con Pedro y sus amigos mexicanos. Dice que allí escuchó "su palabra mesurada, serena, profunda y sabia. Charlas en su despacho de la vieja universidad, en los pasillos, en las salas de clase, visitas a su amable casa en un lejano barrio de México. Confiesa que la Universidad quedó, para él, semidesierta cuando "Pedro partió en viaje a la América del Sur en compañía de Vasconcelos, Antonio Caso, Julio Torri y otros intelectuales mexicanos."

Pedro Henríquez Ureña, a la edad de treinta y ocho años, había vivido casi toda su vida viajando, enseñando, escribiendo y buscando su propia orientación. Se encontraba nuevamente en México, pero haciendo ya todo lo posible por irse a la Argentina, siempre cambiando de ambiente con la esperanza de mejorar. Pero ahora entraba en su vida algo nuevo, estaba enamorado. Pedro estaba enamorado de la muy joven y muy bella mexicana Isabel Lombardo Toledano, a quien él llevaba veinte años.

Pedro e Isabel contrajeron matrimonio en México el 23 de mayo de 1923. Pero casi en seguida, debido a los acontecimientos políticos de México, perdió Pedro sus cargos universitarios; quedó sin trabajo.

Nació su primogénita y le puso Natacha, como la heroína de Tolstoi, a quien don Pedro admiraba muchísimo. Y, al fin, se fueron para la Argentina. La suerte estaba echada.

Entonces comenzó la época argentina de Don Pedro, enseñando en La Plata y en Buenos Aires. Se instaló en La Plata y pronto llegó a ser un favorito de profesores y alumnos, pues se impuso por su saber y por su superioridad. En La Plata, como antes en México, se rodeó de un grupo de discípulos que lo apreciaron en todo su valer.

El Maestro seguía sembrando la semilla del saber por medio del estudio, y encontró allí también jóvenes ansiosos de aprender. También como escritor encontró don Pedro un ambiente estimulante. Comenzó para él la etapa de su madurez, de su plenitud. En la Argentina viviría el resto de su vida y

produciría lo más acabado, lo más valioso de su obra como escritor y como maestro.

Durante esos primeros años argentinos escribió don Pedro sus más importantes ensayos, desarrolló sus más interesantes temas, lo mejor de su obra de pensador y americanista. Fueron los años que vivió en La Plata pues no estaba tan agobiado de cargos y obligaciones académicas y editoriales como estuvo más tarde cuando se trasladó a Buenos Aires.

Una característica sobresaliente de don Pedro era su inteligencia que, por lo superior y genuina, se escondía detrás de su habitual modestia. Su superioridad se atisbaba con el trato, con el acercamiento, y entonces se descubría su obra característica sobresaliente, una bondad inagotable.

Aunque don Pedro dictó cátedras en las Universidades de La Plata y Buenos Aires, no llegó a ser titular ni en una ni en otra a pesar de su indiscutible superioridad y de corresponderle la designación: La razón dada para justificar esa omisión fue que él no era ciudadano argentino. Pedro Henríquez Ureña nunca cambió su ciudadanía, murió dominicano. El americanismo y el universalismo tan profundo por los que él abogaba no empañaron el entrañable amor que sintió siempre por su país natal. Se le llama ciudadano de América, y América fue su gran preocupación, aunque siempre llevó en el corazón la patria que le vio nacer. Sus, numerosos trabajos sobre Santo Domingo, que se extienden a todo lo largo de su carrera, así lo atestiguan.

En 1931 hacía treinta años que Pedro Henríquez Ureña había salido de su patria. Como la situación política y universitaria le parecía en ese momento peligrosa en la Argentina, escribió a su hermano Max que era Superintendente General de Enseñanza en Santo Domingo, para ver si le era posible trasladarse allí con alguna buena perspectiva.

Muy pronto don Pedro fue invitado por el gobierno dominicano a ir a ocupar la Superintendencia de Enseñanza y su hermano Max fue nombrado Secretario de Estado. Luego Max ocupó varias posiciones diplomáticas fuera del país. Francisco Henríquez y Carvajal, su padre, también fue llamado por el gobierno dominicano a ocupar cargos diplomáticos. Todos los Henríquez Ureña se ilusionaron con la oportunidad de servir a

su patria y acudieron al llamamiento. Don Pedro aceptó y decidió mudarse a Santo Domingo con su familia, pero sin renunciar a sus cargos argentinos. Pidió licencias por un año, como medida de precaución.

Pedro Henríquez Ureña llegó a Santo Domingo el 15 de diciembre de 1931. El recibimiento que le hicieron en su ciudad natal, después de tantos años de ausencia, revistió carácter apoteósico. El gobierno dominicano le nombró Superintendente General de Enseñanza, desde antes de su llegada, de modo que se le hizo un recibimiento oficial. "Fue recibido en el muelle por las autoridades escolares, por los planteles de enseñanza y por una enorme multitud, en la cual figuraban prominentes ciudadanos." Hubo discursos de bienvenida, marcharon hasta la Universidad y allí habló don Pedro, con emoción, agradeciendo tal recibimiento. Se alojó, con su esposa e hijas, en el hogar de su hermano Max, entonces Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, mientras encontraba una casa apropiada en la cual instalarse.

Muy pronto comprendió que ese cambio había sido un grave error y que no podría radicarse definitivamente en su país. Pero para regresar a la Argentina tendría que reunir los fondos necesarios. Esperó todo el 1932 y la primera mitad del 1933.

En el año 1933 el padre de don Pedro, Francisco Henríquez y Carvajal, era el Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana en París. Ya don Pedro estaba en condiciones de costearse el regreso a la Argentina, pero tenía que hacerlo con cautela para evitar conflictos con el gobierno dominicano. Envió a su esposa, doña Isabel, y a sus hijitas, Natacha y Sonia, aparentemente a visitar a su padre en la Legación Dominicana de París. Poco después pidió él licencia de su cargo para ir a buscarlas. La licencia le fue concedida y él salió el 29 de junio de 1933 en el vapor Macorís, desde Puerto Plata, el mismo día en que cumplía cuarenta y nueve años de edad. Después de año y medio en su país, dejó Pedro Henríquez Ureña las tierras dominicanas por última vez.

Volvió don Pedro a instalarse en Buenos Aires y a asumir sus innumerables actividades académicas y editoriales.

En 1940 la Universidad de Harvard invitó a don Pedro a ocupar durante ese año lectivo, la cátedra Charles Eliot Norton. Cada año se invita alguna autoridad de fama mundial, y dicha invitación conlleva prestigio y distinción.

Don Pedro escogió como tema para sus conferencias las corrientes literarias y culturales seguidas en Hispanoamérica en la búsqueda de nuestra genuina expresión. El resultado fue su obra, con las ocho conferencias, publicadas en inglés, en 1945, por la misma Universidad de Harvard, y más tarde traducida al español bajo el título de *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*.

Esos meses, casi un año, en Harvard, fueron su última visita a los Estados Unidos. Hacía cuarenta años de su primera llegada a Nueva York, mero adolescente, en 1901. Volvió a la Argentina con nuevos laureles, ganados en su dedicado magisterio.

Pedro Henríquez Ureña murió el 12 de mayo de 1946, pero tres días antes había terminado su última obra, la culminación de sus investigaciones y estudios, la cristalización de su más caro objetivo, la coronación de su obra escrita, su *Historia de la Cultura en la América Hispánica*. Con suma brevedad y claridad y competencia traza Henríquez Ureña en esta obra póstuma el desarrollo de nuestra cultura dentro de la tradición hispánica, y al concluir con el momento presente comprendemos que en esta última obra nos legó Pedro "Nuestra expresión" como unidad cultural hispanoamericana.

La muerte de Pedro Henríquez Ureña fue una irreparable pérdida para el mundo hispánico de las letras. Siempre fiel dominicano, había dispuesto que sus restos fueran enviados a Santo Domingo a reposar junto a la tumba de su madre en la iglesia de las Mercedes. Ese último deseo suyo se cumplió el año pasado, a los treinta y cinco años de su muerte, cuando se trajeron sus restos y se les dieron sepultura de acuerdo con sus instrucciones y deseos.

Ya dijimos que la poesía fue obra de sus años juveniles solamente. Al llegar a su relativa madurez, escribió y publicó prosa. El ensayo fue el medio de expresión literaria en que don Pedro presentó sus temas críticos, temas literarios y temas

históricos. Muchos de sus libros fueron colecciones de ensayos.

En 1924, con su traslado a la Argentina, comenzó para don Pedro, la etapa de su madurez como escritor, la etapa de su plenitud. El ensayista crítico de la juventud cedía el paso al orientador de la juventud de Hispanoamérica.

A Pedro Henríquez Ureña se le denominó "un ensayista crítico," pero el crítico siempre predominó en él, un crítico en el verdadero sentido de la palabra.

Su crítica fue como la define el Diccionario de la Real Academia Española: "Arte de juzgar de la bondad, verdad y belleza de las cosas; cualquier juicio formado sobre una obra de literatura o arte; conjunto de opiniones expuestas sobre cualquier asunto."

Don Pedro estudió a fondo no solamente las literaturas de España e Hispanoamérica, sino que también estudió literaturas extranjeras: es decir, de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Europa. Todo eso fue parte de su universalidad: es decir, conocer todas las literaturas y todas las culturas.

Pedro Henríquez Ureña fue un humanista, tal vez el más completo de nuestros humanistas. También fue un dedicado americanista: dedicado a orientar la juventud, a definir y fijar en esa juventud intelectual el ideal de Hispanoamérica.

Como ensayista y como americanista Pedro Henríquez Ureña se dedicó no solamente a definir el ideal de nuestra América, sino a buscar su identidad, su propia expresión.

Sus viajes y su vasta cultura contribuyeron grandemente a su universalidad. Su gran patriotismo rebasó, desde muy temprano, las fronteras de su patria, y se identificó con su magna patria americana. Su mayor preocupación fue el tema fundamental del espíritu de nuestra América. Dedicó lo más de su tiempo a un genuino apostolado de americanismo. El tema americano es el que sobresale en su obra.

Sus dos últimos libros así lo atestiguan: *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, resultado de sus conferencias en Harvard; y su *Historia de la Cultura Hispanoamericana*, que es, en realidad, una síntesis de las ideas, estudios e investigaciones de don Pedro a lo largo de su vida como un apóstol de Hispanoamérica.

Aun su americanismo, sin embargo, no fue la base de su don único; su creatividad se manifiesta de una manera más sutil. La impresión que uno recibe hablando con aquellos que le conocieron personalmente es la de su extraordinaria vitalidad mental y la de su franqueza al confrontarse con alguien. Tanto de su intelectualidad actual está tan alejada de la vida activa, y las ideas tienden a existir en el limbo sin relación a lo concreto. De tal cosa no se pudo nunca culpar a Henríquez Ureña. Su vida entera fue una lucha prolongada a fin de hacer más reales y de actualidad lo intangible y abstracto que, generalmente, permanece quietamente dormido en el reino de lo ideal.

Y para terminar, quiero repetir el párrafo final de mi libro "Pedro Henríquez Ureña, su Vida y su Obra."

Tal vez una de las más convincentes indicaciones en Pedro Henríquez Ureña es al extremo que han persistido y florecido los principios y objetivos que él valorizó y acentuó. Su excelencia fue de un tipo quieto y penetrante; ni sorprendía ni deslumbraba, pero gradualmente, con el tiempo, transformó y sigue transformando el modo de pensar de Hispanoamérica. Tan frecuentemente, en una carrera pública se avanza dentro de un área determinada sin tocar o entrar en otras disciplinas, pero con Pedro Henríquez Ureña su desarrollo fue constante y en todas direcciones; y le llevó a una visión integrada, orgánica de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser. El nos confrontó con nosotros mismos; nada es más valioso.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA APOSTOL DE AMÉRICA*

A Pedro Henríquez Ureña se le llama Apóstol de América y se le compara con los apóstoles del siglo diez y nueve. Vemos en sus escritos cómo él se inspiró en Bolívar, Bello, Sarmiento, Hostos, Martí y Rodó. Se establecen comparaciones entre los escritos orientadores de éstos, y los de Henríquez Ureña, a fin de ver cómo llegó a ser la síntesis de los anteriores, un apóstol del siglo veinte.

El americanismo de Pedro Henríquez Ureña se inició desde sus escritos juveniles. En un artículo que escribió a los veinte años, sobre José Enrique Rodó y su mensaje orientador *Ariel*, dijo el joven escritor que al definir el ideal de Hispanoamérica tendía Rodó, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual. Fue como si eso mismo se fijara en la mente de Henríquez Ureña, pues al definir el ideal de Hispanoamérica tendió en lo adelante en sus escritos, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual de nuestra América. Al igual que Rodó, Henríquez Ureña llegó a ser un orientador de las generaciones nuevas de Hispanoamérica.

Como orientador de la obra de Rodó, como ensayista y como americanista, Henríquez Ureña se dedicó no solamente a definir el ideal de nuestra América, sino a buscar su identidad, su propia expresión.

En su artículo sobre el *Ariel* de Rodó declaró Henríquez Ureña que para nuestros pueblos ese momento histórico era

* En el "Coloquio de Pedro Henríquez Ureña", celebrado en la UNPHU en 1980.

crítico, porque la ley de la vida internacional les imponía ya tomar una dirección definitiva en su vida propia, y sólo la cooperación de las mejores fuerzas los podía lanzar en una dirección feliz. Afirmó al mismo tiempo que la juventud posee esas fuerzas nuevas. Desde ese momento, el joven Henríquez Ureña encabezó esa juventud intranquila dondequiera que él se encontrase. Y concluyó el joven Pedro Henríquez diciendo: "La fe en el porvenir, credo de toda juventud sana y noble, debe ser nuestra bandera de victoria".

Henríquez Ureña escribió del Rodó escritor y del Rodó orientador, y dijo que "en sus luminosas páginas se cierne, en gloriosa lontananza, la visión de la América." En ese punto, diríamos que comenzó en el joven Henríquez Ureña su primera inquietud por nuestra América como una unidad de naciones. El fue uno de los jóvenes que oyó la prédica de Rodó y que no la olvidó.

Cuando apareció el primer libro de Henríquez Ureña, Rodó fue de los que le escribió con entusiasmo.

¿Cómo era posible que un joven de veinte y un años mereciera elogios de la pluma de José Enrique Rodó? El libro de Henríquez Ureña apareció en La Habana a fines de 1905; indudablemente que un ejemplar le fue remitido en seguida a Rodó puesto que su carta es del 20 de Febrero y escrita en Montevideo. Rodó era, en ese momento, un pensador y un crítico de primera magnitud; su obra se leía y se comentaba en toda Hispanoamérica y en España. Henríquez Ureña, en cambio, era un joven casi desconocido de las Antillas. Los elogios de Rodó, por tanto, nacieron de su entusiasmo por la prosa de Henríquez Ureña: tanto las ideas como el estilo demostraban madurez y un criterio superior.

De todas partes recibió el joven Henríquez Ureña elogios por ese primer libro, que le dio a conocer en el mundo hispánico. Y fue en ese preciso momento cuando él decidió irse a México, después de más de un año en Cuba, en busca de horizontes más amplios, en busca del resto de América. Ya él era bien conocido en Cuba y en Santo Domingo por sus frecuentes escritos en revistas y periódicos; ya había vivido en Nueva York desde los diez y seis hasta los veinte años; ahora se iba a México con un concepto ya más amplio de una patria

grande, hemisferial, americana, en contraste con su patria chica, la isla que le vio nacer.

En México vivió ocho años, de 1906 a 1914, y desde el primer momento ejerció allí una marcada influencia en la juventud intelectual; fue mentor del movimiento renovador que inició la Sociedad de Conferencias y, más tarde, el Ateneo de la Juventud. El Ateneo tenía por objeto el trabajar en pro de la cultura, pero Henríquez Ureña no se limitaba a lo mexicano; él inició el estudio de la literatura de España, que hacía un siglo se ignoraba en Hispanoamérica, como base fundamental de la nuestra; y se remontó a la literatura y la cultura griegas como raíz de nuestra civilización occidental. Su visión del mundo y de las cosas adquirió entonces dimensiones de tiempo y de espacio que sobrepasaban las ideas de su época.

Primero en México, después en los Estados Unidos, y más tarde en la Argentina, Pedro Henríquez Ureña enseñó en su cátedra la literatura española. Su interés por la literatura de España fue profundo, considerándola una base indispensable para el estudio de la literatura de la América hispánica. Este fue un punto de vista nuevo, revolucionario, puesto que desde la Independencia un siglo antes se había ignorado a España y todo lo español en las nuevas naciones de América, por un afán de absoluta independencia. Pero después de la derrota de España por los Estados Unidos al finalizar el siglo, España dejó de ser una amenaza para las naciones de Hispanoamérica y se le comenzó a reconocer como la Madre Patria. Henríquez Ureña fue de los primeros en estudiar y enseñar la valiosa literatura española.

Como anterior a la española y como fuente de todas las literaturas de occidente, él estudió también la literatura griega; se empapó de cultura griega y, de ahí en adelante, se remontó siempre a esos orígenes lejanos para formular sus juicios, y, como base de sus referencias. Enseñó pues, lo español y lo griego, y formó maestros en México y en la Argentina que propagaron luego su enseñanza.

Dijo el mexicano Antonio Castro Leal que como tantos misioneros del siglo XVI partió Pedro Henríquez Ureña de la pequeña isla de Santo Domingo para recorrer el inmenso continente americano. De cada país donde estuvo hizo su patria.

Como los misioneros, sabía que un evangelio, el de la cultura, salvaría a nuestra América. Como los misioneros, no renegó de España, sino que alababa en ella lo bueno y temía el contagio de lo malo. Ha sido uno de los americanos más nobles, más buenos, más sabios, más inteligentes y de más fina sensibilidad de este siglo. Hay hombres preocupados por el destino de Hispanoamérica, cuyo pensamiento y acción rebasan las fronteras nacionales. Son redentores, como Bolívar y San Martín; apóstoles, como José Martí y José Vasconcelos; o evangelistas, como Andrés Bello y Manuel González Prada. A esta última categoría pertenece el gran humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña.

El entusiasmo de Castro Leal en su juicio de Henríquez Ureña es generalmente compartido por todos los que le conocieron en todos los países del hemisferio occidental. En juicios concretos, tratando del tema "La América española y su originalidad", dijo don Pedro que al hablar de la participación de la América española en la cultura intelectual del Occidente es necesario partir de hechos geográficos, sociales y políticos".

Considerando que desde el momento de la independencia política, la América española aspira a la independencia espiritual, Henríquez Ureña enumera aquellos escritores que han sobresalido durante los últimos cien años: Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Rodó, Darío, los cuales pertenecen al grupo de los apóstoles del siglo pasado.

Antes de continuar analizando a Henríquez Ureña en su papel de "apóstol de América" vamos a mirar hacia atrás y a buscar sus puntos de contacto con los apóstoles del siglo pasado. El primero fue Bolívar. Simón Bolívar no solamente fue el genio militar que logró la independencia de medio continente, sino que fue un visionario que se adelantó a su época; él aspiró a crear una gran nación consolidando las diferentes colonias que iba liberando; también inició la creación de una Confederación Panamericana de naciones. Ambos intentos fracasaron, pero su ideal persiste.

De los muchos escritos de Bolívar, el que nos concierne aquí es su carta de Jamaica, que él escribió durante su permanencia en dicha isla, a un caballero que se tomaba gran interés en la causa republicana en la América del Sur, y que está fechada el

6 de septiembre de 1815. Bolívar confiesa en esa carta que, aunque él desea ver formarse en la América española la más grande nación del mundo, comprende que eso es un imposible. Analiza cada uno de los países separadamente, como existían entonces en vísperas de su independencia, apuntando sus similitudes y sus diferencias. "Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto fue para los griegos!" dice Bolívar. Y ya en esa carta inicia su gran idea panamericanista, de que ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas de nuestro hemisferio.

Esta grandiosa idea fue llevada a cabo por el mismo Bolívar. Nueve años más tarde, siendo Presidente de Colombia, invitó a las nuevas naciones americanas a participar en un Congreso Internacional en Panamá, que se celebró en 1826. El resultado fue, desde el punto de vista práctico, un fracaso. En su Carta de Jamaica había previsto Bolívar las razones que impedían la unión panamericana de las nuevas naciones: falta de talentos y virtudes políticas; el despotismo imperante; la diversidad de climas, situaciones e intereses creados entre las diferentes regiones.

Lo importante del Congreso de Panamá fue que estableció un precedente; fue el primer esfuerzo hacia la unión espiritual de nuestra América, unión que un siglo más tarde predicó Pedro Henríquez Ureña en su mensaje "Utopía de América". Todavía no se ha logrado lo que quiso Bolívar pero su visión persiste; la han mantenido los otros apóstoles del siglo pasado que le siguieron y la recogió nuestro siglo. Se han celebrado muchos Congresos Panamericanos, con más o menos éxito, pero el resultado final, la visión bolivariana, se aleja todavía en la distancia.

El segundo de los grandes apóstoles, precursores de Henríquez Ureña, fue Andrés Bello, contemporáneo de Bolívar y su compatriota. Pero cuando Bolívar eligió la espada para liberar a América, Bello eligió las letras y por unos veinte años en los que vivió en Londres estudió y escribió y se cultivó. Su obra y su reputación crecían. Llegó un día en que aceptó la invitación del Gobierno de Chile para ir a hacerse cargo de la educación del país, y dio el paso más importante de su vida. Se trasladó a

Chile y, por treinta y seis años, fue desde allí el mentor de la cultura y del saber hispanoamericanos.

Bello fue, como Henríquez Ureña después, un Ciudadano de América. Viviendo en Londres recibía distinciones y se le ofrecían nombramientos desde Colombia, Perú, Argentina, Chile y otros países; su nacionalidad no importaba, él era un americano que se imponía por su superioridad y su saber. Lo mismo pasó con Henríquez Ureña en nuestro siglo, excepto que este último vivió y sirvió en muchos países a lo largo de su carrera. Pero la obra de uno y de otro no fue para un país exclusivamente sino para todo Hispanoamérica, ambos pensaron en términos americanistas más bien que nacionalistas.

En un largo poema, su primera "Silva Americana", Bello canta a ciudades, ríos y comarcas de su América, e inicia la literatura de temas americanos que él y muchos otros cultivaron luego. Esa primera Silva de Bello se considera como la proclamación de la independencia intelectual de la América española. A esa Silva siguió la segunda, "La agricultura de la zona tórrida", en la cual Bello pinta la riqueza natural de las tierras tropicales de América y alienta a las jóvenes naciones a cultivar su suelo: realidad y alegoría que hicieron de esa Silva un canto precursor de la literatura romántica en Hispanoamérica, la literatura que buscó lo propio, que descubrió la naturaleza americana.

A la generación que siguió a la de Bello perteneció Domingo Faustino Sarmiento, de quien dijo Henríquez Ureña que "tenía el ímpetu romántico pleno, la energía de la imaginación y el apasionado torrente de palabras, junto con viva percepción de los hechos y rápido fluir de pensamiento. "Pero, agrega Henríquez Ureña, que Sarmiento, "con todos esos dones, no se resignaba a quedarse en mero escritor; sólo pensaba en servir a su patria argentina, a Chile, a toda la América española".

Cuando el joven Sarmiento se fue, desterrado, a Chile, escribió en los periódicos y tomó parte en la querrela de clásicos y románticos. Se iniciaron sus polémicas con Bello, las que engendraron la célebre generación del 42, importantísima en la historia de la literatura chilena. Sarmiento representaba la generación nueva, romántica; Bello pertenecía a la generación anterior, de formación clásica. El

choque de sus dos personalidades, de sus dos épocas, estimuló las letras y el pensamiento en Hispanoamérica. Ellos representaron corrientes antagónicas: Bello, la tradición clásica; Sarmiento, la espontaneidad renovadora.

Bello fundó una Universidad. Sarmiento organizó la primera escuela normal de la América Española. Ambos fueron apóstoles de la educación tanto como lo fueron de la libertad y la cultura. La obra de ambos tiene muchos puntos de contacto, pero sus diferencias de personalidad, de temperamento, de generación, les separaron belicosamente. Sarmiento fundó el primer diario de Santiago de Chile y desde sus páginas lanzó sus continuos ataques a Bello. Desde entonces y para siempre, Sarmiento vivió con la pluma en la mano.

Pedro Henríquez Ureña que en tantos aspectos de su obra fue un continuador de esos dos grandes americanos, pareció reunir en sí mismo a ambos: la preparación profunda y clásica de un Bello y la intranquilidad revolucionaria de un Sarmiento. En nuestro tiempo no se trataba de clásicos románticos; la generación de principios de siglo, a la cual pertenecía el dominicano, se llamó modernista; pero él no se identificó con ninguna escuela, sino que orientó a su vez con el equilibrio intelectual de Bello y el entusiasmo civilizador de Sarmiento.

También orientó con la fe apostólica de Hostos. Eugenio María de Hostos fue de los últimos grandes pensadores del siglo diez y nueve en Hispanoamérica. Luchó con su pluma y por medio de su obra educadora, ejerciendo grandísima influencia en todo el continente. Siguió los pasos de Bello y hasta vivió en Chile por muchos años, escribiendo y enseñando, y siempre predicando la justicia y la verdad.

Henríquez Ureña dijo de Hostos que, aunque nació en Puerto Rico, reconoció como patria a la América española. Así él, que nació en Santo Domingo, también reconoció como patria a la América española. Hubo un contacto personal entre ellos, cuando uno había llegado al ocaso de su vida y el otro apenas comenzaba la suya. Hostos había sido más que un amigo en el hogar de los Henríquez Ureña, había sido un ambiente. Los padres y el tío de los Henríquez Ureña participaron de sus ideas apostólicas de libertad y educación, y en ese ambiente "hostosiano" se crió nuestro humanista.

Hostos, como pensador, fue esencialmente moral y, al mismo tiempo, racionalista, con una profunda fe en el poder de la razón para descubrir la verdad, según lo afirma Henríquez Ureña. Su filosofía racional se basaba no solamente en la verdad sino en el bien. El creyó en el destino de América como patria de la justicia, mensaje orientador que recogió Henríquez Ureña.

Henríquez Ureña declaró en su mensaje orientador "Patria de la justicia", que el ideal de justicia está antes que el ideal de cultura, que es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Ese afán por la justicia entre los hombres fue tesis fundamental en la obra de Hostos, y también en la de Henríquez Ureña. Ambos predicaron, por medio de la cátedra y de sus escritos, su ansia de justicia y libertad.

En cuanto a la obra escrita de Hostos, explica el dominicano que todo, para este pensador, tiene sentido ético, que la armonía universal es, a sus ojos, lección de bien, pero que su ética es racional y cree que el conocimiento del bien lleva a la práctica del bien. Como la razón es el fundamento de su moral, Hostos difunde el culto de la razón al mismo tiempo que exalta la fe en la persecución y la adquisición de la verdad.

Las naciones de nuestro hemisferio buscan hoy la justicia y la verdad que predicaron Hostos y Henríquez Ureña; por eso sus congresos panamericanos, sus organizaciones y comités, y mucho de su literatura, buscan ideológicamente, el acercamiento común por medio de la verdad y la justicia. Hasta ahora se ha logrado poco. El triunfo de ese ideal pertenece al futuro. El mismo Henríquez Ureña lo comprendió así cuando dijo en su mensaje *Utopía de América*, "Yo sé que no será en mis días cuando nuestra América suba a donde quiero".

Contemporáneo de Hostos fue José Martí, otro de los grandes apóstoles hispanoamericanos del siglo pasado. Martí no solamente fue el libertador de Cuba sino que ejerció una gran influencia en toda la América de habla española por medio de sus escritos, tanto sus escritos literarios como sus escritos políticos. Fue el último de los libertadores hispanoamericanos, aunque distinto a todos los que le precedieron. Luchó con su

pluma por la libertad de su isla toda su vida y desde todas partes.

Pero no es como libertador que vamos a considerar aquí el americanismo de Martí sino como orientador, como apóstol, al igual que Hostos, al igual que Henríquez Ureña más tarde. Fue Martí quien acuñó la expresión "nuestra América" para designar la América española. Dijo Henríquez Ureña que Martí como escritor, es uno de los más admirables con que cuenta el idioma castellano: su estilo es invención constante, siempre feliz; grande es su riqueza de ideas; la variedad de sus emociones, su fe en la humanidad, la libertad, la justicia y el bien.

Martí fue también, como Hostos, un ambiente para los Henríquez Ureña, pues era amigo de su padre, y sobre todo de su tío Federico Henríquez y Carvajal, a quien le escribió su famosa carta antes de partir para Cuba a morir, la que se conoce como "El Testamento Político de Martí". Diez años más tarde, en 1905, viviendo por primera vez en Cuba, escribió Henríquez Ureña un trabajo titulado "Martí escritor". Habló del Martí pensador, y le llamó "paladín vehemente de las más avanzadas ideas y cruzado de todas las redenciones sociales", orador asombroso, gran poeta, y crítico dotado de vasta erudición y refinado sentido estético".

Lo que Henríquez Ureña urgía en Cuba en 1905 se ha hecho ya hace mucho, reconocer la importancia de Martí como escritor, y también como orientador no solamente de Cuba y las Antillas, sino de toda la América española.

Uno de los puntos de comparación entre Martí y Henríquez Ureña es el hecho de que ambos vivieron en los Estados Unidos y conocieron bien dicho país: sus costumbres, sus actitudes, su cultura, su política. Como escribió Henríquez Ureña, Martí supo fijar los rasgos salientes de su espíritu nacional tan complejo como el de los Estados Unidos. Otros pensadores hispanoamericanos que escribían y hablaban entonces se basaban en ideas y teorías, no en los hechos, como lo hacían Martí primero y el dominicano después.

Como Henríquez Ureña más tarde, Martí descubrió por primera vez el sentido continental de su América al vivir en México durante su juventud; desde entonces su pensamiento abarcó a toda la América Hispana y, con el tiempo abarcó a la

América sajona también. El sentido del conflicto entre su América y la sajona fue interpretado en sus escritos, durante sus largos años de exilio en Norte América. Su obra literaria principal, entonces, se difundió por medio del periodismo, "pero, como dijo Henríquez Ureña, periodismo elevado a un nivel artístico como jamás se ha visto en español, ni probablemente en ningún otro idioma".

Uno de los pensadores hispanoamericanos que siguió a Martí fue José Enrique Rodó, quien escribió de los Estados Unidos por medio de su intelectualidad y no porque conociera a Norte América. Se dice que Rodó fue el último apóstol del siglo diez y nueve y primero del veinte. Su más importante mensaje americanista, *Ariel*, apareció en 1900. En él se dirige a la juventud hispanoamericana y la exhorta a defender su América, a luchar por el ideal de la magna patria. Ese ideal lo recogió Henríquez Ureña y lo desarrolló más tarde en su mensaje "*Utopía de América*". Rodó representó la transición entre los dos siglos; Henríquez Ureña representó el siglo veinte. El uno fue el precursor del otro en su mensaje utópico al dirigirse a la juventud de Hispanoamérica para que concierten en su espíritu la fe, la esperanza, el entusiasmo, la constancia, el vigor necesarios para la magna obra; predicaron la comunión espiritual de las naciones y de los hombres de la América española, la necesidad de trabajar con fe, con esperanza, todos los días, por el ideal de la gran patria americana.

OPINIONES
ACERCA DE LA BIOGRAFIA DE
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
ESCRITA POR JUAN JACOBO DE LARA

La Revista "Aula", ha obtenido la autorización necesaria para dar a conocer algunos documentos privados, o de la organización interna de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, relacionados con la decisión de la Rectoría, de proceder a la publicación de la obra del profesor Juan Jacobo de Lara: "Pedro Henríquez Ureña, su Vida y su Obra".

El ilustre historiador y fraternal amigo de Pedro Henríquez Ureña, don Emilio Rodríguez Demorizi, anotó los siguientes méritos: "En la obra se sigue la norma de P.H.U.: "en un estilo sobra todo lo que no hace falta". El estilo está visiblemente embellecido por la pasión por P.H.U. que fluye a través de cada página de la obra. *Estructura*: Cada obra tiene su propia estructura. La estructura de esta obra me parece perfecta: perfecta la distribución de los capítulos; perfectos los títulos; perfecto el desarrollo de cada capítulo. La obra deberá ser publicada con toda dignidad por la UNPHU. Será obra perdurable y le ganará nombre al autor, en su Patria, en toda la América."

Otras opiniones, de miembros de la Comisión Editorial de la UNPHU. El Dr. Mariano Lebrón Saviñón, director del Departamento de Extensión Cultural, opinó que "Se trata de una obra donde se muestran aspectos muy interesantes de la vida de nuestro humanista, en un estilo claro, llano y accesible. Entiendo, salvo el mejor parecer de esa Rectoría, que el libro en cuestión es digno de que nuestra Universidad lo publique, como un homenaje a la alta personalidad cuyo nombre ostenta."

Del Dr. Malaquías Gil Arontegui, profesor de las facultades de Humanidades y Educación: "Después de leer detenidamente la obra "Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra", del Prof. Juan Jacobo de Lara, me permito recomendar, favorablemente, la posible publicación de dicho trabajo, el cual, en mi modesta opinión, sería no solamente un magnífico homenaje al gran humanista dominicano por parte de la Universidad que lleva su nombre, sino también un seguro éxito editorial para la UNPHU, por la calidad del estudio del Prof. Juan Jacobo de Lara. Mi opinión se basa en los siguientes elementos de juicio:

a) Análisis completo de la personalidad de Pedro Henríquez Ureña, ya que está estudiado de manera integral: como humanista, crítico, educador, etc., así como en sus diversas proyecciones, nacional, americanista e internacional;

b) Amplitud informativa, rigor científico y profundidad de la investigación realizada por el autor.

c) Juicios objetivos y bibliografía casi exhaustiva;

d) Claridad de lenguaje y sencillez de estilo, que permitirían la fácil comprensión por toda clase de lectores, pues en la abundante bibliografía acerca de Pedro Henríquez Ureña, falta una obra que una al sentido crítico y documental, la amenidad de su lectura, condiciones ambas que reúne el trabajo del Prof. de Lara."

Y, finalmente, del Dr. Carlos Federico Pérez, director del Departamento de Publicaciones de la UNPHU: "Considero, después de terminar la lectura del libro de referencia ("Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra", del profesor Juan Jacobo de Lara) que la Universidad puede patrocinar su publicación. Se trata de una obra primordialmente informativa, de mucha utilidad, por su nutrido acopio de datos y su amplia bibliografía, para el conocimiento y valoración de la vida y el legado intelectual del gran humanista cuyo nombre ostenta nuestra Casa de Estudios."



Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

RECTORIA

1871

10 de marzo de 1988

Señor
Dr. Juan Jacobo de Lara
CIUDAD.-

Distinguido escritor y amigo Dr. De Lara:

Tengo el grato placer de comunicarle que el Consejo Académico en su Sesión de fecha 3 de marzo del año que discurre, - por iniciativa del que suscribe y en base a los reglamentos que norman esta Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, la cual me honro en dirigir, decidió por unanimidad mediante resolución crear la Cátedra Magistral Dr. Juan Jacobo de Lara, en reconocimiento a su profunda labor como intelectual y educador, estudioso, investigador y recopilador de la obra que dejara a través de todo el mundo el gran Humanista y Maestro Don Pedro Henríquez Ureña.

Esta Cátedra Magistral será instaurada el próximo 14 de abril dentro del marco de la celebración de la efemérides del - vigésimo segundo aniversario de la fundación de esta hermosa - realidad, que como rezan las letras de su himno nació "bajo el - palio de la dignidad" y fue "hija de un prodigo esfuerzo"

Esperamos que usted nos honre aceptando este merecido - homenaje que la UNPHU le rinde a su alta personalidad en el campo de la humanística y a su rendida y constante adhesión a esta Casa de Altos Estudios.

Con sentimientos de alta estima y consideración, le saluda,

Muy atentamente,

Dr. Jaime A. Vinas Román
RECTOR

JAVR/mam



Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

5953

20 de julio de 1983.-

Doctor
Don Juan Jacobo de Lara
c/o "Studio"
7 Seymour Walk
London, S. W. 10
ENGLAND.

Muy estimado Don Juan Jacobo:

Pláceme muy especialmente saludarle con el objeto de comunicarle que el Consejo Académico de esta Universidad, en su sesión del 7 de julio de este mismo año, acordó otorgarle a usted el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña en atención a la propuesta presentada por la Rectoría, de la cual le estoy remitiendo copia.

Fue para mí una grandísima satisfacción ser el canal para esta decisión de la UNPHU, la cual nos honra a nosotros por el hecho de que reconocer los méritos de los grandes hombres suene siempre un honor para los que lo hacen. Sé que así lo sienten todos los que conmigo han decidido que la UNPHU crece en calidad y brillo al tenerle entre nuestros prestigiosos titulados honoríficos.

Espero sus noticias a fin de hacer los planes definitivos para la celebración del acto solemne de entrega del título. Podría ser en el otoño, en que prevemos que vendrá a Santo Domingo - como es su costumbre. Mucho me agradecería conocer la fecha más probable, tan pronto le sea posible comunicármela, pues en esa forma podría adelantarse los preparativos.

Deseo que esté teniendo una buena temporada en Londres y, sobre todo, que la misma sea beneficiosa para su salud y bienestar general.

Con la reiterada expresión de mi estima más cordial,
le saludo,

Muy atentamente,

Dr. Jaime A. VÍÑAS ROMÁN
RECTOR

JAVR
SPV/csp.-



Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

Fundada el 21 de Abril de 1966

Santo Domingo, R. D.

GRATITUD DE LA UNPHU POR SINGULAR GESTO DE GENEROSIDAD

Por este medio la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, al hacer de público conocimiento un singular gesto de generosidad recibido, expresa simultáneamente a su autor, el Doctor Juan Jacobo de Lara, el más distinguido y profundo agradecimiento de la institución. El citado intelectual dominicano ha cedido a la UNPHU todos los derechos de autor sobre sus obras escritas relacionadas con Pedro Henríquez Ureña, mediante la carta cuyo texto se reproduce a continuación.

2 de julio de 1984

Señor
Dr. Jaime A. Viñas Román
Rector
Universidad Nacional Pedro
Henríquez Ureña
Ciudad

Estimado Señor Rector

Tengo el placer de saludarle cordialmente, con el propósito de hacer constar, para todos los fines de lugar, que por la presente cedo a la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña todos los derechos de autor sobre mis obras escritas relacionadas con Pedro Henríquez Ureña.

En base a esta cesión, que hago libre y espontáneamente, la UNPHU podrá hacer las publicaciones que juzgue oportunas, editar, citar, y recoger y disfrutar los beneficios económicos que mis textos produzcan en el futuro, sin necesidad de una nueva autorización de mi parte.

Hago la presente cesión en atención a la significativa posición y función de esa Universidad en relación con la figura y la obra de Don Pedro, debido a que entre sus roles fundamentales en la sociedad dominicana ha estado y sigue estando el de promover el conocimiento y el aprecio del gran humanista, misión que por largo tiempo ha sido también parte primordial de mi propia vida profesional. No podría estar en mejores manos el esfuerzo de mi trabajo y sus productos.

Con reiteradas expresión de estima, le saluda,

Muy atentamente,

Dr. Juan Jacobo de Lara

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña considera un deber dar a conocer gesto tan noble de desprendimiento, proponiéndolo a la comunidad nacional como modelo insigne de interés por los grandes valores de la nación, puestos por encima de los individuales. En nombre de la UNPHU, gracias.

DR. JAIME A. VIÑAS ROMAN
Rector

INSTITUTO DE LA LINGÜÍSTICA Y TIPOGRAFÍA
AUTOR AGENTE DE LOS DERECHOS DE AUTOR
DISEÑO DE FONTE

CRÓNICAS

El doctor Juan José...
Las cosas...
trabaja...
El doctor...

El doctor...
trabaja...
El doctor...

El doctor...

JUAN JACOBO DE LARA CEDE A UNPHU DERECHOS
AUTOR SOBRE SUS OBRAS ACERCA DE PEDRO
HENRIQUEZ UREÑA

El doctor Juan Jacobo de Lara cedió a la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña los derechos de autor sobre todas las obras que ha escrito acerca de la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña.

El escritor manifestó al doctor Jaime Viñas Román, en una comunicación al respecto, que cede espontáneamente tales derechos, considerando que no podrán estar en mejores manos que en las de la UNPHU, entidad que se ha propuesto promover los valores fundamentales que animaron la vida y la obra del "ilustre dominicano cuyo centenario de nacimiento se ha celebrado recientemente".

Al recibir la donación, el doctor Jaime Viñas Román manifestó que "el gesto de don Juan Jacobo de Lara se levanta como un ejemplo para intelectuales de nuestro país, ofreciendo una forma de devolver a la sociedad, al menos en parte, lo que de ella han recibido".

"Don Juan Jacobo de Lara ha dedicado una buena parte de su vida profesional al análisis de la obra de don Pedro, y a él se debe la labor paciente que hizo posible la edición de las obras completas del gran filósofo, humanista, filólogo y hombre de letras de América", destacó el doctor Viñas Román.

Agregó que al ceder a la UNPHU los derechos de autor, el doctor Juan Jacobo de Lara expresa con hechos que su motivación literaria sobre Pedro Henríquez Ureña ha sido eminentemente profesional y dedicada al esclarecimiento de la verdad.

(Del periódico "Hoy")

UNPHU INVISTE HONORIS CAUSA A EX RECTORES Y CATEDRÁTICO

Por Luis Rodríguez

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) otorgó el título de Doctor Honoris Causa a tres destacados profesionales, uno de ellos ya fallecido, en reconocimiento a su labor en favor de la educación nacional.

Los homenajeados recibieron el reconocimiento de manos del Rector de ese alto centro de estudios, doctor Jaime A. Viñas Román, en un acto celebrado en el auditorium de la academia a las 5:30 de la tarde.

El doctorado honoris causa fue otorgado a los doctores Juan Tomás Mejía Feliú, ex rector de la institución; al profesor Juan Jacobo de Lara y al fenecido arquitecto José Antonio Caro Alvarez, quien fue el primer rector de la UNPHU.

El doctor Viñas Román dijo en su discurso que "nos hemos reunido para honrar los merecimientos de tres personalidades que han estado vinculadas a nuestra institución en forma notable, y lo hacemos, además, en el contexto de dos fechas relevantes, una de ellas para la historia de esta universidad y la otra de un alcance que rebasa los límites de nuestra casa de estudios y de nuestro país".

Señaló que para la expresión de reconocimiento de esos tres dominicanos "por sus méritos singulares" se han escogido los días durante los cuales se celebra el décimo-séptimo aniversario del inicio de la docencia en la UNPHU.

El rector de la UNPHU elogió la labor desarrollada por los homenajeados por los servicios prestados al país en el campo profesional y docente.

Al inicio del acto, la toga y el birrete que debió llevar puestos el fenecido arquitecto Caro Alvarez fueron depositados en una silla en el sitio que correspondía al homenajeado, y el título honoris causa fue entregado a su hijo, el arquitecto José Antonio Caro Ginebra, quien agradeció el gesto de las autoridades de la academia.

En la mesa directiva del acto estaban, además del rector, doctor Viñas Román, los decanos licenciados Edgar Senior, doctor Humberto Sangionni, ingeniero agrónomo Héctor Mena Valerio, doctor Luis A. Duvergé, licenciado Andrés Sallent, licenciado Gustavo Benedicto, ingeniero José Ramón Báez López-Penha y el arquitecto Luis Delgado.

El coro de la UNPHU interpretó el Himno Nacional y otros temas de música autóctona.

El doctor Juan Tomás Mejía Feliú habló a nombre de los homenajeados y dijo que "quisiera que en este momento Dios iluminara mi mente para poder expresar todos mis sentimientos al recibir este homenaje, fundamentalmente porque proviene de una institución a la que quiero tanto, la cual ha demostrado, en su corta pero fecunda existencia, que ha sido hecha a la medida de las necesidades del pueblo dominicano al que está llamada a servir".

Dijo que los fundadores de la UNPHU tuvieron dos grandes aciertos en su inicio al dar a esa academia el nombre del insigne humanista dominicano, doctor Pedro Henríquez Ureña, y por escoger al arquitecto José Antonio Caro Alvarez para ejercer las funciones de primer rector de la misma.

(Del periódico "Hoy")

PONEN EN CIRCULACIÓN
OBRA JUAN J. DE LARA

Por Yazmyn Ríos

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU), puso en circulación recientemente la obra "Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos", escrito por el destacado intelectual doctor Juan Jacobo de Lara.

El acto cultural se efectuó en el campus II de ese centro de estudios y contó con la asistencia de conocidos escritores, intelectuales, poetas, y estudiantes universitarios de la UNPHU.

La presentación de la obra estuvo a cargo del intelectual Manuel de Jesús Goico Castro, quien expresó que es evidente que esta obra suma nuevos lauros a la conspicua figura de Juan Jacobo de Lara en el ámbito continental.

"La temática de estos ensayos, en torneo a producciones señeras de clásicos de la literatura española e hispanoamericana, ofrece un nuevo testimonio de su portentosa erudición y de la profundidad de sus certeros juicios como crítico literario" sostuvo Goico Castro.

Destacó por otro lado que De Lara representa un clásico de nuestras letras contemporáneas. "Su estilo es dúctil, ameno, cristiano, denuncia a todas luces estar nutrido por las savias orientadoras de los clásicos griegos y latinos y por los primates hispanos del siglo de oro", dijo Goico Castro.

En ese mismo orden Goico Castro refirió que en la edición del libro "Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra", estudio biográfico-crítico, escrito por De Lara y publicado anteriormente, ha puesto de relieve el renombre conquistado de Juan

Jacobo de Lara, escrito con gran emoción y fervor americanista.

También manifestó Goico Castro que otra de las obras de De Lara, Epistolario Intimo de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes "nos revelan positivamente que la prosa de Juan Jacobo de Lara está enriquecida por los más impecables recursos estilísticos del idioma y que se identifica con ese acento encantador que descubrió Rubén Darío en la obra de Paúl Verlaine".

Por su parte el escritor Juan Jacobo de Lara con palabras emocionadas agradeció la presencia de sus colegas y escritores dominicanos por acompañarlo a dicho acto, en el que circuló su último libro "Sobre Pedro Henríquez Ureña y otros Ensayos".

Señaló el escritor vegano De Lara que el libro lleva este título porque comienza con algunos ensayos que tratan de Don Pedro y a esos siguen otros temas hispanoamericanos, y por último, temas españoles.

"Antes de estos últimos aparecen unos bosquejos históricos que tratan de tres épocas de la historia dominicana: la colonial, los primeros treinta años de la independencia nacional y el período entre la muerte de Heureaux y la ocupación norteamericana", señaló De Lara.

La última parte de la obra contiene un trabajo: Léxico y Nomenclatura en documentos del descubrimiento, que publicó la Sociedad de Geografía" en su volumen nueve, en 1975.

Juan Jacobo de Lara hizo público su agradecimiento al rector doctor Jaime Viñas Román por sus eternas atenciones y disposición de que fuera publicada la obra.

También presentó esos mismos sentimientos al profesor, poeta y hombre de letras, doctor Mariano Lebrón Saviñón, por la supervisión literaria del volumen.

(Del "Listín Diario")

UNPHU CIRCULA LIBRO DE ESCRITORES

Por Yazmyn Ríos

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) puso en circulación el primer tomo de la correspondencia entre Alfonso Reyes, escritor y pensador mexicano, y el humanista dominicano, Pedro Henríquez Ureña, en un acto celebrado en el salón de conferencia de ese centro de estudios.

Durante el acto el doctor Juan Jacobo de Lara, recopilador de las obras completas del maestro Henríquez Ureña y autor de su biografía, al presentar la obra dijo que la misma constituye la primera parte de una correspondencia intercambiada durante 40 años entre "dos glorias de las letras y del pensamiento hispanoamericano de nuestro siglo".

El orador recordó el comienzo de esa amistad en 1906, año en que Henríquez Ureña viajó por primera vez a México y Alfonso Reyes todavía un adolescente, lo acogió como su mentor, confidente y consejero.

Señaló que este epistolario se prolongó hasta la muerte del maestro dominicano en La Argentina en 1946 y revela, según lo manifestó De Lara: "el desarrollo de esa amistad: lo profundo, lo cándido, lo íntimo del diálogo que mantuvieron estos dos grandes hombres".

Destacó De Lara que en esas cartas se refleja admirablemente el ambiente literario, político y social en que ambos se movían en esos años.

Asimismo, indicó que esa correspondencia abarca los tiempos juveniles en México, su separación en 1913, cuando Alfonso Reyes se exilió a causa de la situación en México, y luego cuando don Pedro se aleja también del país por la misma razón.

A partir de ese momento, Reyes se establece en París y Henríquez Ureña en La Habana, hasta que se declara la I Guerra Mundial en 1914.

Explicó De Lara que este volumen deberá ser seguido por otro, y que corresponde a una época más intensa de su correspondencia, la época de esa guerra que impide que don Pedro se reúna con Alfonso Reyes.

Se estima que este "Epistolario Intimo" que abarca tres temas, se terminará de editar por la UNPHU en octubre próximo.

De Lara resaltó que lo nutrido de esa correspondencia siempre que estuvieron separados "fue igual al intercambio personal que mantenían cuando coincidían en cualquiera de los sitios en que ambos vivieron durante su continuo andar por diversos continentes y países.

Desde su punto de vista, el doctor De Lara dijo que por los años de 1914 fueron los que más actividad de correspondencia se registró entre ambos maestros "Pedro planeaba irse a juntar con Reyes en Europa, pero al estallar la guerra y ser imposible realizar ese proyecto, Pedro acaba de dejar La Habana y trasladarse a la capital Norteamericana; Alfonso, teniendo que abandonar a París y refugiarse en España, donde malpasó, y desde donde llamaba continuamente a Pedro a venir a compartir su miseria y sus afanes, y abrirse paso juntos en la capital española".

A su entender del orador, ese período, más que ninguno revela plenamente la dependencia de los dos grandes maestros, y la posición de guía y mentor que asumía Pedro hacia Alfonso.

Luego De Lara, expresó que a través de los años ambos coincidieron al radicarse en La Argentina y fue allí donde se profundizó de manera conjunta sus ideas e inquietudes, sus actividades intelectuales y sus amigos".

Agradeció la siempre desinteresada colaboración que le brindara durante sus largos años de recopilación al destacado intelectual Emilio Rodríguez Demorizi, quien fue realmente la persona que heredó de don Pedro, los archivos y papeles, y que años después se las proporcionó logrando que saliera hoy al público.

También hizo extensivo su agradecimiento al doctor Luis José Martínez, director general del Fondo de Cultura Económica de México por haber hecho posible este intercambio.

En el acto se encontraban presentes el rector de la UNPHU, doctor Jaime Viñas Román, profesor Angel Miolán, director del Ateneo Dominicano, el doctor Juan Tomás Mejía Feliú, doctor Mariano Lebrón Saviñón, licenciada Irma de Kunhardt, directora de Relaciones Públicas de la UNPHU, así como decanos de ese centro universitario.

(De "Listín Diario")

LABOR BIBLIOGRÁFICA
DE JUAN JACOBO DE LARA

Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña. 10 tomos. Ed. UNPHU.

Prólogo y recopilación exhaustiva de la obra valiosa y rica del gran humanista americano, incluyendo parte de su epistolario, a través de su gran labor humanística.

El compilador Juan Jacobo de Lara es un alto admirador y difundidor de la obra del gran dominicano. Enseñó español y literatura española en la Universidad de Columbia (E.E.U.U.) durante veintiséis años.

Tomo I. (381 págs.)

En este primer volumen de las *Obras Completas de PHU* se incluyen sus trabajos cronológicamente, es decir, en el orden en que aparecieron. Trabajos en prosa y en verso de sus primeros diez años como escritor (del 1899 al 1909). En la sección dedicada a su poesía aparecen todas, pues después de esa década escribió muy pocas. Al final hay un reducido epistolario.

Tomo II.- (398 págs.)

Recoge trabajos escritos y publicados en México entre el 1906 y 1909, y no incluidos en el primer volumen: "Cuestiones métricas" (1909), con un exhaustivo ensayo acerca del endecasílabo, conferencias y ensayos escritos entre 1910 y 1913; las "Tablas cronológicas de la Literatura Española" (73 páginas de cuadros,

trabajos del lapso que va del 1913 al 1914) y cartas del Epistolario, enviadas a Marcelino Menéndez y Pelayo, Federico García Godoy, Charles Lesca y Ramón Menéndez Pidal.

Tomo III.- (410 págs.)

Trabajos y ensayos que van del 1914 al 1920. En este volumen aparecen sus ensayos escritos cuando era Lector de la Universidad de Minesota y en dos viajes a Madrid, y dos interesantes cartas: una íntima a su amigo Alfonso Reyes y otra de tipo literario a Enrique José Varona. El primer ensayo que figura es "Romance en América", luego "Crónica desde Washington" y una cuarta sección de críticas y ensayos.

Tomo IV.- (373 págs.)

Contiene trabajos del año 1920, empezando por "La versificación irregular en la Poesía Castellana", que fue su disertación doctoral en la Universidad de Minesota y que revisó y preparó para la publicación, en Madrid, mientras colaboró con el "Centro de Estudios Históricos" que presidía Ramón Menéndez Pidal, autor del Prólogo. La segunda parte del libro recoge ocho trabajos cortos, todos escritos en 1920. No incluye el Epistolario.

Tomo V.- (338 págs.)

Trabajos fechados entre 1921 y 1925, e incluye algunas cartas de los mismos años escritas a su íntimo y fraternal amigo Alfonso Reyes, quien vivía entonces en Madrid. Encabeza el volumen el libro de PHU "Observaciones sobre el español en América", y luego trabajos publicados entre 1922 y 1923. Entre los libros publicados en 1922, se incluye: "En la orilla: mi España". Luego vienen los magníficos "Cuentos de la Nana Lupe", escritos y publicados, sin firma, en "El Mundo", de México, de septiembre a noviembre de 1923, y luego por la Universidad Autónoma de México en 1966, en edición conmemorativa a los veinte años de su muerte.

En la cuarta sección de escritos de 1925, aparecen ensayos fundamentales de PHU como: "El supuesto andalucismo dialectal de América" y "La utopía de América". En el Epistolario se reproducen cartas a Joaquín García Monge, en defensa de la "Revista de Filología Española", y a Alfonso Reyes, escritas entre 1921 y 1925.

Tomo VI. (458 págs.)

Obras y ensayos de PHU publicados entre 1925 y 1934. El libro se divide en tres secciones: una con los trabajos extensos sobre temas y figuras (entre los que figura "El descontento y la promesa" y "Poesía popular"); otra sección con los trabajos extensos sobre temas y figuras, y otra titulada: "Varias". El Epistolario contiene cartas a sus amigos mejicanos Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas y Eduardo Villaseñor. También una carta a Horacio Blanco Fombona y otra a Ramón Menéndez Pidal. Además, se inician aquí las cartas a su devoto amigo dominicano, el entonces joven escritor, Emilio Rodríguez Demorizi.

Tomo VII. (394 págs.)

Trabajos publicados durante los años 1935, 1936 y 1937. Aparecen estos trabajos, no sujetos a alguna agrupación determinada, sino al orden cronológico en que primeramente vieron la luz pública. En el Epistolario se reproducen cartas de PHU a Emilio Rodríguez Demorizi durante los años 1935, 1936 y 1937.

Tomo VIII. (330 págs.)

Trabajos escritos en 1938, 1939 y 1940, empezando por enjundiosos ensayos histórico-lingüísticos recogidos en el anejo 3 de la Biblioteca de Dialectología del Instituto de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Figuran, también, los prólogos escritos para las "Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal" (Ed. Lozada); estudios sobre la "Cultura Española en la Edad Media" y "Bosquejos

Históricos" que PHU escribió para la "Historia de América" que dirigió Ricardo Levene y que apareció en Buenos Aires en 1940. En el Epistolario hay cartas a Alfonso Reyes y Enrique Apolinar Henríquez.

Tomo IX.- (363 págs.)

Trabajos escritos entre 1940 y 1944. Comienza con la más importante obra filológica de PHU, "El español en Santo Domingo", a la que siguen ensayos y estudios publicados en los años 1941 al 1944. Aparecen estudios de la literatura de Santo Domingo, Puerto Rico y América Central, escritos para la "Historia Universal de la Literatura" de Santiago Prampolini. En el Epistolario hay carta a Flérida de Nolasco, Emilio Rodríguez Demorizi y Alfonso Reyes.

Tomo X.- (461 págs.)

De 1945 a 1946. Incluye sus obras póstumas: "Historia de la Cultura en la América Hispánica" y "Las corrientes Literarias en la América Hispánica". En el Epistolario: cartas a Emilio Rodríguez Demorizi y dos cartas a Pericles Franco Ornes.

Epistolario Intimo.- Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes (3 tomos) Ed. UNPHU.

Recopilación y prólogo de Juan Jacobo de Lara. Se trata de un rimerero de cartas que se cruzaron entre los dos grandes humanistas hispanoamericanos y que constituyen una fuente documental valiosísima para nuestros escritores.

Juan Jacobo de Lara dice al respecto: "Estas cartas revelan el desarrollo de esa amistad: lo profundo, lo cándido, lo íntimo del diálogo que mantuvieron estas dos grandes personalidades, a través de cuarenta años, hasta la muerte de don Pedro en 1946".

Una amistad entrañable durante cuarenta años de constante comunicación, en que se intercambiaron proyectos literarios, triunfos y tropiezos y juicios críti-

cos sobre personajes destacados de las letras de su tiempo. La más fascinante colección de cartas entre dos grandes figuras de la literatura contemporánea.

Tomo I.- (300 págs.)

- Dos cartas de 1907 y cartas del 1908.
- Cartas de 1909 (solamente de PHU a Reyes, del mes de enero a abril).
- Cartas de 1911 (de abril de 1911, durante el viaje raudo de PHU a Cuba y Santo Domingo).
- Cartas de 1913.
- Cartas de 1914 (la primera guerra mundial sorprende a Alfonso en París).

Tomo II.- (300 págs.)

- Cartas de 1914 (continuación).
- Cartas de 1915 (PHU está en Estados Unidos de América y A. Reyes en España)
- Cartas de 1916.

Tomo III.- (485 págs.)

- Cartas de 1916 (continuación).
- Cartas de 1917.
- Cartas de 1918.
- Cartas de 1919.
- Cartas de 1920.
- Cartas de 1921.
- Cartas de 1922
- Cartas de 1923. (Bodas de Pedro con Isabel Lombardo Toledano).
- Cartas de 1924.
- Cartas de 1925. (Desavenencia de Pedro con José de Vasconcelos. Primeras impresiones de Argentina).
- Cartas de 1926.
- Cartas de 1927.
- Cartas de 1928.
- Cartas de 1929.
- Cartas de 1930.
- Cartas de 1931.

- Cartas de 1932. (Breve estada desilusionante de PHU en Santo Domingo).
- Cartas de 1938.
- Cartas de 1939.
- Cartas de 1940.
- Cartas de 1941.
- Cartas de 1942.
- Cartas de 1944.

Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra. (224 págs.) Ed. UNPHU.

Prólogo de Mariano Lebrón Saviñón. Ensayo de biografía del gran humanista dominicano, donde sigue y exalta la gran trayectoria de una vida paradigmática y los pormenores de una obra fecunda.

Este trabajo es la obra de prolijas investigaciones de Lara para hacer su trabajo de grado para el Doctorado en Filosofía que alcanzara en la Universidad de Columbia, en Nueva York, donde fue, ulteriormente, profesor por veintiséis años.

Es un acabado análisis de la obra y la vida de nuestro gran humanista.

Sobre Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos. - (368 págs.) Ed. UNPHU.

Presentación de Manuel de Jesús Goico Castro.

Se trata de ocho ensayos consagrados al humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña; siete temas hispanoamericanos y seis sobre cultura española. No descuida el autor hacer estudios enjundiosos de la historia dominicana y su papel en la cultura continental, especialmente en los días de la colonia.

Léxico y nomenclatura en documentos del Descubrimiento. - (87 págs.) Vol. IX de las publicaciones de la Sociedad Dominicana de Geografía).

Presentación de Emilio Rodríguez Demorizi.

Trabajo de lingüística, muy erudito, con innumerables

citadas de los Cronistas de Indias, escrito en VII capítulos: Introducción, El español se entiende, Vocablos indígenas adoptados, Toponimia y nombres adoptados, Nuevas denominaciones en español, Conclusiones y Bibliografías.

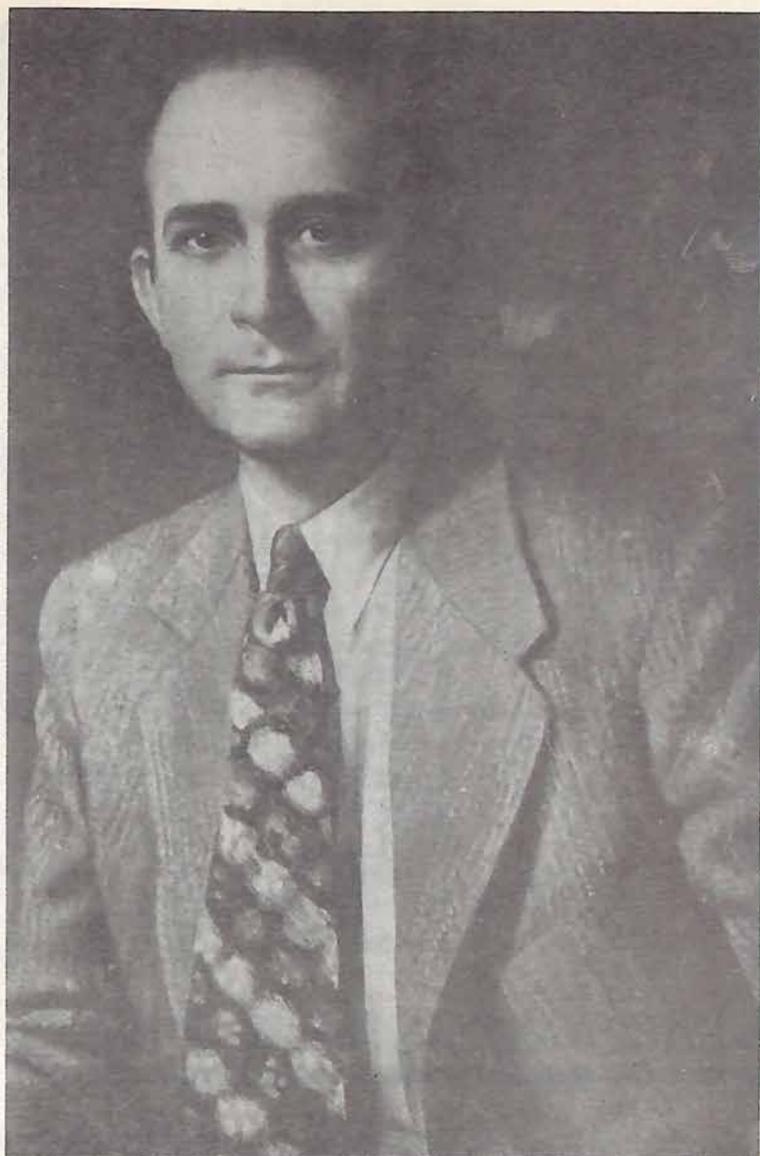
Discursos y Ensayos de Juan Jacobo de Lara publicados en Aula.

- 1.- "Tabaré, el gran poema épico de América" Nos. 14-15, Julio-Dic. 1975.
- 2.- "Lope de Vega y Calderón de la Barca". Nos. 20-21 Enero-Marzo 1977.
- 3.- La Vorágine: una novela de la selva. Nos. 20-23 Julio-Dic. 1977.
- 4.- Conferencia sobre Pedro Henríquez Ureña. No. 24. Enero-Marzo 1978.
- 5.- Discurso en la puesta en circulación de las "Obras Completas" de Pedro Henríquez Ureña. Tomo III No. 24. Enero-Marzo 1978.
- 6.- Pedro Henríquez Ureña: Apóstol de América. No. 25. Abril-Junio 1978.
- 7.- Larra y su crítica literaria. No. 27. Octubre-Dic. 1978.
- 8.- Nuestra América y su literatura surgieron simultáneamente. No. 28. Enero-Marzo 1979.
- 9.- Sarmiento y su "Facundo"- No. 29. Abril-Junio 1979.
- 10.- Evolución de la novela en lengua española. Nos. 30-31. Julio-Dic. 1979.
- 11.- Coloquio con Pedro Henríquez Ureña. No. 32. Enero-Marzo 1980.
- 12.- Cervantes: rasgos característicos de su arte. No. 32. Enero-Marzo 1980.
- 13.- Dos generaciones de costumbristas cubanos: José Victoriano Bethancourt y Luis Victoriano Betancourt. No. 33. Abril-Junio 1980.

- 14.- Ensayo sobre Luis Canivens y su obra. No. 34. Julio-Sept. 1980.
- 15.- Emilia Pardo Bazán y su novela naturalista: "La madre naturaleza". No. 35. Octubre-Diciembre 1980.
- 16.- Palabras de agradecimiento en el acto de homenaje en su honor. No. 35. Octubre-Diciembre 1980.
- 17.- Costumbristas colombianos. No. 36. Enero-Marzo 1981.
- 18.- Costumbrismo regionalista en algunos naturalistas en España. No. 38. Julio-Septiembre 1981.
- 19.- Sobre Pedro Henríquez Ureña. Nos. 40-42-42-43. Enero-Diciembre 1982.
- 20.- Discursos al recibir el Caonabo de Oro. No. 44. Enero-Marzo 1983.

FOTOGRAFÍAS

Impreso en la imprenta de la Universidad de Córdoba.



Juan Jacobo de Lara en sus días de la Universidad de Columbia.



Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

Fundada el 21 de abril de 1906

CONSIDERANDO: *Los altos méritos académicos y acuciosos estudios literarios del Profesor*

Don Juan Jacobo de Lara

CONSIDERANDO: *La ingente labor de investigación realizada por él en torno de la vida y obra fecunda de Don Pedro Henríquez Ureña, enriqueciendo así la bibliografía nacional sobre la figura de tan ilustre humanista dominicano, cuyo nombre lleva con orgullo esta Universidad;*

RESUELVE: *Otorgarlo, como al efecto le otorga, el título de*

Profesor Honoris Causa

DADO en Santo Domingo, Capital de la República Dominicana, hoy día 19 de Abril del año 1976. —AÑO DE DUARTE—

Registrado bajo
el No. 1
Folio 12

Decanato de Registro y Evaluaciones

Diploma como Profesor Honoris Causa, otorgado por la UNPHU.



El Ateneo Dominicano, Inc.

Fundado el 18 de Mayo de 1871

En vista de los méritos intelectuales del escritor

JUAN JACOBO DE LARA.

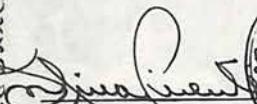
Resuelve:

Otorgarle el presente

DIPLOMA

Como un reconocimiento a su labor bibliográfica en beneficio de la cultura dominicana durante los años 1976 y 1977.

Dado en Santo Domingo de Sugman, Rep. Dom., sede del Ateneo, el 15 de diciembre de 1977.


DRA. JOSE FINA PIMENTEL BOVES
Secretaria General




PROF. ANGEL MIOLAN
Presidente

Diploma de reconocimiento del Ateneo Dominicano.

Ponen en Circulación Tomo Obras de Henríquez Ureña

El primer tomo de las Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña, fue puesto a la venta en circulación, gracias a un acto especial celebrado en el patio de la Casa de América, en esta capital.

La obra, editada por la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU), constituye una labor de investigación, recopilación y organización del profesor Juan Jacobo Lara, realizada desde hace 22 años.

El doctor Carlos Federico Pérez y Pérez, de la UNPHU, uno a su cargo el discurso inaugural del acto.



El doctor Juan Jacobo Lara habla en el acto de la puesta en circulación de las obras del homenaje Pedro Henríquez Ureña. A la izquierda el doctor Juan Tomás Mejía Yañez, el presidente de la Fundación Universitaria, O. Carrillo Parilli, y el señor Carlos Federico Pérez y Pérez, director de la biblioteca.

Actualidad". Aseguró que "en sus temas y en su estilo, el joven Pedro se adelantó a su tiempo, y es por eso que sus escritos resultan tan de actualidad".

Al mismo tiempo, el profesor de Lara anunció que el segundo volumen de las Obras Completas abarcará el período que abarca desde 1914, y que ya se encuentra en preparación.

De Lara viajó constantemente desde la Argentina hacia México y otros países en busca de datos que permitieran avanzar en la edición de las "Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña".

El acto se inició con breves palabras pronunciadas por don Frank Lagarde, Venerable Maestro de la Logia Cívica de América.

Al final, numerosas personas de las asistentes adquirieron el libro, que fue

autografiado por don Lara. Presidieron el acto el propio profesor de Lara, Lagarde y los doctores Pérez y Pérez y José Henríquez Almonacid.

Don Enrique Apolinario Henríquez, uno de los fundadores de la Sociedad Pedro Henríquez Ureña y miembro relevante de la Logia Cívica de América, así como notables personalidades de la intelectualidad nacional, asistieron al acto.

El profesor de Lara entregó una copia de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU) al título de "Pedro Henríquez Ureña: Apuntes de América".

La obra, que será el próximo volumen a las 8 de la mañana en el salón 101 del Edificio Campos 11 de la UNPHU.

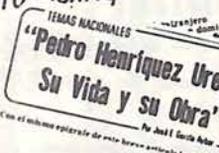
El profesor de Lara se encargó de las palabras de agradecimiento a su cargo la recopilación actualizada de las obras de Pedro Henríquez Ureña. En la serie de volúmenes ya publicados todas las obras del escritor se publican.

Además no hemos incluido la obra de Pedro Henríquez Ureña, porque estas están siendo publicadas con volúmenes — por la UNPHU — de las Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña.

Continúa LISTIN DIARIO-Sábado 10 de Abril de 1970-Página 13

La UNPHU Pone en Circulación Obra de Pedro Henríquez Ureña

UNPHU Trata De Publicar Obras de PHU



Destaca Valor, Mérito Pedro Henríquez Ureña

realizan un homenaje a Pedro Henríquez Ureña

Ponen en Circulación Tercer Tomo de las Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña pone en circulación ayer el tercer tomo de las obras completas.

En 1952, sobre rúbrica apareció en el volumen I y II.

sobre el español en América y otros aspectos.

pondrán a circular obra de Pedro Henríquez Ureña

una conferencia sobre el acto de Pedro Henríquez Ureña en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. En la serie de volúmenes ya publicados todas las obras del escritor se publican.



Juan Jacobo Lara

Las Obras Completas de Henríquez Ureña

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña pone en circulación el tercer tomo de las Obras Completas de Pedro Henríquez Ureña.

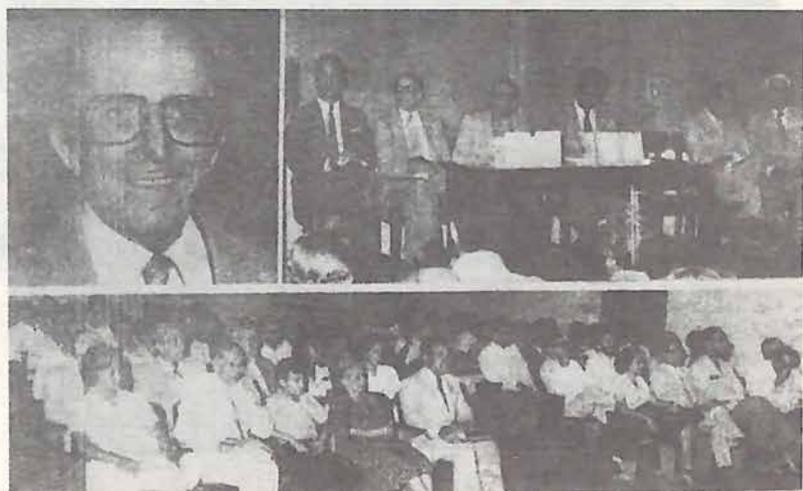
Comité Gestará Formación de la Sociedad Henríquez Ureña

El comité se encargará de las actividades de la familia UNPHU para promover y participar en las actividades con las que la UNPHU conmemora su primer decenio de existencia y sus logros.

Los más importantes diarios de la República Dominicana han prestado su apoyo de difusión a los distintos actos realizados con motivo de la publicación de las Obras Completas de don Pedro Henríquez Ureña, por nuestra Universidad.



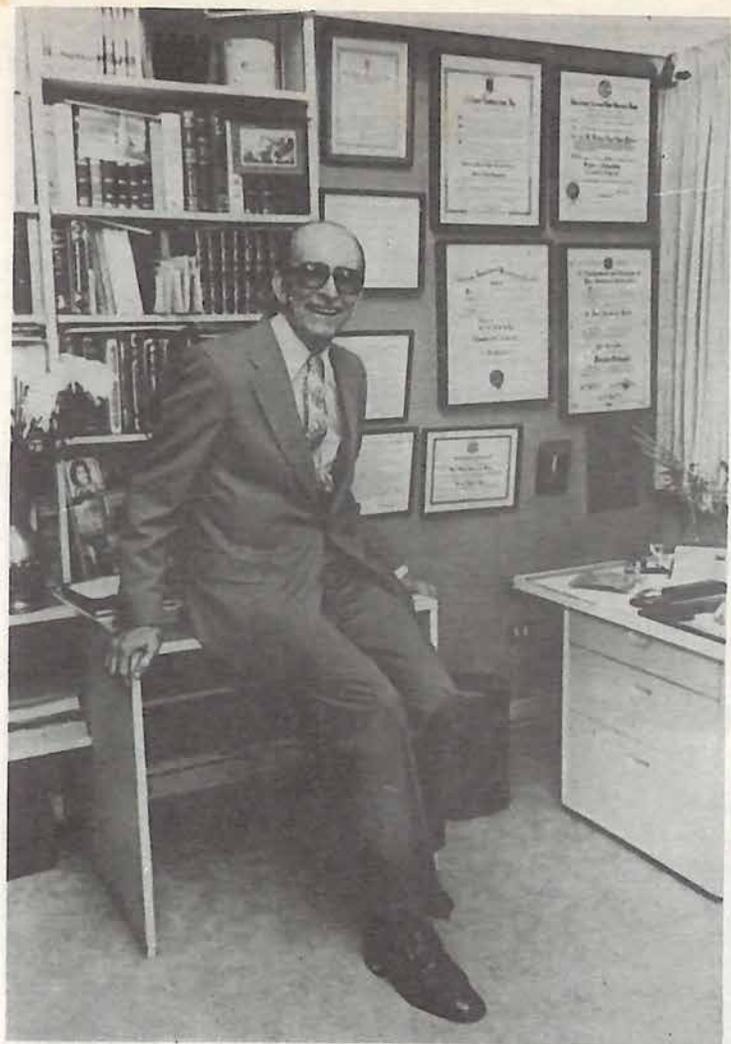
El profesor Juan Jacobo de Lara mientras ofrecía su conferencia en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. Arriba, la mesa directiva del acto presidida por el rector de la UNPHU, doctor Juan Tomás Mejía Feliú. Abajo, parte de los presentes.



El doctor Juan Jacobo de Lara mientras habla en la presentación del libro "Epistolario Intimo" de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, que fue puesto en circulación en el salón de conferencia de la UNPHU. Luego una vista de los asistentes.



Aspectos de la puesta en circulación de la obra del profesor Juan Jacobo de Lara titulada "Sobre Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos", en el campus II de la UNPHU. En la gráfica figuran Mariano Lebrón Saviñón, Manuel de Jesús Goico Castro, Roberto L. Bergés, Juan Jacobo de Lara, rector Jaime Viñas Román y otras personalidades presentes. Abajo una vista al público presente.



Juan Jacobo de Lara en su Biblioteca de Santo Domingo.



Juan Jacobo de Lara junto a algunos de sus galardones.



Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña

Fundada el 21 de abril de 1968

Facultad de Humanidades

Visto : El Artículo 5.0.2., numeral 8 del Estatuto Orgánico;

Vista : La Resolución del Consejo Académico de fecha 14 oct. 1983

Por Tanto: **El Profesor Juan Sacobo De Laro**

no estado por largo tiempo inculcado a la labor cultural de esta Casa de Estudios, particularmente en el aspecto de la producción bibliográfica, mediante importantes aportes de su talento que hacen intelectual, con lo cual ha coadyuvado a incrementar el prestigio de la Universidad.

Por Tanto: Se le concede en derecho el presente Diploma que le acredita con la calidad de

Doctor en Humanidades
Honoris Causa

Dado en Santo Domingo, Capital de la República Dominicana, a los 21 días del mes de Noviembre de 1983



J. H. Rodríguez

J. Henríquez

José A. ...

Titulo con que la UNPHU lo declara Doctor en Humanidades Honoris Causa.

Asociación Dominicana
de Periodistas y Escritores
-ADPE-

Por cuanto: el Doctor Juan Jacobo de Lara es un Miembro Distinguido de esta Asociación,

Por cuanto: el Doctor Juan Jacobo de Lara se ha destacado por su notable obra académica y literaria, reconocida tanto en el país como en el extranjero.

Por tanto: se le expide al

Dr. Juan Jacobo de Lara
el presente
Diploma de Honor

en reconocimiento de los méritos sobresalientes de su labor académica y literaria que enaltece las letras nacionales.

Dado en Santo Domingo, D.R., Capital de la República Dominicana, hoy día 20 de marzo de 1986.

Angel
DON ANGEL MIDIAN
Secretario
de la Seccional de Escritores

Rafael Morillo
RAFAEL MORILLO
Presidente de la ADPE

Diploma de Honor de la Asociación de Periodistas y Escritores (ADPE)



La Comisión Organizadora Permanente de la Feria Nacional del Libro

Se enaltece al concederle un

Pergamino de Reconocimiento

Por haber dedicado gran parte de su útil vida a enriquecer,
en sus diversos campos, la bibliografía nacional a:

Juan Jacobo De Lara

En ocasión de celebrarse la XIV Feria Nacional del Libro
"Procer Máximo Gómez".

Dado en Santo Domingo, República Dominicana a los
26 días del mes de abril del año 1986.


CAYDIDO GERÓN
Secretario


DR. RAYMUNDO AMARO G.
Presidente

Pergamino de reconocimiento de la Comisión Organizadora Permanente de la
Feria Nacional del Libro.

Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores

ADPE

El Jurado Seleccionador de "El Caonabo de Oro" de la Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores:

Atendido: a que es su deber seleccionar anualmente a un periodista y a un escritor dominicanos, y a un periodista o a un escritor extranjero vinculado a la cultura dominicana, para recibir el galardón;

Atendido: a que en reunión efectuada regularmente convocada de acuerdo a las normas que regulan el "Caonabo de Oro", hubo el normal consenso de determinar.

Resuelve: Otorgar al escritor

don Juan Jacobo De Lara

el
"Caonabo de Oro" del Año 1982

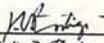
Y para que sea público y notario, se expide el presente

Diploma

En Santo Domingo, Distrito Nacional, República Dominicana, a los *veinte y tres* días del mes de *agosto* del año *de noventa y tres* (1983).


Sr. Salvador Pittólope N.
Presidente de la ADPE




Julio P. Príncipe
Presidente del Jurado Seleccionador

Diploma del Caonabo de Oro.



El Ayuntamiento del Municipio de San Francisco de Macoris

Por Tanto: Es facultad y deber de este Ayuntamiento enaltecer a aquellos municipios cuyas actuaciones hayan trascendido al plano social y coadyuvado al progreso y desarrollo de la comunidad.,

Por Tanto: Es oportuna la ocasión para reconocer y consagrar el mérito del

Dr. Juan Jacobo de Lara

cuya vocación altruista se ha traducido en beneficios para esta colectividad.,

Por Tanto: La Opinión Pública de este Municipio reclama el reconocimiento de tales actuaciones y que este Ayuntamiento, interpretando ese reclamo colectivo debe proceder a honrar a los municipios que más se hayan distinguido en una forma u otra,

Ha Resuelto:

En uso de sus facultades legales,
declararle

Munícipe Distinguido

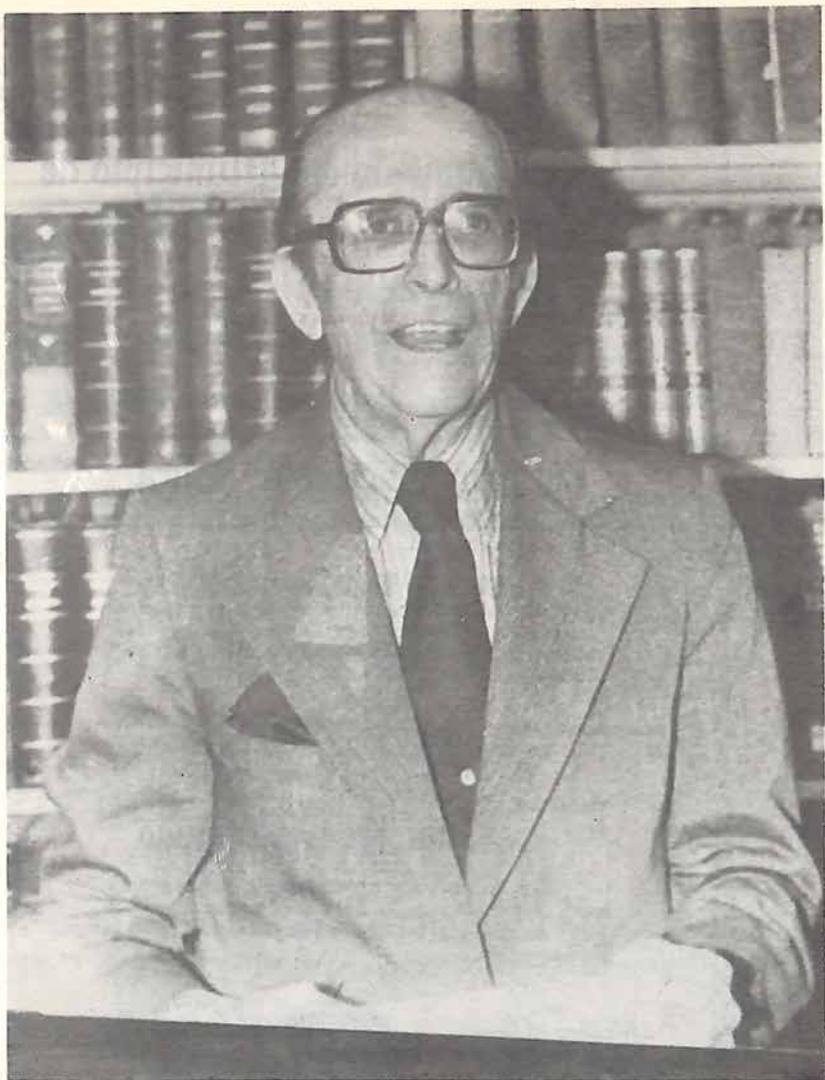
La Resolución correspondiente, marcada con el n.º 82, fue dictada por la Sala Capitular en fecha 14 de Abril de 1982, años 138º de la Independencia, y 19º de la Restauración.

Dr. Ramón de la Cruz
Síndico Municipal

Prof. Rafael Rodríguez
Presidente del Ayuntamiento

Antonio Rosales
Secretario Municipal

Pergamino que lo consagra como munícipe distinguido de San Francisco de Macoris.



Juan Jacobo de Lara en la actualidad.

Este libro se terminó de imprimir
el día 26 de abril de 1988
en los Talleres Gráficos de
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Juan Jacobo de Lara nació en La Vega el 24 de Agosto de 1909, pasó allí los años de la niñez. En 1916 su padre, José Ramón de Lara, trasladó la familia a San Francisco de Macorís, donde fue Gobernador de la Provincia Duarte por muchos años.

Después de cursar los estudios primarios en San Francisco de Macorís, el joven de Lara se fue a Santiago de los Caballeros, donde vivió los años de la adolescencia, los años de la escuela Normal. De ahí pasó a Santo Domingo, en 1929, y comenzó la carrera de Derecho, pero pronto decidió irse a la ciudad de Nueva York, se aclimató inmediatamente en la gran urbe y empezó a enseñar español a domicilio. Poco después lo hacía en su propio estudio, hasta que en 1940, entró a enseñar en la Universidad de Columbia.

El ambiente académico influyó en él y le inspiró a hacer estudios graduados. Con el tiempo recibió el grado de Bachiller en Ciencia, luego recibió el Master en Arte, y por último el de Doctor en Filosofía.

Después de enseñar en Columbia durante veintiséis (26) años el idioma español, la cultura y literatura de España y, sobre todo, la de hispanoamérica, Juan Jacobo de Lara se retiró de Columbia en 1966.

Su disertación doctoral fue posteriormente publicada por la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en Santo Domingo, con el mismo título: PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, SU VIDA Y SU OBRA.

Esta publicación apareció en 1976, en un acto en la Universidad, en el cual otorgaron al autor un diploma de Profesor Honoris Causa. A poco de eso comenzó Juan Jacobo de Lara a recopilar y editar las *Obras Completas*, de Don Pedro, en diez tomos que publicó la UNPHU en el lapso de cuatro (4) años, 1976 a 1980.

Durante los años 1981-1982, habían aparecido los tres (3) tomos del EPISTOLARIO INTIMO: las cartas entre Don Pedro y su fraternal amigo mexicano, Don Alfonso Reyes, cartas que se escribieron durante los cuarenta (40) años de su amistad.

En diciembre de 1980, en un grandioso acto homenaje, celebrado por el Ateneo Dominicano, se le otorgó un Bello Pergamino, "PREMIO ATENEO DOMINICANO", al Profesor Doctor Juan Jacobo de Lara, "como reconocimiento a su patriótica labor en favor de nuestro